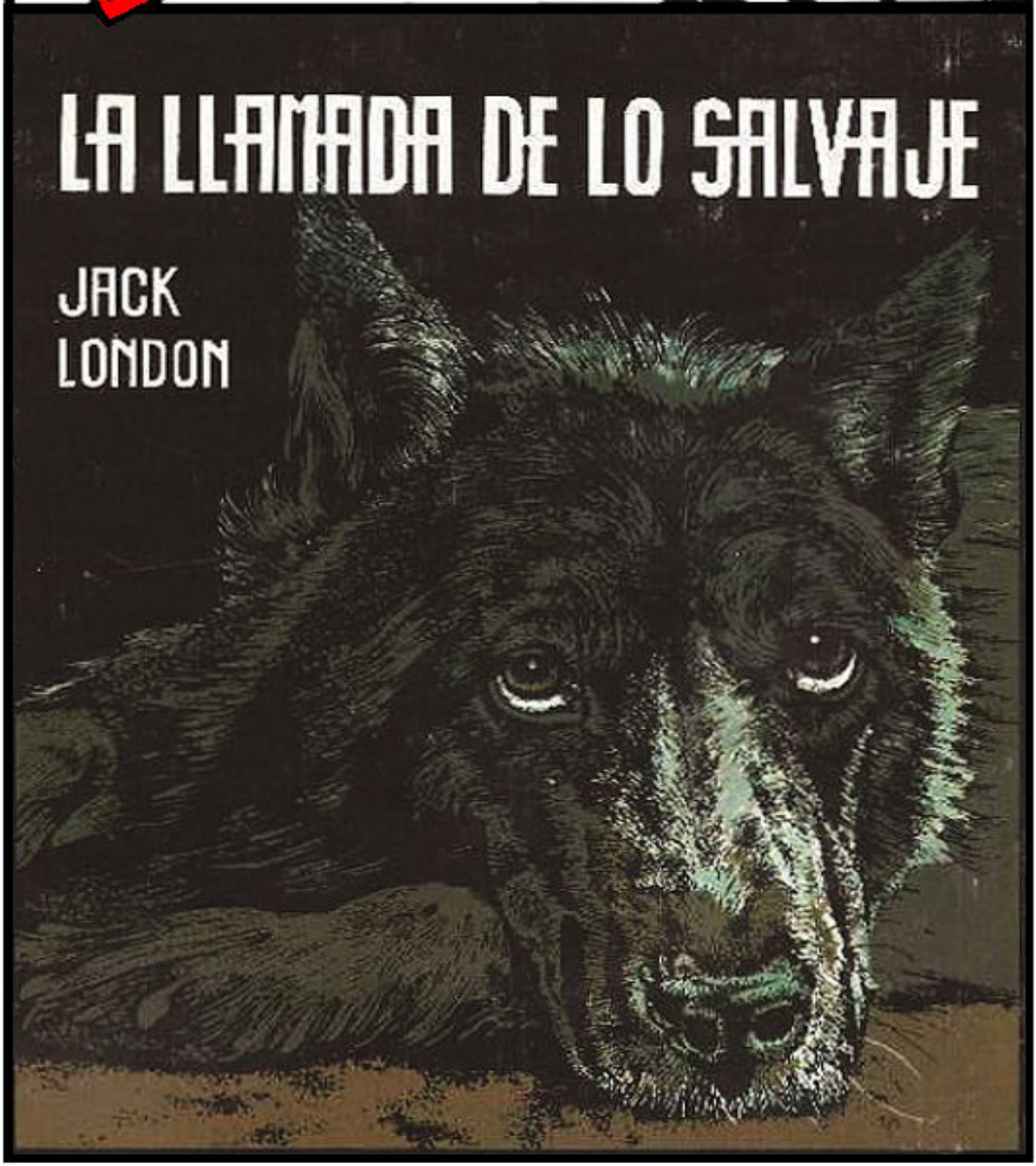
TUS LIBROS

LA LLAMADA DE LO SALVAJE

JACK LONDON



Tanto *La llamada de lo salvaje* como *Finis*, el cuento que completa este volumen, tienen en común el espacio en que se desarrolla la aventura: la zona ártica próxima al río Yukón, donde se encontraron los yacimientos que dieron lugar a la «fiebre del oro». Buck, el perro vigoroso que, víctima de una traición, ha caído en manos de los buscadores de oro, demuestra con la devoción hacia su amo que los perros pueden ser más humanos que los hombres. Muerto su amo, seguirá la llamada del instinto, de la naturaleza ancestral y salvaje, para unirse a su hermano el lobo. Como ha escrito Oriana Fallaci, esta novela violenta, sentimental y cruel es un «himno a la libertad absoluta».

Jack London

La llamada de lo salvaje

Tus Libros - 54

ePub r1.1
Titivillus 08.12.2019

Título original: *The Call of the Wild*
Jack London, 1903
Traducción y notas: M. I. Villarino
Apéndice: Francisco Cabezas Coca
Ilustraciones: Charles Pickard
Grabado del autor: Justo Barboza

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

La llamada de lo salvaje *es traducción directa e íntegra del original inglés publicado en su primera edición en Macmillan Co., Nueva York, 1903.* Finis *es traducción directa e íntegra del original inglés (prepublicado en* Sucess Maggazine*, mayo 1907), publicado posteriormente en una colección de cuentos bajo el título:* Turtles of Tasman*, Macmillan Company, Nueva York, 1916. Las ilustraciones, originales de Charles Pickard, acompañaron el texto de la edición inglesa de J. M. Dent & Sons Ltd. de 1968.*

La llamada de lo salvaje

Capítulo 1
Hacia lo primitivo

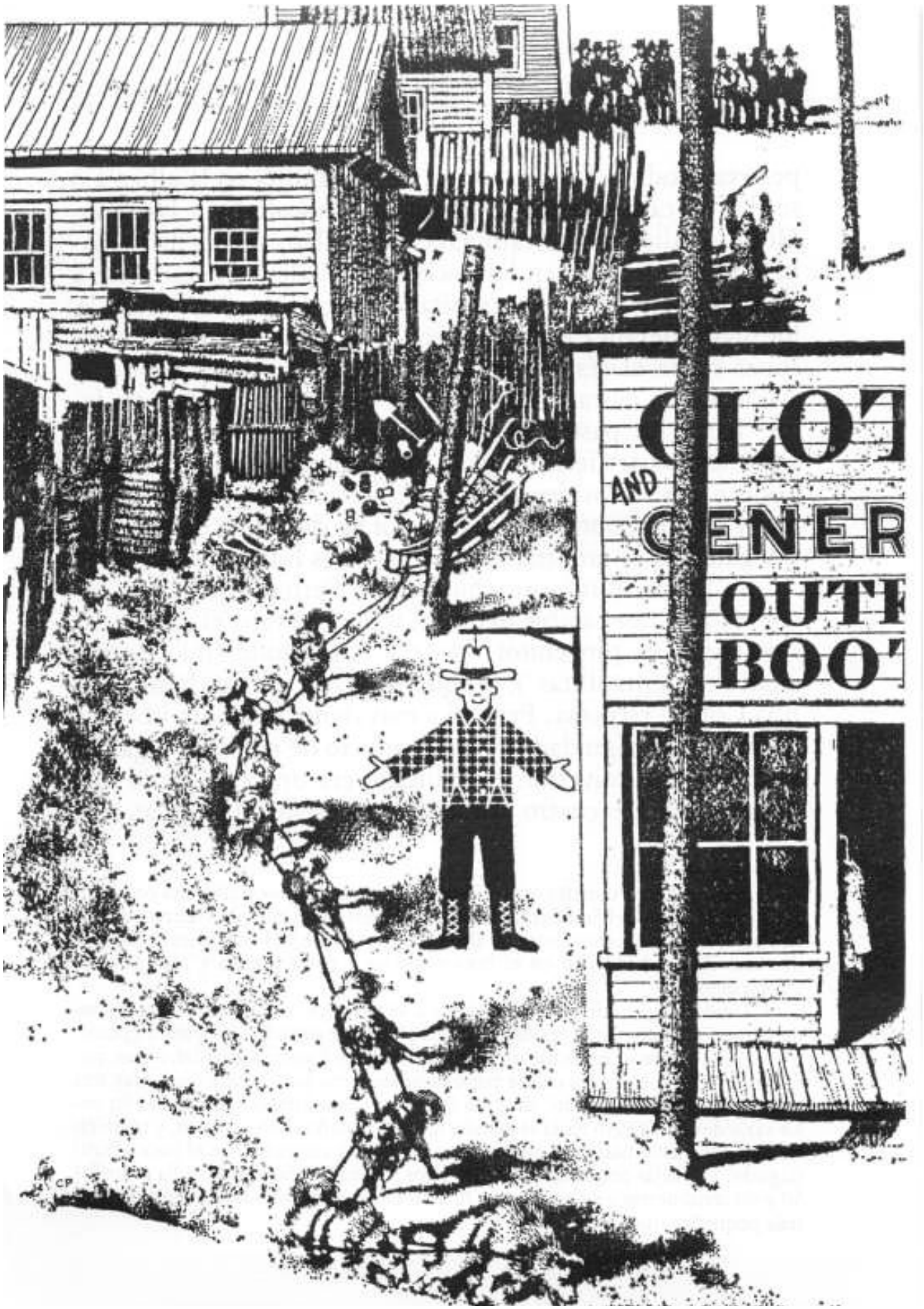
El impulso errante de antiguos deseos
sufriendo cadenas atávicas
despierta de nuevo de su sueño de brumas
a la raza fiera.

Buck no leía los periódicos; por eso no se enteró de la amenaza que iba a transformar no solo su vida, sino la de los perros de toda la costa, desde el estrecho de Puget hasta San Diego[1], que tuvieran fuerte musculatura y denso y cálido pelaje. Los hombres que se afanaban por entre las penumbras del Ártico habían encontrado un metal amarillo y las navieras y compañías de transporte pregonaban el hallazgo; por ello, miles de hombres afluían presurosos a las tierras del norte. Estos hombres necesitaban perros y además perros resistentes, de recia musculatura que aguantase los trabajos pesados, y fuertes pelambreras que los protegiesen de las heladas.

Buck vivía en una hermosa casa, en el soleado valle de Santa Clara[2]. La llamaban la hacienda del juez Miller. Estaba apartada del camino, medio escondida entre una arboleda que apenas dejaba entrever la amplia y fresca balconada que rodeaba la casa por sus cuatro costados. A la casa se llegaba por senderos de grava que serpenteaban por entre amplias extensiones de césped y bajo las ramas entrelazadas de altos álamos. Por la parte posterior, la finca era aún más espaciosa. Tenía grandes caballerizas, que atendían una docena de palafreneros y mozos de cuadra, varias filas de casitas para el servicio, todas ellas con su emparrado, y un sinfín de pulcros cobertizos, parras altas, verdes pastizales, huertos y vergeles. Y luego estaba la bomba del pozo artesiano y un gran pilón de cemento donde los hijos del juez

Miller se daban un chapuzón por las mañanas, o se refrescaban cuando las tardes eran calurosas.

Y sobre estos vastos dominios reinaba Buck. Allí había nacido y allí pasó sus cuatro años de vida. Cierto que había otros perros (no podían faltar en un lugar tan enorme como aquel), pero eran segundones. Iban de acá para allá, se quedaban en las pobladas perreras o se perdían discretamente por los rincones más oscuros de la mansión, como Toots, el doguito japonés, o Ysabel, la perrita mejicana pelona[3] (seres extraños que rara vez asoman la nariz fuera de casa o pisan la tierra). Por otra parte estaban los fox-terriers[4], más de veinte a buen seguro, que ladraban amenazadoramente a Toots y a Ysabel, que los miraban desde las ventanas y bajo la protección de una legión de criadas armadas con escobas y fregonas.


AND

Buck no era perro para estar en casa ni para vivir en una perrera. Toda la finca era suya. Se zambullía en la alberca o se iba de caza con los hijos del juez; escoltaba a las hijas, Mollie y Alice, en las caminatas que daban de buena mañana o al atardecer; y en las noches invernales solía tenderse a los pies del juez, ante el crepitante fuego de la biblioteca. A los nietos del juez los llevaba sobre su lomo y les daba revolcones sobre el césped; y no los perdía de vista cuando se aventuraban hasta la fuente de las caballerizas y aún más lejos, hasta los pastizales o los vergeles. Cuando caminaba entre los fox-terriers, lo hacía con arrogancia, y en cuanto a Toots e Ysabel los despreciaba olímpicamente, pues él era el rey, y reinaba sobre todo cuanto por los dominios del juez Miller gateaba, se arrastraba o volaba, seres humanos inclusive.

Su padre, Elmo, un enorme San Bernardo[5], había sido compañero inseparable del juez, y Buck llevaba el mismo camino que su progenitor. No era tan grande (solo pesaba ciento cuarenta libras[6]), porque su madre, Shep, había sido una Collie[7] escocesa. Pero, si a esas ciento cuarenta libras se le sumaba la dignidad, que es producto de una vida regalada y un respeto universal, el resultado era un porte de lo más majestuoso. Los cuatro primeros años de su vida habían sido los de un aristócrata satisfecho; era refinadamente orgulloso y un pizco egoísta, como se vuelven a veces los ricos terratenientes a causa de su aislamiento. Pero se libró de convertirse en un mero perro casero. La caza y otros placeres de la vida al aire libre le habían servido para rebajar grasas y endurecer sus músculos; y su afición al agua fría, que le venía de raza, fue para su cuerpo un tónico que lo mantenía en forma.

Esta era la vida de perro que Buck llevaba en el otoño de 1897 cuando el hallazgo del Klondike[8] arrastró a hombres de todo el mundo hasta las tierras heladas del norte. Pero Buck no leía los periódicos e ignoraba que Manuel, uno de los ayudantes del jardinero, era un tipo indeseable. Manuel tenía un vicio: le gustaba jugar a la lotería china[9]. Y además, al jugar tenía una debilidad ruinosa: confiaba en un método, lo que habría de llevarle irremisiblemente a la perdición. Porque jugar sistemáticamente requiere

dinero y el salario del ayudante de un jardinero apenas basta para cubrir las necesidades de una mujer y su numerosa progenie.

El juez asistía a una reunión de la Asociación de Vinateros y los chicos se dedicaban a organizar un club de atletismo aquella noche memorable en que Manuel perpetró su traición. Nadie lo vio salir con Buck y cruzar el huerto; el mismo Buck creía que iban a dar un paseo. Y nadie los vio llegar al apeadero de College Park, más que un hombre solitario que allí estaba y que habló con Manuel mientras unas monedas pasaban de una mano a otra.

—Ya podías envolver el paquete antes de entregarlo —gruñó el forastero, y Manuel enrolló una fuerte soga alrededor del cuello de Buck por debajo del collar.

—Retuércela y lo ahogas pero bien —dijo Manuel, y el forastero asintió con otro gruñido.

Buck había soportado la soga con serena dignidad. La verdad es que el hecho le pareció extraño, pero había aprendido a fiarse de los hombres que conocía y a admitir que la sabiduría humana era superior a la suya propia; mas, cuando vio que el forastero asía los cabos de la soga, gruñó amenazadoramente. Se limitó a insinuar su descontento, creyendo muy ufano que insinuar equivale a ordenar. Pero cuál no sería su sorpresa cuando la soga le ciñó el cuello impidiéndole casi respirar. Se abalanzó furioso contra el hombre, que le hizo frente, lo agarró por el cuello y, con una hábil maniobra, lo tiró de espaldas. Luego la soga se ciñó sin piedad mientras Buck se debatía desesperado, con la lengua fuera y jadeando inútilmente. Nunca en su vida lo habían tratado de manera tan infame y nunca en su vida se había sentido tan irritado. Pero sus fuerzas cedieron, sus ojos se empañaron y no se enteró de que el tren se detenía y los dos hombres lo empujaban dentro del furgón de equipajes.

Cuando recobró el sentido, notó vagamente que la lengua le dolía y que lo sacudían los traqueteos de algún tipo de vehículo. El ronco silbato de una locomotora en un cruce le reveló dónde se hallaba. A menudo había viajado con el juez y demasiado conocía él la sensación de encontrarse en el furgón de equipajes. Abrió los ojos y en ellos se reflejó la rabia incontenida de un rey secuestrado. El hombre le saltó al cuello, pero Buck se le adelantó. Sus

fauces se cerraron sobre la mano y no la soltaron hasta que volvió a perder el sentido.

—Es que le dan ataques —dijo el hombre, escondiendo la mano herida cuando acudió el encargado del furgón al oír el forcejeo—. El jefe me ha mandado llevarlos a Frisco[10]. Hay allí un médico de perros fenomenal, que dice que puede curarlo.

Con relación a lo ocurrido durante el viaje, el hombre se dio mucho a valer en la trastienda de un bar en el muelle de San Francisco.

—Solo saco cincuenta —gruñó— y no volvería a hacerlo ni por mil al contado.

Llevaba la mano envuelta en un pañuelo ensangrentado y la pernera derecha del pantalón rasgada de la rodilla al tobillo.

—¿Cuánto sacó el otro tío? —preguntó el tabernero.

—Cien. No lo dejaba por una perra menos, así que ya me dirás.

—O sea, que son ciento cincuenta —calculó el tabernero—, aunque bien los vale o yo soy un majadero.

El secuestrador se quitó el vendaje ensangrentado y contempló su mano herida:

—Con tal que no coja la rabia…

—Descuida, que tú has de morir ahorcado —se burló el tabernero—. Anda, échame una mano antes de que te largues.

Aturdido, padeciendo insufribles dolores en la lengua y la garganta, medio muerto de asfixia, Buck intentó hacer frente a sus torturadores. Pero lo derribaron y le retorcieron la soga varias veces hasta que consiguieron limarle el grueso collar de latón que llevaba al cuello. Luego le quitaron la soga y lo metieron en un cajón parecido a una jaula.

Allí se quedó el resto de aquella noche agotadora, restañando su rabia y su orgullo herido. No podía comprender lo que pasaba. ¿Qué iban a hacer con él aquellos desconocidos? ¿Por qué lo tenían encerrado en aquel cajón tan pequeño? Ignoraba las razones, pero se sentía oprimido por la vaga sensación de que iba a suceder alguna calamidad. Varias veces en el transcurso de la noche se incorporó de un salto al oír que se entreabría la puerta del cobertizo, esperando ver al juez, o por lo menos a los chicos. Pero siempre resultaba ser la gruesa cara del tabernero que se asomaba a

echarle un vistazo a la mortecina luz de una candela de sebo. Y entonces el alegre ladrido que temblaba en la garganta de Buck se transformaba en un gruñido feroz.

Pero el tabernero no lo molestó y a la mañana llegaron dos hombres que se llevaron el cajón. Más torturadores, pensó Buck, pues tenían un aspecto horrible, desharrapados y sucios; y les rugió amenazadoramente por entre los barrotes. Pero ellos se limitaron a reír y a azuzarle con palos que Buck se apresuró a morder hasta que se dio cuenta de que eso era justamente lo que ellos querían. Así que se quedó quieto y abatido mientras subían la jaula a un carromato. Luego él y su cárcel de madera fueron pasando de mano en mano. Los empleados de la oficina de facturación se hicieron cargo de él; después lo trasladaron a otro vagón; una vagoneta lo transportó junto con varias cajas y paquetes hasta un transbordador, de donde pasó a un gran almacén de ferrocarriles para acabar depositado en el vagón de un tren expreso.

Durante dos días y dos noches el vagón del expreso se arrastró tirado por estrepitosas locomotoras; y durante dos días y dos noches Buck no probó bocado ni agua. Estaba tan furioso, que había respondido a los primeros gestos de los empleados del tren con gruñidos y ellos a su vez se vengaron haciéndole rabiar. Si se abalanzaba contra los barrotes, babeando y jadeante, se reían de él y redoblaban sus burlas. Gruñían y ladraban como perros asquerosos, maullaban, agitaban los brazos como si fueran alas y graznaban. Ya sabía que eran tonterías, pero precisamente por eso ofendían más hondamente su dignidad, y su rabia crecía por momentos. No le importaba mucho pasar hambre, pero la falta de agua le resultaba muy penosa y avivaba su ira de un modo febril. De naturaleza nerviosa y muy sensible, los malos tratos le habían sumido en una fiebre que crecía con la inflamación de la lengua y la garganta, hinchadas y resecas.

Su único alivio era que ya no tenía la soga al cuello. Antes ellos habían jugado con ventaja, pero, ahora que se la habían quitado, ya les enseñaría quién era él. Nunca le volverían a atar una soga al cuello, estaba decidido. Durante dos días y dos noches ni comió ni bebió, y durante aquellos dos días y dos noches de tormento se le fue acumulando una ira que no presagiaba nada bueno para el primero que se pusiera en su camino. Tenía

los ojos inyectados de sangre y se había convertido en una fiera rabiosa. Tan cambiado estaba, que ni el mismo juez lo hubiera reconocido; y los empleados de ferrocarril se quedaron muy aliviados cuando lo bajaron del tren en Seattle[11].

Cuatro mozos trasladaron con cautela el cajón hasta un patinillo interior de altos muros. Un hombre fortachón, con un jersey rojo desbocado, salió y firmó el recibo al conductor. Este es el hombre, se dijo Buck, el siguiente torturador; y se arrojó ferozmente contra los barrotes. El hombre sonrió torvamente y trajo un hacha y un garrote.

—No se le ocurrirá soltarlo ahora, ¿no? —le preguntó el conductor.

—Claro que sí —contestó el hombre, emprendiéndola a hachazos contra el cajón.

Los cuatro hombres que lo habían traído salieron de estampida y se dispusieron a contemplar el espectáculo bien encaramados en lo alto del muro.

Buck se abalanzó sobre las astilladas maderas, clavándoles los dientes y luchando furioso contra ellas. A cada golpe del hacha en el exterior, él respondía con otro en el interior, rugiendo ferozmente; y sus salvajes ansias por salir eran equivalentes a la calma controlada que manifestaba el hombre del jersey rojo por sacarlo.

—Vamos, demonio de ojos rojos —dijo cuando vio que el agujero era lo suficientemente grande como para que pudiera pasar el cuerpo de Buck. Y al mismo tiempo soltó el hacha y se pasó el garrote a la mano derecha.

Y en verdad que Buck era un demonio de ojos rojos cuando se dispuso a saltar con los pelos erizados, la boca espumajeante y una mirada enloquecida en sus ojos inyectados de sangre. Salió disparado hacia el hombre, con sus ciento cuarenta libras de furia reforzada por la rabia acumulada en dos días y dos noches de encierro. Pero a mitad de camino, en el mismísimo momento en que sus fauces se disponían a cerrarse sobre el hombre, recibió un golpe que detuvo su cuerpo y le hizo apretar fuertemente las mandíbulas en una dentellada de dolor. Giró en el aire y cayó al suelo.

Nunca en su vida le habían pegado un garrotazo y no comprendía lo que le pasaba. Con un rugido que era más un grito que un aullido se volvió a

enderezar dispuesto a saltar. Y de nuevo se produjo el golpe y volvió a caer aplastado al suelo. Esta vez se dio cuenta de que la culpa la tenía el garrote, pero su locura le impedía ser prudente. Volvió a atacar una docena de veces, y otras tantas le cayó encima el garrote derribándolo.

Después de un golpe extraordinariamente violento se arrastró hasta los pies del hombre, demasiado aturdido para volver a atacar; cojeaba, le manaba sangre de la nariz, boca y oídos, y tenía su hermoso pelaje manchado de sangre y babas. Entonces el hombre avanzó y le descargó deliberadamente un golpe terrible en el hocico. Todos los dolores que acababa de sufrir no fueron nada comparados con la refinada crueldad de este. Con un rugido casi tan fiero como el de un león se volvió a abalanzar sobre el hombre. Pero este, pasándose el garrote de la mano derecha a la izquierda, lo cogió por debajo de la quijada, retorciéndolo al mismo tiempo hacia abajo y hacia atrás. Buck describió un círculo completo en el aire y la mitad de otro, y luego cayó al suelo de bruces.

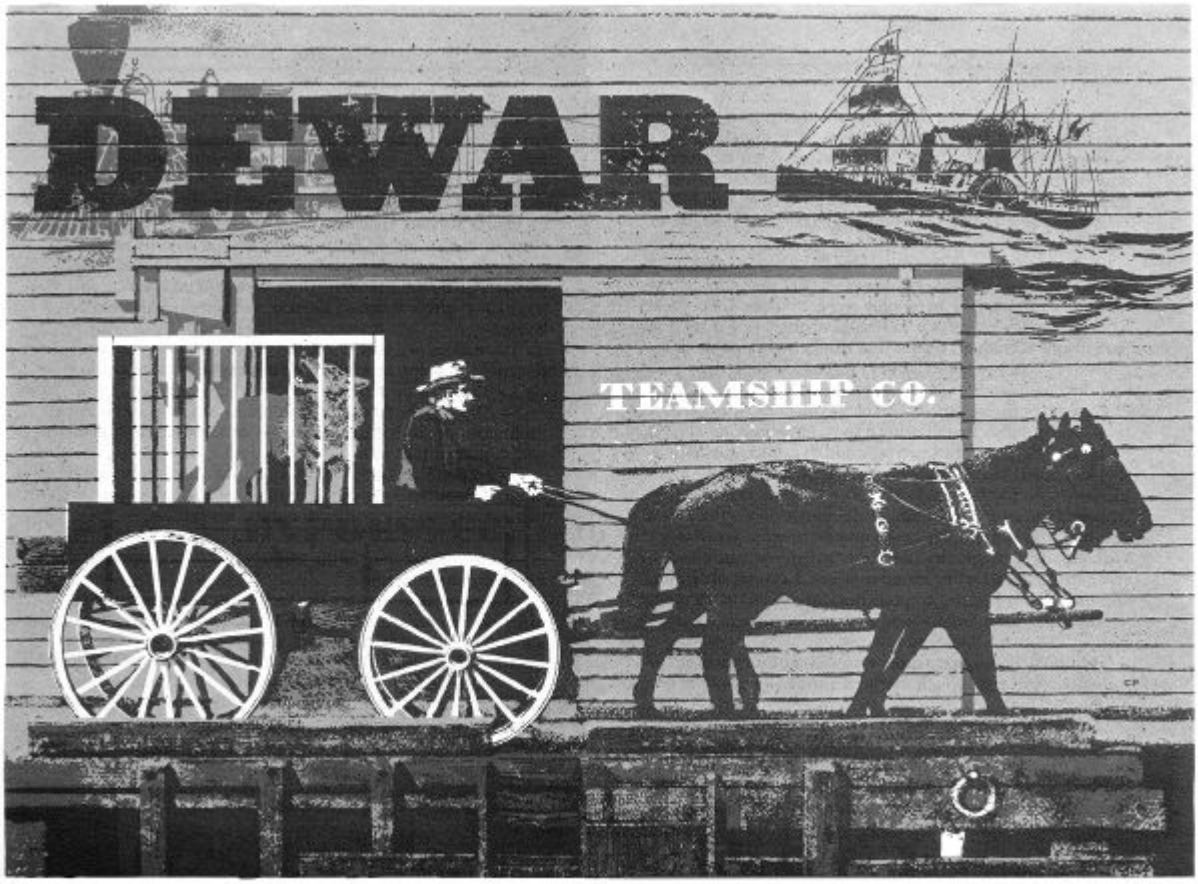
Por última vez volvió a atacar. Pero el hombre se tenía reservado su golpe más astuto y Buck cayó hecho un ovillo y completamente sin sentido.

—¡Digo! ¡Este no se anda con rodeos a la hora de domar un perro! —gritó entusiasmado uno de los hombres que estaba sentado en el muro.

—Yo preferiría domar potros cayuses[12] a diario y ración doble el domingo —le gritó el conductor al tiempo que trepaba al carromato y echaba a andar a los caballos.

Buck recuperó el sentido pero no las fuerzas. Tendido en el mismo lugar donde había caído, observaba desde allí al hombre del jersey rojo.

—Responde al nombre de Buck —musitó el hombre repitiendo las palabras de la carta del tabernero, que le había anunciado el envío del cajón y su contenido—. Bueno, hombre, Buck —prosiguió muy animado—, hemos tenido una peleílla y, ahora, borrón y cuenta nueva. Ya sabes a qué atenerte y yo también. Pórtate bien y todo marchará sobre ruedas. Pero si te portas mal, te rompo la crisma. ¿Te enteras?


DEWAR
TEAMSHIP CO.

Y mientras hablaba acariciaba sin temor la cabeza que tan despiadadamente acababa de golpear y, aunque a Buck se le pusieron los pelos de punta sin querer, al sentir el roce de aquella mano, lo soportó sin protestar. Cuando el hombre le trajo agua, la bebió con ansiedad y luego se tragó una buena ración de carne cruda, cogiéndola, pedazo a pedazo, de su mano.

Le habían vencido (bien lo sabía Buck), pero no estaba derrotado. Se dio cuenta, de una vez y para siempre, de que no podía enfrentarse a un hombre con garrote. Se aprendió la lección y nunca en su vida la llegó a olvidar. El garrote fue para él una revelación que lo introdujo en el reino de la ley primitiva, y aceptó las reglas del juego. El sentido de la vida adquirió un aspecto más salvaje; y, aunque no se arredraba al enfrentarse a este aspecto, lo hacía con toda la astucia latente que se había despertado en su naturaleza. Con el paso de los días llegaron otros perros, unos en cajones y otros atados con sogas, unos mansamente, y otros rabiando y rugiendo como había llegado él; y a todos ellos los vio someterse a la autoridad del hombre del jersey rojo. Una y otra vez, mientras contemplaba cada una de aquellas actuaciones brutales, Buck recordaba la lección aprendida; un hombre con garrote es la ley, es un amo al que hay que obedecer, aunque no se le llegue a aceptar. Buck nunca lo hizo, a pesar de ver a perros apaleados que se humillaban ante aquella mano y la lamían meneando la cola.

También vio un perro que no estaba dispuesto a ceder ni a obedecer y que acabó por morir en aquella lucha por el dominio.

De vez en cuando llegaban hombres, forasteros, que hablaban con gran animación y muchas zalamerías y en todos los tonos al hombre del jersey rojo. Y cuando se intercambiaban dinero, los forasteros se llevaban un perro o varios. Buck se preguntaba a dónde irían, pues nunca regresaron; pero sentía un gran temor ante el futuro y se alegraba cada vez que no resultaba elegido.

Pero al cabo le llegó su hora, bajo la forma de un hombrecillo que chapurreaba un inglés incorrecto entremezclado con mil extraños juramentos que Buck no lograba comprender.

—*Sacredam!*[13] —exclamó al echarle la vista encima a Buck—. Peggo de buena ggaza, ¿eh? ¿Cuánto?

—Trescientos, y es regalado —contestó rápidamente el hombre del jersey rojo—. Y como pagas con dinero del Gobierno, no irás a quejarte, ¿eh, Perrault?

Perrault sonrió. Teniendo en cuenta que el precio de los perros se había puesto por las nubes por la extraordinaria demanda que de ellos había, no era una suma exagerada para aquel hermoso animal. El Gobierno canadiense no saldría perdiendo ni su correo viajaría más despacio. Perrault entendía de perros y en cuanto vio a Buck se dio cuenta de que era un fuera de serie. «Muy fuera de serie», se dijo mentalmente.

Buck vio que el dinero pasaba entre las manos de ambos hombres y no le sorprendió ver que el hombrecillo arrugado se lo llevaba a él y a Curly, una dócil perra de Newfoundland[14]. Fue la última vez que vio al hombre del jersey rojo y también fue la última vez que vio las cálidas tierras del sur, mientras desde el puente del Narwhal él y Curly miraban cómo se alejaba la ciudad de Seattle. Perrault se los llevó bajo cubierta y los dejó al cuidado de un gigantón de cara negra que se llamaba François. Perrault era francocanadiense y de piel morena, pero François era además mestizo y tenía la piel mucho más oscura. Para Buck eran una raza de hombres desconocida (de los que aún había de ver muchos ejemplares), y aunque no llegó a cobrarles afecto, sin embargo, con el tiempo, aprendió a respetarlos. No tardó en comprender que Perrault y François eran hombres honrados, serenos e imparciales a la hora de administrar justicia, y harto acostumbrados a tratar perros como para dejarse engañar por ellos.

En el entrepuente del Narwhal, Buck y Curly se encontraron con otros dos perros. Uno era un ejemplar grande y blanco como la nieve que procedía de Spitzbergen[15], donde lo había recogido el capitán de un barco ballenero, y que luego acompañó a una expedición geológica por los Barren[16].

Era cordial, aunque un tanto traicionero, y sonreía abiertamente mientras cavilaba alguna perrería como, por ejemplo, cuando le robó a Buck parte de su ración la primera vez que comieron juntos. Buck se abalanzó para darle una lección, pero en ese momento el látigo de François restalló por el aire castigando al culpable y Buck solo tuvo que recoger el

hueso. Pensó que François se había portado honradamente y el mestizo comenzó a subir puntos en la estima de Buck.

El otro perro era muy reservado y no intimaba con nadie, aunque también es cierto que tampoco les robó nada a los recién llegados. Era hosco y taciturno y enseguida hizo ver a Curly que solo quería que lo dejasen en paz y, además, que si no lo hacían se verían en apuros. Se llamaba «Dave» y allí estaba comiendo y durmiendo, o bostezando entre una cosa y otra, sin interesarse por nada, ni siquiera cuando el Narwhal cruzó el estrecho de la Reina Carlota[17] y empezó a balancearse, y a cabecear y corcovear como si estuviera endemoniado.

Buck y Curly se pusieron muy nerviosos, medio locos de miedo, pero él alzó la cabeza como fastidiado, se dignó lanzarles una mirada indiferente, bostezó y volvió a dormirse tranquilamente.

El barco se movía día y noche siguiendo el incansable pulso de su hélice y, aunque los días transcurrieron de modo muy similar, Buck se percató de que cada vez hacía más frío. Por fin una mañana la hélice se detuvo y una atmósfera de excitación invadió el Narwhal. Buck la percibió, al igual que los otros perros, y adivinó la inminencia de un cambio. François les puso las correas y los subió a cubierta. En cuanto dio un paso sobre aquella fría superficie, las patas de Buck se hundieron en algo blanco y fofo que parecía barro.

Saltó hacia atrás con un bufido. Por el aire caían más cosas de aquellas blancas. Se sacudió pero le seguían cayendo encima. Entonces las olisqueó curioso y luego lamió algunas con la lengua. Quemaban como el fuego y enseguida desaparecían. Esto le intrigó. Repitió la operación con los mismos resultados. Algunas gentes lo observaban riéndose a carcajadas y a Buck le dio vergüenza sin saber por qué: era la primera vez que veía la nieve.

Capítulo 2
La ley del garrote y el colmillo

El primer día que Buck pasó en la playa de Dyea fue como una pesadilla. Cada hora le reservaba una sorpresa desagradable. Lo habían arrancado de repente del corazón de la civilización para echarlo al de las cosas primitivas. Esta no era una vida indolente y soleada, sin otro quehacer más que holgazanear y pasar el rato. Aquí no había paz ni descanso, ni un momento de reposo. Todo era confusión y actividad y, a cada momento, su vida o su cuerpo estaban en peligro. Era absolutamente necesario mantenerse todo el tiempo alerta, pues aquellos perros y aquellos hombres no eran perros ni hombres civilizados. Eran unas bestias todos ellos y no conocían otra ley que la del garrote y el colmillo.

Nunca había visto perros que peleasen como aquellos seres alobunados y su primera experiencia le enseñó una lección inolvidable. Cierto que se trató de una experiencia ajena, pues si hubiera sido propia no habría vivido para aprovecharse de ella. Curly fue la víctima. Habían acampado cerca de la leñera y ella, con su natural cordialidad, se acercó a un perro esquimal del tamaño de un lobo adulto y ni siquiera la mitad de grande que ella. No hubo aviso previo, solo una embestida fulminante, un metálico chocar de dientes, una retirada igual de veloz y la cara de Curly quedó rajada desde el ojo hasta la quijada.

Así peleaban los lobos: atacaban y se retiraban; pero aún le quedaba por ver más. Treinta o cuarenta perros esquimales acudieron al lugar y rodearon a los combatientes en un círculo silencioso y tenso. Buck no comprendía aquel tenso silencio, ni tampoco la ansiedad con que se relamían los hocicos. Curly corrió tras su adversario, que la volvió a atacar y se retiró

hacia un lado. Hizo frente a la siguiente acometida de Curly con el pecho, de un modo tan peculiar que la derribó. Ya no volvió a enderezarse. Esto era lo que los otros esquimales estaban esperando. Se abalanzaron sobre ella, gruñendo y ladrando y quedó aprisionada, gritando de dolor, bajo una mole de cuerpos peludos.

Todo fue tan repentino, y tan inesperado, que Buck se quedó desconcertado. Vio que Spitz sacaba su lengua escarlata de aquel modo que en él significaba que se estaba riendo; y vio a François que, blandiendo un hacha, cargaba sobre aquel revoltijo de perros. Tres hombres con garrotes le ayudaron a dispersarlos. No les llevó mucho tiempo. A los dos minutos de haber sucumbido Curly, François había ahuyentado a palos a todos sus atacantes. Pero ella yacía allí, tiesa y sin vida, sobre la nieve hollada y ensangrentada, prácticamente hecha pedazos, y el moreno mestizo, de pie junto a ella, lanzaba horribles juramentos. A menudo esta escena venía a turbar los sueños de Buck. Así que estas eran las costumbres. No se jugaba limpio. Si caías estabas perdido. Bueno, ya procuraría él no caer. Spitz volvió a sacar la lengua y a reír y desde ese momento Buck lo aborreció con un odio implacable y amargo.

Aún no se había recuperado del choque que le produjo la trágica muerte de Curly, cuando recibió otro golpe. François le echó encima un aparejo de correas y hebillas. Era un arnés semejante al que había visto poner a los mozos sobre los lomos de los caballos del juez Miller. Y lo mismo que había visto faenar a los caballos, así tuvo que ponerse a trabajar él y arrastrar a François en un trineo hasta el bosque que orillaba el valle para traer una carga de leña. Aunque su dignidad se sintió íntimamente herida por verse tratado como un animal de carga, fue lo suficientemente prudente como para no oponerse. Se puso a ello con la mejor voluntad e hizo lo que pudo, aunque todo le resultaba nuevo y extraño. François era duro; exigía obediencia inmediata y la conseguía gracias a su látigo; y Dave, que era un experimentado perro de varas[1], mordisqueaba los cuartos traseros de Buck cuando este se equivocaba. Spitz iba en cabeza y también era un experto; pero, como no alcanzaba a Buck, le lanzaba un gruñido de aviso de vez en cuando o desviaba astutamente las riendas con su peso para indicar a Buck el camino. Buck no tardó en aprender y, con las enseñanzas combinadas de

sus dos camaradas y de François, pronto hizo extraordinarios progresos. Antes de que regresaran al campamento ya sabía que había que pararse con un «¡so!», avanzar con un «¡arre!», tomar las curvas bien abiertas, y mantenerse alejado del perro de varas cuando el trineo cargado bajaba a toda velocidad una pendiente.

—Tges peggos buenísimos —dijo François a Perrault—. Ese Buck tigga como demonio. Yo enseñagle muy pgonto.

Esa tarde Perrault, que tenía prisa por ponerse en camino con el correo, regresó con otros dos perros. Dijo que se llamaban «Billee» y «Joe»; eran dos hermanos y esquimales de pura cepa. Pero, aunque fueran hijos de la misma madre, eran tan distintos como el día y la noche. Billee tenía el defecto de ser en exceso amable, mientras Joe era justo lo contrario: hosco e introvertido, siempre gruñendo y de mirada torva. Buck los acogió con mucha camaradería, Dave los ignoró y Spitz se dedicó a pelearse primero con uno y luego con el otro. Billee meneaba la cola en gesto apaciguador, se echó a correr cuando vio que esto no servía de nada y gritó (todavía en tono conciliador) cuando los afilados dientes de Spitz se clavaron en su lomo. Pero por más vueltas que dieran Spitz siempre se encontraba con que Joe le hacía frente, con la pelambrera erizada, las orejas hacia atrás, la boca torcida y gruñendo, lanzando dentelladas a toda velocidad y con los ojos brillando de manera diabólica; la mismísima encarnación del terror beligerante. Tan terrible era su aspecto, que Spitz no tuvo más remedio que renunciar a someterlo y, para disimular su propia incomodidad, se volvió contra el inofensivo y quejumbroso Billee y lo persiguió hasta los confines del campamento.

Al atardecer Perrault llegó con otro perro, un viejo esquimal, largo, flaco y demacrado, con la cara llena de cicatrices y un solo ojo que parecía avisar de proezas dignas del mayor respeto. Se llamaba «Sol-leks», que significa El Iracundo. Como Dave, ni pedía nada, ni daba nada, ni esperaba nada; y cuando caminaba lenta y deliberadamente en el medio de todos ellos, hasta el mismo Spitz lo dejaba solo. Tenía una peculiaridad que Buck tuvo la desgracia de descubrir.

No le gustaba que se le acercasen por el lado donde le faltaba el ojo. Buck lo ofendió sin darse cuenta y se enteró de semejante indiscreción por

su parte cuando Sol-leks se revolvió contra él y le desgarró el hombro hasta el hueso con una herida de tres pulgadas[2]. Desde entonces Buck evitó acercársele por el lado ciego y nunca más su camaradería se vio alterada. Al parecer solo tenía una ambición, lo mismo que Dave, y era que lo dejaran en paz; pero, como Buck iba a saber más adelante, ambos tenían otra ambición que era mucho más vital.

Aquella noche Buck se enfrentó con el gran problema de dormir. La tienda, iluminada por una vela, resplandecía acogedoramente en medio de la blanca llanura; y cuando él, con toda naturalidad, se metió dentro, Perrault y François lo acogieron con juramentos y tirándole cacharros de cocina hasta que, reponiéndose de su sorpresa, huyó ignominiosamente al frío exterior. Soplaba un viento que lo atenazaba sin piedad mordiéndole cruelmente el hombro herido. Se echó en la nieve e intentó dormir, pero enseguida la helada le obligó a ponerse en pie tiritando. Triste y desconsolado, anduvo errante por entre las tiendas, percatándose al cabo de que todos los sitios eran igual de fríos. De trecho en trecho se topaba con perros salvajes, pero Buck erizaba la melena y gruñía (pues aprendía a toda velocidad) y lo dejaban pasar sin molestarlo.

Por fin se le ocurrió una idea. Regresaría a ver cómo se las arreglaban sus compañeros de equipo. Cuál no sería su sorpresa al ver que todos habían desaparecido. Volvió a deambular por toda la extensión del campamento buscándolos y luego regresó. ¿Estarían en la tienda? No podía ser, pues de lo contrario a él no lo habrían echado. ¿Dónde demonios estarían? Con el rabo entre las patas y temblando tristemente, se puso a dar vueltas, desorientado, alrededor de la tienda. De repente la nieve cedió bajo sus patas delanteras y se hundió en el suelo. Algo se agitó bajo sus patas. De un salto se echó hacia atrás, crispado y gruñendo, lleno de temor ante lo invisible y lo desconocido. Pero un ladrido amistoso lo tranquilizó y se acercó a investigar. Una bocanada de aire tibio subió hasta su hocico; allí, hecho un ovillo muy calentito bajo la nieve, estaba Billee. Gañó[3] conciliador, se revolvió y agitó en prueba de buena voluntad e incluso se atrevió, en solicitud de paz, a lamer la cara de Buck con su lengua tibia y húmeda.

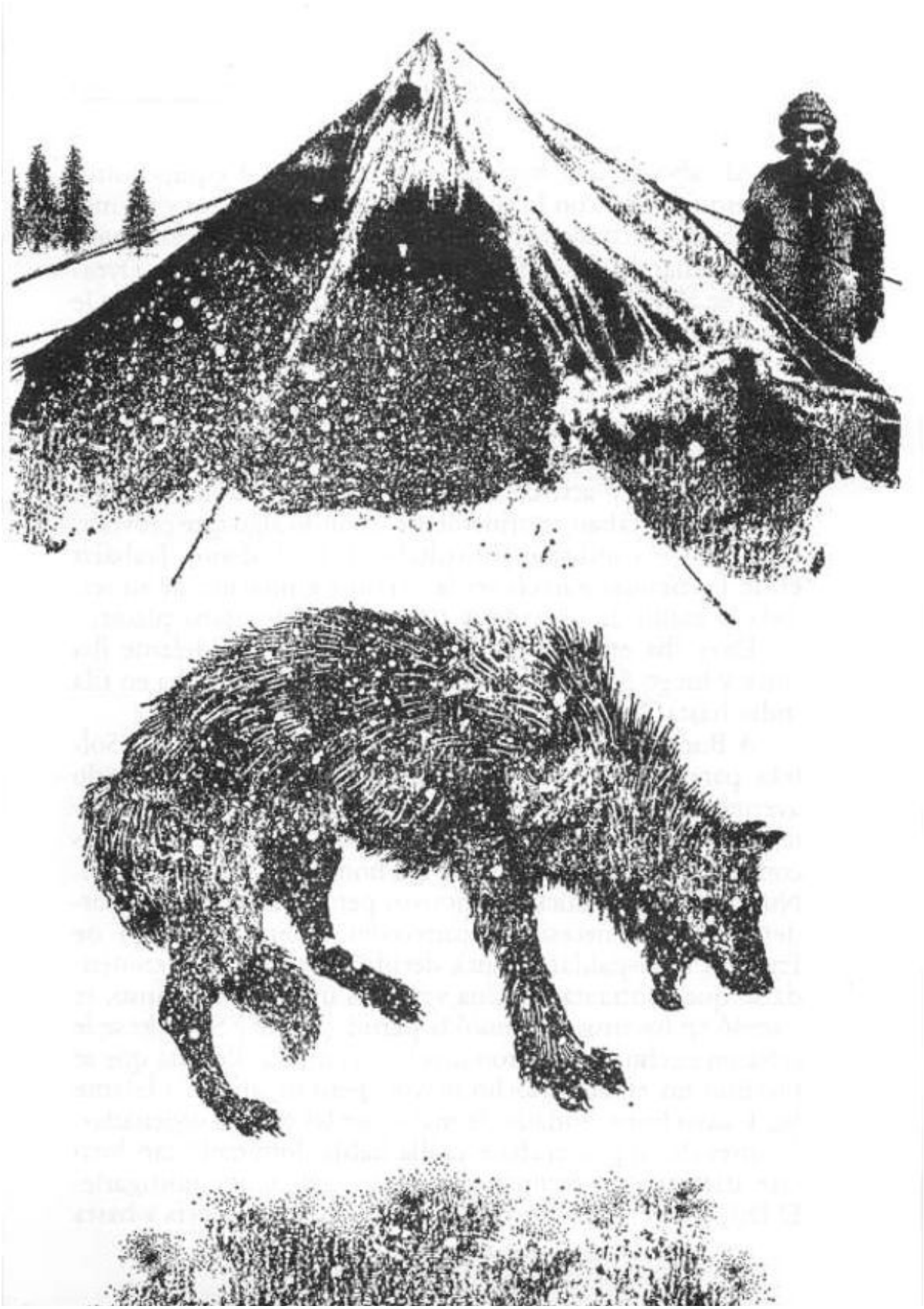
Otra lección. Así que eso era lo que hacían. Con gran aplomo Buck eligió un sitio y, con muchos aspavientos y derroche de energías, se cavó un agujero. En un periquete el calor de su cuerpo llenó aquel reducido espacio y se quedó dormido. El día había sido largo y trabajoso y durmió profunda y cómodamente, aunque bufó y ladró y luchó en medio de pesadillas.

No abrió los ojos hasta que lo despertaron los ruidos del campamento que se espabilaba. De momento no se daba cuenta de dónde estaba. Había estado nevando toda la noche y se hallaba completamente enterrado. Las paredes de nieve lo oprimían por todas partes y de repente lo invadió el terror: el miedo que siente una bestia ante una trampa. Era una señal de que remontaba su propia vida hasta la de sus antepasados; porque él era un perro civilizado, un perro exageradamente civilizado y en su propia experiencia no había conocido ninguna trampa, con lo cual no podía temerlas. Todos los músculos de su cuerpo se contrajeron espasmódica e instintivamente, los pelos del cuello y del lomo se le pusieron de punta y, con un rugido feroz, salió de un salto a la luz cegadora envuelto en una nube de nieve resplandeciente. Antes de que sus patas tocaran el suelo vio, extendido ante sus ojos, el blanco campamento y se dio perfectamente cuenta de dónde estaba y recordó todo lo que había sucedido desde el momento en que saliera a dar un paseo con Manuel hasta que había cavado un agujero para refugiarse la noche anterior.

Un grito de François acogió su aparición.

—¿No te digo? —gritó el conductor de trineos a Perrault—. Ese Buck apgende de lo más ggápido.

Perrault asintió solemnemente. Como correo del Gobierno canadiense y portador de importantes despachos, le interesaba enormemente hacerse con los mejores perros y estaba encantado de haber conseguido a Buck.



Al cabo de una hora ya había añadido al equipo otros tres esquimales, con lo cual ya tenían nueve perros y en menos de un cuarto de hora ya iban todos con los arneses puestos y enfilando el sendero que conduce al Cañón de Dyea. Buck se alegró de partir y, aunque el trabajo era duro, no le resultaba desagradable. Le sorprendió la animación de todo el equipo, que se le había contagiado; pero aún más sorprendente le parecía el cambio efectuado en Dave y en Sol-leks. Eran otros perros, profundamente transformados por el arnés. Habían perdido toda su pasividad e indiferencia. Eran perros alertas y activos, ansiosos de que el trabajo saliera bien, y se irritaban enormemente, cuando algo que provocase retraso o confusión dificultaba dicho trabajo. Trabajar entre las riendas parecía ser la máxima aspiración de su ser, toda la razón de sus vidas y lo único que les daba placer.

Dave iba en varas, o de perro de trineo; y delante iba Buck y luego Sol-leks; el resto del equipo se alineaba en fila india hasta llegar a Spitz que iba en cabeza.

A Buck lo habían colocado a propósito entre Dave y Sol-leks para que fuera aprendiendo. Si el uno era discípulo aventajado los otros eran hábiles maestros, que nunca lo dejaban mucho rato en un error y reforzaban sus enseñanzas con sus afilados dientes. Dave era honrado y muy prudente. Nunca mordía a Buck sin motivo, pero nunca dejó de morderlo cuando necesitaba corrección. Como el látigo de François lo respaldaba, Buck decidió que más valía enmendarse que contraatacar. Una vez, tras un breve descanso, se enredó en los tiros y demoró la partida; Dave y Sol-leks se le echaron encima y le dieron una buena tunda. Resulta que se produjo un enredo mucho mayor, pero de ahí en adelante Buck tuvo buen cuidado de mantener las correas ordenadas. Y antes de que se acabase el día había dominado tan bien este arte, que sus compañeros apenas tenían que hostigarle. El látigo de François restallaba con menos frecuencia y hasta Perrault le hizo a Buck el honor de levantarle las patas y examinárselas con cuidado.

Costó un día a marchas forzadas llegar al Cañón, cruzando el Campamento de las Ovejas, más allá de las Scales y la línea maderera, a través de glaciares y ventisqueros profundísimos y por encima de la gran

línea divisoria de Chilcoot que separa el agua salada de la dulce y guarda celosamente el triste y desolado norte. Llevaban una buena marcha cuando bajaban por la cadena de lagos que llenan los cráteres de extintos volcanes y, ya bien entrada la noche, llegaron al enorme campamento que hay en la cabecera del lago Bennett, donde miles de buscadores de oro se dedicaban a construir barcos para cuando llegaran los deshielos primaverales. Buck se cavó un agujero en la nieve y durmió el sueño de los justos agotados, pero a la mañana siguiente tempranísimo lo sacaron de su fría oscuridad y lo engancharon con sus compañeros al trineo.

Aquel día hicieron cuarenta millas[4], pues la pista estaba firme; pero al día siguiente y muchos de los posteriores tuvieron que irse abriendo camino, y eso les costaba más trabajo, con lo cual no mantuvieron tan buena marcha. Por lo general, Perrault iba por delante de la expedición pisando la nieve con raquetas para facilitarles el trabajo. François, que guiaba el trineo con la palanca de mando, a veces cambiaba el puesto con él, aunque no con mucha frecuencia. Porque Perrault tenía prisa y se jactaba de su pericia en el hielo, conocimiento que resultaba indispensable porque la capa de hielo en otoño era muy delgada y en los lugares donde había agua corriente ni siquiera había hielo.

Día tras día, incansablemente, Buck se afanaba en el tiro. Siempre se ponían en camino cuando aún era de noche y las primeras luces del amanecer los encontraban ya batiendo las pistas y con un buen recorrido tras ellos. Y siempre acampaban bien entrada la noche, comían un poco de pescado y se bajaban a dormir a sus agujeros bajo la nieve. Buck estaba famélico. La libra y media de salmón seco que era la ración que le daban al día, no le llegaba a un diente. Nunca quedaba saciado y continuamente padecía retortijones de hambre. Sin embargo, los demás perros, como eran de menor tamaño y estaban acostumbrados a esa vida, solo recibían una libra de pescado y se las arreglaban para mantenerse en forma.

Pronto perdió la delicadeza de sus costumbres anteriores. Comedor refinado, se encontró con que sus compañeros, que acababan primero, le robaban los restos de su ración. No había manera de defenderse. Mientras peleaba con dos o tres, los demás se la tragaban. Así que para evitarlo tenía que comer tan deprisa como ellos; y tanto le acuciaba el hambre que no

pudo resistirse a coger lo que no le pertenecía. Observaba y aprendía. Cuando vio que Pike, uno de los perros nuevos, un haragán astuto y ladrón, robaba taimadamente una loncha de tocino mientras Perrault estaba de espaldas, al día siguiente Buck emuló la hazaña llevándose el tocino entero. Se armó un gran revuelo, pero nadie sospechó de él; y a Dub, un patoso incorregible que siempre se metía en líos, lo castigaron por la fechoría de Buck.

Este primer robo fue la prueba de que Buck era apto para sobrevivir en el hostil ambiente de las tierras del norte. Indicaba su adaptabilidad, su capacidad para acomodarse a condiciones cambiantes, cuya carencia hubiera significado una muerte rápida y terrible. Y además indicaba la degeneración o resquebrajamiento de sus valores morales, cosa vana y un obstáculo en la despiadada lucha por la existencia. Todo ello estaba muy bien en el sur, donde reinaba la ley del amor y el compañerismo y donde se respetaba la propiedad privada y los sentimientos personales; pero en las tierras del norte, bajo la ley del garrote y el colmillo, el que tuviera aquellas cosas en cuenta era un necio y mientras las respetase no podría prosperar.

No es que Buck razonase así. Estaba sano, y nada más; e inconscientemente se acomodaba a su nuevo estilo de vida. Nunca hasta entonces había rehuido una pelea por desventajosa que pudiera parecerle. Pero el garrote del hombre del jersey rojo le había enseñado un código más elemental y primitivo. Mientras vivía en la civilización, hubiera sido capaz de morir por cualquier principio moral; por ejemplo, por defender la fusta del juez Miller; pero su rechazo total de la civilización se ponía ahora de manifiesto al sentirse capaz de eludir una consideración moral con tal de salvar el pellejo. No robaba por el placer de hacerlo, sino porque el estómago se lo exigía. No robaba abiertamente, sino con astucia y sigilo, por temor al garrote y al colmillo. En resumen, las cosas que hacía las hacía porque era más fácil hacerlas que no hacerlas.

Su desarrollo (o regresión) fue veloz. Sus músculos se endurecieron como el hierro, y se volvió insensible al dolor normal. Consiguió una economía interna y además externa. Era capaz de comer cualquier cosa, por repugnante o indigerible que pareciera; y, una vez que la había comido, los jugos de su estómago extraían de aquello hasta la última partícula nutritiva;

y su sangre la llevaba hasta los rincones más recónditos de su cuerpo, transformándola en los tejidos más duros y resistentes. Su vista y su olfato se afinaron sobremanera, y su oído se hizo tan agudo que podía oír el menor sonido mientras dormía y discernir si era anuncio de paz o de peligro. Aprendió a arrancarse a mordiscos el hielo que se le acumulaba entre los dedos; y cuando tenía sed y el agujero del agua estaba cubierto por gruesas espumas heladas, sabía romperlas poniéndose sobre las patas traseras y golpeando el hielo con las delanteras. El rasgo que lo destacaba era la capacidad que tenía para olfatear el viento y predecir su rumbo con una noche de anticipación. Aunque no se moviera un soplo de aire, cuando cavaba su refugio junto a un árbol o cerca de un talud, el viento que luego se levantaba siempre lo encontraba a sotavento, bien guarecido y abrigado.

Y no solo la experiencia era su maestra, sino que revivieron en él algunos de los instintos que ya llevaban mucho tiempo muertos. Se liberó de generaciones de vida doméstica. De modo vago rememoraba los primeros tiempos de su raza, cuando los perros salvajes corrían en manadas por los bosques primitivos y mataban a su presa cuando tenían hambre. No le costó trabajo aprender a matar a dentelladas y golpes rápidos de lobo. Así habían luchado sus olvidados antepasados. Se aceleraron las antiguas costumbres latentes dentro de su ser y adoptó los ardides antiguos que ellos habían impreso en los herederos de la raza. Se le revelaron sin esfuerzo ni búsqueda, como si siempre hubieran sido los suyos propios. Y cuando, todavía en las noches frías, alzaba el hocico hacia una estrella y lanzaba un aullido largo y alobunado, en él revivían sus antepasados, ya muertos y convertidos en polvo, apuntando a una estrella y aullando durante siglos hasta su existencia presente. Las cadencias de Buck eran las suyas, cadencias que expresaban su dolor y su sentimiento ante el silencio, el frío y la oscuridad.

Y como la vida no es más que un teatro de marionetas, la antigua balada brotaba de él y se hacía suya de nuevo; y todo porque los hombres habían encontrado un metal amarillo en las tierras del norte y porque Manuel era un ayudante de jardinero cuyo salario no bastaba para cubrir las necesidades de su mujer y algunos asuntillos propios.

Capítulo 3
La dominante bestia primitiva

La dominante bestia primitiva era fuerte en Buck y, bajo las terribles condiciones de la vida sobre las pistas, todavía se reforzó más, aunque crecía en secreto. Su astucia recién adquirida le dio aplomo y control. Estaba demasiado ocupado adaptándose a su nueva vida como para sentirse cómodo, y no solo no se metía en peleas, sino que las evitaba cuando podía, y además deliberadamente. No era propenso a actuar precipitada e impulsivamente; y a pesar del odio amargo que había entre él y Spitz nunca dio muestras de impaciencia y evitó ofenderle.

Por otra parte, acaso por presentir que Buck era un poderoso rival, Spitz nunca perdía la ocasión de enseñarle los dientes. Se esforzó repetidamente en intimidarlo, empeñándose sin cesar en empezar una pelea que habría de acabar irremisiblemente con la muerte de uno de los dos.

Al principio del viaje estuvo a punto de producirse esta circunstancia, pero un accidente inesperado la evitó. Al final de ese día acamparon en un lugar desolado y mísero a orillas del lago Le Barge. La fuerte nevada, un viento que cortaba como un cuchillo al rojo vivo y la oscuridad les obligaron a buscar a ciegas un lugar donde acampar. Y no lo podían haber encontrado peor. A sus espaldas se elevaba un muro perpendicular de roca y Perrault y François se vieron obligados a hacer una hoguera y extender los sacos de dormir sobre el mismo lago helado. En Dyea habían abandonado la tienda para viajar con menos peso. Con unas astillas hicieron un fuego que derritió el hielo y se apagó, con lo cual tuvieron que cenar a oscuras.

Allí cerca, bajo la protección de la roca, cavó Buck su nido. Tan cómodo y calentito se encontraba en él, que le costó un esfuerzo salir

cuando François repartió el pescado que acababa de descongelar sobre la lumbre. Pero, cuando Buck terminó su ración y regresó a él, se encontró con que su refugio estaba ocupado. Un bufido amenazador le avisó de que el intruso era Spitz. Hasta ese momento Buck había evitado enfrentarse a su enemigo, pero aquello ya era demasiado. La bestia que había en él se sublevó. Saltó sobre Spitz con una rabia que sorprendió a ambos, pero sobre todo a Spitz, pues su experiencia con Buck le había demostrado que su rival era un perro extraordinariamente tímido, que conseguía salir adelante gracias a su gran peso y tamaño.

A François también le sorprendió verlos salir del cubil deshecho, enzarzados en una pelea, y adivinó el motivo de la misma.

—¡Hala! —le gritó a Buck—. ¡Dale bien duggo! ¡Cáscale bien a ese ceggdo ladgón!

Spitz también estaba lanzado. Aullaba con rabia y ansiedad, girando y retrocediendo en busca de una ocasión para atacar. Buck no estaba menos ansioso ni era menos cauteloso; así que giraba de un lado para otro buscando una ventaja. Pero entonces sucedió algo imprevisto, algo que aplazaría su lucha por la supremacía hasta un momento futuro, tras muchas millas de trabajo agotador sobre las pistas.

Una maldición de Perrault, el seco impacto de un garrote sobre un cuerpo huesudo y un penetrante gemido de dolor fueron el anuncio del estruendo que se originó a continuación. De pronto el campamento apareció poblado por acechantes formas peludas: casi un centenar de perros esquimales hambrientos que habían husmeado el campamento desde algún poblado indio. Se habían acercado furtivamente mientras Buck y Spitz peleaban y, cuando los dos hombres se plantaron en medio de ellos blandiendo sus gruesos garrotes, les enseñaron los dientes y les hicieron frente. El olor a comida los había enloquecido. Perrault encontró a uno con la cabeza metida en el cajón de provisiones. Descargó un garrotazo sobre sus flacas costillas y el cajón de provisiones rodó por el suelo. Al instante, una veintena de bestias famélicas se disputaban el pan y el tocino. Los garrotazos les llovían por todas partes y gemían y aullaban bajo los golpes, pero seguían peleando como locos hasta devorar la última migaja.

Entre tanto los asombrados perros del equipo habían salido de sus cobijos y se vieron agredidos por los feroces invasores. Buck nunca había visto perros como aquellos. Parecía que los huesos les iban a perforar el pellejo. No eran más que esqueletos envueltos en sucias pieles, con ojos resplandecientes y babeantes colmillos. Pero la locura del hambre los volvía espantosos e irresistibles. No había manera de hacerles frente. Al primer ataque los perros del equipo quedaron acorralados contra el talud. A Buck le acosaban tres perros esquimales y en un momento tuvo la cabeza y los hombros cubiertos de rasguños y desgarrones. El estruendo era espantoso. Billee gemía como de costumbre. Dave y Sol-leks, sangrando por un sinfín de heridas, luchaban valientemente uno al lado del otro. Joe daba dentelladas como un demonio. En una de ellas, sus dientes agarraron la pata delantera de un esquimal y se la trituraron hasta el hueso. Pike, el taimado, saltó sobre el animal herido y le quebró el cuello de un mordisco y un tirón. Buck agarró a un baboso adversario por la garganta y se salpicó de sangre cuando sus dientes le cercenaron la yugular. El tibio sabor de la sangre en su boca le provocó una ferocidad mayor. Se abalanzó sobre otro, sintiendo al mismo tiempo que unos dientes se le clavaban en su propia garganta. Era Spitz que le atacaba a traición por el otro lado.

Perrault y François, que habían dejado expedito el campamento por su parte, acudieron a salvar a sus perros de trineo. La salvaje oleada de bestias famélicas retrocedió ante ellos y Buck pudo soltarse, pero solo fue por un instante. Los dos hombres tuvieron que volver corriendo a proteger las provisiones y los perros esquimales aprovecharon para atacar de nuevo al equipo. Billee, con el valor que da el terror, saltó sobre el círculo feroz y huyó sobre la superficie helada. Pike y Dub lo siguieron, pisándole los talones, y el resto del equipo siguió su ejemplo. Cuando Buck se disponía a saltar tras ellos, vio por el rabillo del ojo que Spitz se abalanzaba sobre él con la evidente intención de derribarlo. Si caía, se encontraría bajo aquella manada de perros esquimales sin ninguna esperanza de salir con vida. Pero aguantó a pie firme la embestida de Spitz y luego huyó velozmente hacia el lago.

Posteriormente los nueve perros del equipo se reunieron para buscar refugio en el bosque. Aunque ya no les perseguían, se hallaban en un estado

lastimoso. Todos sin excepción tenían heridas en cuatro o cinco sitios distintos, y algunas de gravedad. Dub tenía una pata trasera en muy malas condiciones; Dolly, el último perro esquimal que habían añadido al equipo en Dyea, tenía un gran tajo en el cuello; Joe había perdido un ojo, y el buenazo de Billee, con una oreja mordida y hecha jirones, se pasó la noche gimiendo y quejándose. Al amanecer regresaron cautelosamente al campamento y se encontraron con que los intrusos se habían marchado y los dos hombres estaban de mal humor. Habían perdido más de la mitad de las provisiones. Los perros esquimales habían roído las ataduras y las capotas del trineo. La verdad es que no habían dejado nada, por poco comestible que pareciera. Se habían comido un par de mocasines de piel de alce de Perrault, trozos del cuero de las correas e incluso medio metro de látigo de François. Este interrumpió la triste contemplación de estos desmanes para echar un vistazo a sus perros heridos.

—¡Ay, mis amigos! —dijo suavemente—. Puede que vosotgos locos con tantos mogdiscos. Puede que todos peggos locos. *Sacredam!* ¿Tú que cgees, eh, Perrault?

El correo meneó la cabeza con gesto de duda. Le quedaban cuatrocientas millas de camino para llegar a Dawson[1]; mal podía permitirse que se declarara la rabia entre sus perros. Al cabo de dos horas de jurar y pelear con los arneses acabaron por arreglarlos y el maltrecho equipo se puso en camino avanzando con dificultad sobre el tramo más difícil que hasta entonces se habían encontrado y, realmente, el peor que les quedaba por recorrer hasta llegar a Dawson.

El río Thirty Mile[2] no se había helado. Sus bravas aguas se negaban a congelarse y solo en los remolinos y en los remansos se había formado un poco de hielo. Tardaron seis agotadores días en recorrer aquellas terribles treinta millas, terribles en verdad, pues cada tramo de ellas constituía un peligro para la vida de perros y hombres. Una docena de veces Perrault, que abría la marcha, sintió que el hielo se quebraba bajo sus pies y se salvó gracias a la pértiga que llevaba y que mantenía de tal forma, que siempre quedaba atravesada sobre el agujero que había formado su cuerpo. Pero el frío arreciaba y el termómetro registraba cincuenta grados bajo cero y, cada

vez que se rompía el hielo, Perrault tenía que hacer una hoguera y secarse la ropa.

No se arredraba ante nada y por eso le habían elegido como correo del Gobierno. Afrontaba cualquier riesgo, avanzando resueltamente con su carilla arrugada en medio del viento helado y trabajaba sin descanso desde las primeras luces del amanecer hasta que se hacía de noche. Recorría las peligrosas orillas donde el hielo era tan fino, que se hundía y se quebraba bajo sus pies y sobre cuya superficie no se atrevían a detenerse. En una ocasión se hundió el trineo con Dave y Buck, que casi perecieron congelados y a los que sacaron del agua medio ahogados. Como siempre, hubo que encender una hoguera para salvarlos. Estaban cubiertos de una dura capa de hielo y los dos hombres los hicieron correr alrededor del fuego, sudando, hasta que se les derritió el hielo, y tan cerca de las llamas que llegaron a chamuscarlos.

En otra ocasión fue Spitz el que se hundió, arrastrando tras de sí a todo el equipo menos a Buck, que frenó la caída con todas sus fuerzas, con las patas delanteras aferradas al borde resbaladizo y el hielo quebrándose y hundiéndose a su alrededor. Pero detrás de Buck estaba Dave, que también contenía la caída, y detrás del trineo se hallaba François tirando con tal fuerza que se oían crujir sus tendones.

Otra vez sucedió que la superficie helada se rompió por delante de ellos y por detrás y no les quedaba otra escapatoria más que ascender por la pared rocosa. Perrault la escaló de puro milagro mientras François rezaba para que dicho milagro se produjera; y entonces trenzaron con todas las correas y pedazos de tirantes del trineo y los restos de los arneses una cuerda larga y, amarrados a ella, subieron a los perros, uno por uno, hasta la cima del precipicio. Luego izaron el trineo y su carga y por último subió François. Y entonces hubo que buscar un lugar por donde volver a bajar y el descenso se efectuó mediante la cuerda; así que al llegar la noche volvían a encontrarse en el río y no habían conseguido avanzar en todo el día más que un cuarto de milla.

Para cuando llegaron al Hootalinqua, donde el hielo estaba en buenas condiciones, Buck se encontraba extenuado. El resto de los perros se encontraba más o menos como él, pero Perrault, para recuperar el tiempo perdido, los hacía trabajar de sol a sol. El primer día cubrieron treinta y cinco millas hasta el Big Salmon y al día siguiente otras treinta y cinco hasta el Little Salmon; el tercer día hicieron cuarenta millas, con lo cual llegaron bastante cerca del Five Fingers.

Los pies de Buck no eran tan compactos ni estaban tan endurecidos como los de los perros esquimales. Los suyos se habían ido reblandeciendo a través de muchas generaciones desde que al último de sus antepasados en estado salvaje lo había domesticado un habitante de las cavernas o un hombre del río. Se pasaba todo el día cojeando penosamente y, cuando llegaba el momento de acampar, se echaba al suelo como si estuviera muerto. A pesar del hambre, no era capaz de levantarse para ir a buscar su ración de pescado y François tenía que acercársela. Además el perrero frotaba los pies de Buck durante media hora, todas las noches después de cenar, y sacrificó la parte alta de sus mocasines para hacerle cuatro zapatitos a Buck. Esto lo alivió mucho e incluso Buck consiguió que en la arrugada cara de Perrault se esbozara una sonrisa cuando, una mañana, François se olvidó de calzarlo y Buck se tendió en el suelo de espaldas, agitando las cuatro patas en el aire, y se negó a moverse hasta que no le pusieran los mocasines. Con el tiempo sus pies se acostumbraron a las pistas y acabaron por tirar los gastados zapatos.

Una mañana, a orillas del Pelly, Dolly, que nunca se había destacado por nada, de repente se volvió loca. Anunció su estado con un aullido alobunado, largo y acongojante, que hizo que los pelos de los perros se erizasen de pavor, y luego se abalanzó sobre Buck. Este nunca había visto un perro rabioso ni tenía razón alguna para tener la locura, pero se dio cuenta de que aquello era terrible y huyó aterrorizado. Salió disparado y Dolly, jadeante y babosa, le pisaba los talones; y tan espantado corría él que ella no llegaba a darle alcance, aunque tan furiosa corría ella que tampoco él conseguía alejarse. Se adentró por el bosque que había en la parte más elevada de la isla, salió por el bajío de la punta, atravesó un canal helado

para alcanzar otra isla y luego una tercera, giró hacia el río principal y, desesperado, empezó a cruzarlo. Todo este tiempo, aunque no la veía, la oía gruñir a un paso detrás de él. A un cuarto de milla de distancia oyó que François lo llamaba y retrocedía hacia él, sintiendo que la perra lo perseguía a corta distancia; se encontraba sin resuello, pero confiaba ciegamente en que François lo salvaría. El perrero sostenía serenamente el hacha en una mano y, nada más pasar Buck a toda velocidad ante él, el hacha se abatió sobre la cabeza de la enloquecida Dolly.

Buck cayó tambaleándose contra el trineo, exhausto, jadeante, impotente. Aquella era la oportunidad que esperaba Spitz. Se abalanzó sobre Buck y clavó dos veces los dientes en su indefenso enemigo, desgarrándole la carne hasta el hueso. Entonces se oyó restallar el látigo de François y Buck tuvo la satisfacción de contemplar cómo Spitz recibía la paliza mayor que hasta entonces se había dado a ningún perro del equipo.

—Un demonio, ese Spitz —comentaba Perrault—. Un día él matagg al Buck.

—Dos demonios, ese Buck —le contestó François—. Todo el ggato obsegvo a Buck y sé lo que va a pasagg. Migga: un buen día al Buck se le van a hinchagg las naggices y va a machacagse al Spitz y a vomitaglo en la nieve. Seguggo. Yo lo sé.

De ahí en adelante se declaró la guerra entre ambos perros. Spitz como perro-guía y reconocido jefe del equipo sentía su supremacía amenazada por aquel extraño perro sureño. Y en verdad Buck le parecía extraño, pues ninguno de los numerosos perros sureños que había conocido había llegado a dar resultado en la vida de campamento ni en las pistas. Todos eran demasiado blandos y morían de agotamiento, de frío o de hambre. Buck era la excepción. Solo él consiguió sobrevivir y adaptarse, llegando a igualarse a los perros esquimales en fuerza, ferocidad y astucia. Además era un perro dominador, y el hecho de que el garrote del hombre del jersey rojo hubiera suprimido en él la loca temeridad de sus deseos de dominio, lo hacía aún más peligroso. Era predominantemente astuto y capaz de aguardar el momento oportuno con una paciencia que era sin duda la original de su especie.

Era inevitable que se produjera la lucha por el mando. Buck buscaba la ocasión, con un deseo natural, porque había caído en las redes de ese incomprensible y desconocído orgullo que surge en las pistas y en las riendas, orgullo que mantiene a los perros aferrados a su tarea hasta que exhalan el último suspiro, que los induce a morir alegremente atados a los arneses y les parte el alma si los alejan de este tipo de vida. Era el orgullo que sentía Dave como perro de varas y el de Sol-leks cuando tiraba delante de todos con todas sus fuerzas; el orgullo que se apoderaba de ellos en cuanto levantaban el campamento y transformaba a aquellas bestias hoscas y taciturnas en animales esforzados, vehementes y ambiciosos; el orgullo que los espoleaba durante todo el día y luego los abandonaba al borde del campamento cada noche, dejándolos sumidos en un desasosiego y en un descontento taciturnos. Era el orgullo que animaba a Spitz y le hacía martirizar a los perros de tiro que patinaban o ganduleaban sobre las pistas o se escondían a la hora de ponerse los arneses por la mañana. Era el mismo orgullo que le hacía temer a Buck como posible perro-guía. Y este era también el orgullo de Buck.

Amenazaba abiertamente el liderazgo del otro perro. Se interponía entre él y los remolones que debería castigar. Y lo hacía deliberadamente. Una noche cayó una gran nevada y por la mañana el taimado de Pike no aparecía. Estaba bien escondido en su refugio con más de un palmo de nieve por encima. François lo llamaba y lo buscaba en vano. Spitz estaba furiosísimo. Recorrió el campamento como un loco, buscando y escarbando en los puntos que le parecían más propicios y gruñendo con tal rabia, que Pike le oyó y se estremeció en su escondite.

Pero cuando al fin dieron con él y Spitz se abalanzó para castigarlo, Buck se interpuso con la misma furia entre los dos. El salto fue tan inesperado, y tan hábilmente conseguido, que Spitz, perdiendo el equilibrio, cayó hacia atrás. Pike, que hasta entonces había estado temblando como un cobarde, cobró ánimos ante la rebeldía declarada de Buck, y saltó sobre su jefe derribado. Buck, que ya había olvidado las reglas del juego limpio, también se echó sobre Spitz. Pero François, al que el incidente le hizo gracia, no dejaba de estar siempre dispuesto a administrar justicia y descargó su látigo sobre Buck con todas sus fuerzas. Como ni por esas Buck

dejaba en paz a su postrado enemigo, el hombre utilizó el mango del látigo. Medio atontado por el golpe, Buck cayó de espaldas y aguantó un buen número de latigazos mientras Spitz castigaba a conciencia al incorregible Pike.

El resto de los días, y según se acercaban a Dawson, Buck siguió interponiéndose entre Spitz y los culpables; pero lo hacía muy astutamente, cuando François no estaba por allí. Como consecuencia de la encubierta rebelión de Buck, se produjo una insubordinación general que fue propagándose entre los perros. A Dave y a Sol-leks no les afectó, pero el resto del equipo iba de mal en peor. Las cosas no marchaban. Continuamente se producían riñas y alborotos. A cada momento surgían problemas y en el fondo de todos ellos estaba Buck. François se mantenía alerta, pues el perrero temía constantemente la lucha a muerte que sabía inevitable entre los dos perros tarde o temprano; y más de una noche hubo de salir de su saco de dormir al oír las peleas entre otros perros, temeroso de que Buck y Spitz se hubieran enfrentado.

Pero la oportunidad no llegó a presentarse y así llegaron a Dawson en una tarde gris, con la gran pelea aún pendiente. Allí había muchos hombres e innumerables perros y Buck se los encontró a todos trabajando. Parecía como si en el orden natural de las cosas estuviera dispuesto que los perros tuvieran que trabajar. Durante todo el día recorrían incesantemente la calle principal atados en largos tiros y por la noche aún se podían oír sus cascabeleos. Arrastraban maderos para la construcción y leña para el fuego, acarreaban material de las minas y realizaban todas las tareas que en el valle de Santa Clara desempeñaban los caballos. De vez en cuando Buck se encontraba con un perro sureño, pero la mayor parte de ellos pertenecían a la raza salvaje de los alobunados perros esquimales. Todas las noches, con regularidad, a las nueve, a las doce y a las tres, entonaban un canto nocturno, una balada mágica y extraña a la que Buck se unía encantado.

Tanto si la aurora boreal los iluminaba con su frío resplandor como si las estrellas retozaban en una danza heladora, mientras la tierra yacía inerte bajo un manto de nieve, aquel canto de los perros esquimales podía haber significado un desafío de la vida; pero se emitía en tono menor, con prolongados gemidos y sollozos insinuados, y era más bien un lamento de

vivir, la expresión del dolorido trabajo de la existencia. Era una tonada antigua, tan antigua como la misma especie, una de las primeras baladas de un mundo más joven, en aquellos tiempos en que las canciones eran de tristeza. Iba impregnada por el dolor de incontables generaciones y esta queja conmovía extrañamente a Buck. Cuando gemía y sollozaba, lo hacía con el dolor de estar vivo, que era el dolor ancestral de sus antepasados en libertad y a la vez el temor y el misterio que le provocaba el frío y la oscuridad, que también para ellos había significado temor y misterio. Y el hecho de que esto lo conmoviera tan profundamente era indicio de que había retrocedido, a través de siglos de vida domesticada, hasta los primitivos comienzos de la vida en los tiempos de los aullidos.

A los siete días de haber llegado a Dawson, bajaron el empinado talud de los Barracks hasta la pista del Yukón, dirigiéndose hacia Dyea y Salt Water. Perrault llevaba mensajes si cabe más urgentes que los que acababa de traer; además le había picado el gusanillo de saberse un correo inigualable y estaba dispuesto a batir la marca de velocidad de aquel año. Y a ello lo ayudaban varios factores. La semana de descanso había permitido que los perros se recuperaran y estaban en excelente forma. La pista que habían abierto campo a través luego la habían pisado y endurecido otros viajeros que llegaron tras ellos. Y además la Policía había dispuesto, en dos o tres puntos de la ruta, depósitos de alimentos para perros y hombres, con lo cual podía viajar con menos peso.

Llegaron a Sixty Mile, que está a cincuenta millas de distancia, en un día; en la segunda jornada ya iban subiendo por el Yukón camino de Pelly. Pero aquella velocidad extraordinaria se conseguía solo gracias a los grandes esfuerzos y muchas tribulaciones que tuvo que padecer François. La insidiosa rebelión encabezada por Buck había destruido la solidaridad del equipo. Ya no corrían como un solo perro sobre las pistas. El apoyo que Buck prestaba a los rebeldes los inducía a cometer todo tipo de mezquinas fechorías. Spitz ya no era un jefe muy temible. No le tenían miedo y todos rivalizaban a la hora de poner a prueba su autoridad. Pike le robó una noche medio pescado y se lo tragó bajo la protección de Buck. Otra noche Dub y Joe se enfrentaron a Spitz y tuvo que renunciar a castigarlos como se merecían. Y hasta el buenazo de Billee era menos buenazo y no bufaba tan

conciliadoramente como antes. Buck nunca se acercaba a Spitz sin gruñir y erizar el pelo amenazadoramente. De hecho se portaba casi como un matón y se dedicaba a pavonearse de arriba abajo en las mismísimas narices de Spitz.

La ruptura de la disciplina afectó también a los perros en sus relaciones entre sí. Reñían y se peleaban más que nunca, hasta el punto de que a veces el campamento se sumía en una espantosa algarabía de aullidos. Solo Dave y Sol-leks permanecían impasibles, aunque algo irritables a causa de las interminables disputas. François lanzaba extraños y bárbaros juramentos, mientras pateaba con furia inútil la nieve y se tiraba del pelo. El látigo silbaba sin parar por entre los perros, pero de nada servía. En cuanto se daba la vuelta, volvían a las andadas. Respaldaba a Spitz con su látigo, pero Buck apoyaba al resto del equipo. François sabía que Buck era el causante de todos los problemas, y Buck sabía que François lo sabía; pero el perro era demasiado listo para dejarse pillar con las manos en la masa. Trabajaba con empeño en el tiro, pues la tarea le resultaba en extremo agradable; pero aún le gustaba más provocar disimuladamente una pelea entre sus compañeros y hacer que se enredasen las riendas.

En la desembocadura del Tahkeena, una noche después de cenar, Dub avistó un conejo de las nieves[3], pero se le escapó y no logró atraparlo. Al momento todo el equipo estaba en pie de guerra. A unos cien metros de ellos había un campamento de la Policía del noroeste[4], con cincuenta perros, todos ellos esquimales, que se sumaron a la persecución. El conejo salió disparado río abajo, enfiló hacia uno de sus brazos y siguió corriendo por su lecho helado. Huía velozmente por la superficie de nieve mientras los perros se abrían camino por el centro del río principal. Buck iba en cabeza y le seguían unos sesenta perros, curva tras curva, pero no conseguía darle alcance. Corría que se las pelaba, gimiendo ansiosamente, con su hermoso cuerpo que centelleaba a cada salto que daba bajo la pálida y blanca luz de la luna. Y salto a salto, como un pálido espectro de hielo, el conejo centelleaba por delante de él.

Toda esa conmoción de antiguos instintos que, en momentos determinados, induce a los hombres a salir de las ruidosas ciudades y dirigirse a bosques y llanuras, con el propósito de matar a otros seres con

proyectiles de plomo impulsados químicamente, las ansias de sangre, la alegría de matar: todo ello lo sentía Buck, pero de una manera muy profunda. Corría al frente del grupo, persiguiendo a la bestezuela, a la carne viva, para matarla con sus propios dientes y empaparse los hocicos hasta los ojos en sangre tibia.

Hay un éxtasis que señala la cúspide de la vida y por encima del cual no puede elevarse esta. Y lo paradójico de la vida es que este éxtasis se produce cuando uno está más vivo y se olvida absolutamente de que lo está. Este éxtasis, este olvido de la existencia, se produce en el artista, atrapándolo y sacándolo de sí en una llama de pasión; se produce en el soldado, ebrio de guerra en un campo desolado cuando lucha sin cuartel; y se produjo en Buck cuando encabezaba el grupo, entonando el antiguo grito alobunado, y perseguía aquella presa viva que se le escapaba velozmente a la luz de la luna. Sondeaba la profundidad de su naturaleza, y las partes de su naturaleza que eran más profundas que él, regresando hasta las entrañas del tiempo. Le dominaba el flujo poderoso de la vida, la marea de la existencia, el goce perfecto de cada uno de sus músculos, de sus articulaciones y de sus nervios, en tanto que representaban algo que no estaba muerto, sino vivo y exuberante, y se expresaba mediante el movimiento, volando exultante bajo las estrellas y sobre la faz de una sustancia muerta que no se movía.

Pero Spitz, frío y calculador aun en sus momentos más exaltados, dejó la jauría y tomó un atajo atravesando una estrecha franja de tierra por donde el brazo del río trazaba una amplia curva. Buck no lo sabía y, al salir de la curva, persiguiendo todavía a aquel nevado espectro conejil que revoloteaba por delante de él, pudo ver otro espectro nevado, de mayor tamaño, que saltaba desde el talud que dominaba el río e interceptaba la trayectoria del conejo. Era Spitz. El conejo no pudo retroceder y, cuando los blancos dientes le quebraron el espinazo en medio de un salto, chilló con un grito tan fuerte que podía haber sido el de un hombre herido. Al oírlo, al oír el grito de la vida que se hunde desde el ápice de la vida en las garras de la muerte, toda la jauría que corría tras Buck lanzó un aullido infernal de gozo.

Pero Buck no gritó. No se detuvo, sino que se lanzó sobre Spitz, hombro contra hombro, y con tal violencia que no le acertó en el cuello.

Rodaron juntos por la nieve en polvo. Spitz se puso tan velozmente en pie que pareció que no había llegado a caer, le asestó a Buck una dentellada en el hombro y se echó hacia atrás. Apretó bien fuerte los dientes dos veces, como si fueran las mandíbulas de acero de un cepo, mientras retrocedía para mejor afianzarse, y de sus flacos labios retorcidos se escapó un bufido.

De repente Buck se dio cuenta: había llegado el momento. La lucha sería a muerte. Mientras giraban en círculos, gruñendo, con las orejas hacia atrás, atentos a la posibilidad de sacar ventaja, la escena le resultó a Buck en cierto modo familiar. Le pareció recordarlo todo: los bosques blancos y la tierra, el resplandor de la luna y la emoción del combate. Una calma fantasmal se cernía sobre aquella blancura silenciosa. No se oía el más mínimo susurro del viento, nada se movía, ni una hoja temblaba; solo el aliento de los perros se elevaba lentamente y quedaba suspendido en el aire helado. Habían dado buena cuenta del conejo, aquellos perros que eran más bien lobos medio domesticados; y ahora se agrupaban en un círculo expectante. También ellos se mantenían en silencio y solo los ojos les relucían y el pecho se elevaba lentamente. A Buck no le pareció ni nueva ni extraña aquella escena de tiempos remotos. Era como si siempre hubiera sucedido aquello; era el estado natural de las cosas.

Spitz era un luchador experimentado. Desde Spitzbergen hasta el Artico, y por todo el Canadá y los Barren, siempre se había salido con la suya frente a los demás perros, llegando a imponerles su supremacía. Era capaz de una rabia feroz, pero no ciega. Su pasión por vencer y destruir nunca le impedía olvidar que su enemigo sentía la misma pasión por vencer y destruir. Nunca embestía hasta que no se sentía capaz de aguantar una embestida; nunca atacaba hasta que no podía afianzar ese ataque.

En vano intentó Buck clavar los dientes en el cuello del gran perro blanco. Siempre que sus colmillos buscaban un trozo de carne blanda se encontraban con los colmillos de Spitz. Spitz cerraba los dientes y los labios de Buck se cortaban y sangraban, pero este no era capaz de bajar las defensas de su enemigo. Entonces se excitó y envolvió a Spitz en un torbellino de acometidas. Una y otra vez intentó alcanzar aquella garganta, blanca como la nieve, donde la vida burbujeaba a flor de piel; pero una y otra vez Spitz conseguía herirle y esquivarle. Entonces Buck adoptó la actitud de atacarle como si fuera a la garganta y luego retiraba la cabeza y empujaba de costado, hombro contra hombro, como si fuera un ariete, para derribarlo. Pero solo consiguió nuevas dentelladas en el hombro cada vez que Spitz saltaba ágilmente hacia atrás.

Spitz estaba intacto, mientras Buck jadeaba penosamente y chorreaba sangre. La lucha se hacía desesperante. Y durante todo este tiempo el círculo de lobos silenciosos esperaba para acabar con el perro que llegara a caer. Cuando Buck se fue agotando, Spitz empezó a atacarle, y tuvo que esforzarse por mantener el equilibrio. En una ocasión cayó hacia atrás, y todo el corro de los sesenta perros se dispuso a echarse sobre él; pero logró enderezarse, aún en el aire, y el círculo se detuvo y permaneció a la espera.

Pero Buck poseía una cualidad que suplía la capacidad: imaginación. Combatía instintivamente, aunque también era capaz de hacerlo racionalmente. Se abalanzó, como si fuera a utilizar el truco anterior de empujar con el hombro, pero en el último momento se agachó hasta rozar la nieve. Sus dientes se cerraron sobre la pata delantera izquierda de Spitz. Se oyó un crujido de huesos rotos y el perro blanco le hizo frente sobre tres patas. Intentó por tres veces derribarlo y luego repitió el ardid y le quebró la pata delantera derecha. A pesar del dolor y de su impotencia, Spitz intentó desesperadamente mantenerse en pie. Veía el círculo silencioso, sus ojos resplandecientes y las lenguas colgando, y veía aquellas nubes plateadas de aliento que se elevaban por el aire y que se acercaban a él, como había visto en otras ocasiones círculos semejantes cerrarse sobre vencidos adversarios del pasado. Solo que esta vez el vencido era él.

No le quedaba ninguna esperanza. Buck era inexorable. El perdón quedaba relegado a climas más suaves. Fue tomando posiciones para el ataque final. El círculo se había cerrado hasta el extremo de que podía sentir el aliento de los perros esquimales a su costado. Los podía ver rodeando a Spitz, medio agazapados y dispuestos a saltar, con la mirada puesta en él. Se hizo una pausa. Todos los animales permanecían inmóviles, como si fueran de piedra. Solo Spitz se estremecía y se erizaba tambaleándose, gruñendo muy amenazadoramente, como si quisiera ahuyentar a la muerte inexorable. Entonces Buck saltó sobre él y se retiró; al caer sobre él su hombro golpeó de lleno sobre el de Spitz. El círculo oscuro se convirtió en un punto sobre la nieve bañada por los rayos de la luna mientras Spitz desaparecía de vista. Buck permanecía de pie, observándolo: era el afortunado triunfador, la dominante bestia primitiva que había matado y encontraba el hecho gratificante.

Capítulo 4
El que se ganó la supremacía

—¿Eh? ¿No te digo? Yo no mentiggoso cuando digo ese Buck es dos demonios.

Así hablaba François a la mañana siguiente al darse cuenta de que faltaba Spitz, y Buck estaba cubierto de heridas. Se lo llevó cerca de la hoguera e iba señalándolas a la luz del fuego.

—Ese Spitz pelea como un diablo —dijo Perrault, mientras examinaba los cortes y las heridas abiertas.

—Y ese Buck pelea como dos diablos —le contestó François—. Ahogga sí que coggeggemos. No más Spitz, no más pgoblemas, seguggo.

Mientras Perrault recogía el equipo de acampar y cargaba el trineo, el perrero se dispuso a poner los arneses a los perros. Buck se colocó en el lugar que hubiera ocupado Spitz como perro-guía; pero François, sin reparar en él, llevó a Sol-leks a la codiciada posición. A su juicio, Sol-leks era el mejor de los perros que le quedaban. Buck se abalanzó furioso sobre Sol-leks, echándolo de allí y colocándose en su lugar.

—¡Vaya, vaya! —gritó François, dándose, muy divertido, unas palmadas en los muslos—. Migga a ese Buck. El matag al Spitz y él pensag que ocupag su puesto. ¡Fuegga de ahí, chucho! —le gritó; pero Buck se negó a moverse.

Cogió a Buck por el cogote y, aunque el perro gruñía amenazadoramente, lo arrastró hacia un lado y volvió a colocar a Sol-leks. Al viejo perro no le hizo gracia esto, y dejó ver bien claro que temía a Buck. François era terco, pero, en cuanto se dio la vuelta, Buck volvió a

empujar a Sol-leks, que en modo alguno se oponía al cambio. François estaba furiosísimo.

—¡Bueno, pogg Dios que te aggeglo! —gritó volviendo con un garrote enorme en la mano.

Buck se acordó del hombre del jersey rojo y se retiró lentamente; tampoco intentó sustituir a Sol-leks cuando lo volvieron a colocar en cabeza. Pero anduvo dando vueltas a prudente distancia del garrote, gruñendo de rabia y amargura; y mientras rondaba por allí no perdía de vista el garrote, por si François se lo tiraba y tenía que esquivarlo, pues Buck se había hecho un experto en materia de garrotes.

El perrero siguió con su tarea y, cuando llegó el momento de poner a Buck en su antiguo lugar, lo llamó. Pero Buck retrocedió dos o tres pasos. François fue tras él y el perro siguió retrocediendo. Y así continuaron un rato hasta que François tiró el garrote pensando que Buck temía una zurra. Pero Buck se había sublevado abiertamente. No es que quisiera esquivar una paliza: lo que quería era ocupar el puesto de mando. Tenía derecho a ello. Se lo había ganado y no se conformaría con menos.

Perrault intervino y los dos hombres anduvieron persiguiéndolo durante casi una hora. Le tiraban los garrotes, pero él los esquivaba. Lo maldijeron a él y a todos sus antepasados, y a todos sus descendientes hasta la última generación, y a todos los pelos de su cuerpo y hasta la última gota de sangre de sus venas; y a cada maldición, él contestaba con un gruñido y se mantenía fuera de su alcance. No hizo ademán de escaparse; se mantenía corriendo alrededor del campamento, haciéndoles ver que en cuanto tuvieran en cuenta su deseo se acercaría y se portaría bien.

François se sentó y se puso a rascarse la cabeza. Perrault consultó su reloj y soltó una blasfemia. El tiempo volaba y ya hacía más de una hora que debían haber estado en las pistas. François se volvió a rascar la cabeza. La meneó y sonrió tímidamente al correo, que se encogió de hombros en un gesto que indicaba que se daban por vencidos. Luego François fue hasta donde estaba Sol-leks y llamó a Buck. Buck se rio como lo hacen los perros, pero se mantuvo a distancia. François desabrochó las correas de Sol-leks y lo volvió a colocar en su antiguo puesto. El tiro estaba ya enganchado al trineo en una fila continua, listo para las pistas. No quedaba

otro sitio para Buck más que el primero. François lo volvió a llamar y Buck volvió a reírse pero manteniéndose a distancia.

—Tigga el gaggote —le ordenó Perrault.

François obedeció y entonces Buck se acercó al trote, riendo triunfalmente, y se colocó a la cabeza del equipo. Se engancharon las correas, el trineo arrancó, los dos hombres se pusieron en marcha y todos enfilaron a gran velocidad el camino del río.

Aunque el perrero ya había valorado de antemano a Buck, al calificarlo como dos demonios, no pasó mucho rato sin que se percatara de que lo había subestimado. Buck se hizo cargo de sus deberes de perro-guía de inmediato; y siempre que era necesario poner en juego prudencia, agilidad de razonamiento y rápida actuación, demostró que era superior incluso a Spitz, del que François no había visto igual.

Pero sobre todo Buck sobresalía a la hora de dar una orden y de hacer que sus compañeros la cumplieran. A Dave y a Sol-leks no les importaba el cambio de liderazgo. No era problema de su incumbencia. Lo suyo era afanarse con todas sus fuerzas sobre las pistas. Mientras nadie se inmiscuyera en esto, lo demás los traía sin cuidado. Por ellos, como si ponían de guía al buenazo de Billee, con tal de que fuera capaz de mantener la disciplina. Sin embargo, el resto del equipo se había soliviantado durante los últimos días de Spitz y se sorprendieron enormemente al ver que ahora Buck los quería meter en cintura.

A Pike, que iba detrás de Buck, y que nunca tiraba de las correas con más fuerza que la estrictamente necesaria, lo sacudió repetida y enérgicamente por hacerse el remolón; y antes de que concluyera el primer día tiraba como nunca lo había hecho en su vida. La primera noche de campamento, a Joe, el desabrido, le dio una paliza descomunal, cosa que Spitz nunca había conseguido hacer. Buck lo aplastó en razón a su peso superior y estuvo mordiéndolo hasta que Joe dejó de dar dentelladas y comenzó a gemir pidiendo tregua.

Enseguida mejoró el estado de ánimo del equipo. Se recuperó la solidaridad de antaño y los perros volvieron a correr como un solo perro sobre las pistas. En los rápidos del Rink se añadieron dos esquimales

nativos, Teek y Koona; y la rapidez con que Buck los dominó dejó a François boquiabierto.

—¡Nunca he visto un peggo como ese Buck! —exclamó—. ¡No, nunca! ¡Pogg Cgisto que vale mil dólagges! ¿Eh? ¿Tú que dices, Perrault?

Y Perrault asentía con la cabeza. Para entonces ya había batido su marca y ganaba tiempo día a día. La pista estaba en condiciones excelentes, lisa y dura, y no había que enfrentarse a nuevas nevadas. Tampoco el frío era excesivo. La temperatura había bajado a cincuenta grados bajo cero y durante todo el viaje se mantuvo así. Los hombres se turnaban a pie o en el trineo y los perros mantenían la marcha con muy escasas paradas.

El río Thirty Mile estaba relativamente cubierto de hielo y tardaron un día en recorrer lo que de subida les había llevado diez. Hicieron de un tirón un trayecto de sesenta millas desde la punta del lago Le Barge hasta los rápidos del White Horse. Al cruzar el Marsh, el Tagish y el Bennett (setenta millas de lagos) llevaban tal velocidad que el hombre que le tocaba ir a pie tuvo que atarse con una cuerda detrás del trineo. Y la última noche de la segunda semana coronaban el White Pass y bajaban hacia el mar con las luces de Skaguay[1] y de los barcos a sus pies.

Fue un viaje que batió todas las marcas. Habían hecho una media de cuarenta millas durante cada uno de los catorce días que había durado. Durante tres días Perrault y François se pasearon muy ufanos por la calle mayor de Skaguay y los convidaban continuamente a beber, mientras el equipo se convertía en centro constante de veneración para una muchedumbre de perreros y revienta-perros.

Luego tres o cuatro tipos del oeste pretendieron limpiar la ciudad y, como solo consiguieron que los cosieran a balazos, el interés del público se centró en otros ídolos. Después llegaron órdenes del Gobierno. François llamó a Buck, le abrazó y lloró sobre su lomo. Y aquella fue la última vez que Buck vio a François y a Perrault. Como otros hombres, desaparecieron para siempre de la vida de Buck.

Un mestizo escocés se hizo cargo de él y de sus compañeros y, junto con otra docena de perros, emprendieron el duro camino de regreso a Dawson. Ahora no se trataba de correr ligero, ni de batir marcas; había que trabajar duramente todos los días arrastrando una pesada carga; porque

tiraban del convoy del correo que llevaba noticias de todo el mundo a los hombres que buscaban oro bajo la sombra del polo.

A Buck no le gustaba esta tarea pero cumplía honradamente, tan orgulloso de su trabajo como Dave y Sol-leks, y procuraba que sus compañeros también cumplieran con su deber. Era una vida monótona que transcurría con regularidad maquinal. Los días eran exactamente iguales unos a otros. Cada mañana, a una hora determinada, aparecían los cocineros, encendían las hogueras y se desayunaba. Luego, mientras unos levantaban el campamento, otros enganchaban los perros y se ponían en camino una hora antes de que se produjera la oscuridad que anuncia el amanecer. Por la noche se plantaba el campamento. Unos clavaban las tiendas, otros cortaban leña y ramas de pino para hacer camas, y otros acarreaban agua o hielo para los cocineros. Además daban de comer a los perros. Para ellos aquel era el mejor momento del día, aunque también era agradable vagabundear por los alrededores, después de haberse comido el pescado, en compañía de los demás perros, que eran más de cien. Entre ellos había muy fieros luchadores, pero, después de tres peleas con los más bravos, Buck se hizo el amo y en cuanto erizaba el pelo y enseñaba los dientes se apartaban de su camino.

Quizás lo que más le gustaba era echarse delante del fuego con las patas traseras recogidas bajo su cuerpo y las delanteras extendidas, la cabeza erguida y los ojos parpadeando ensoñadores ante las llamas. A veces se acordaba de la casona del juez Miller en el soleado valle de Santa Clara, y del tanque de cemento donde solía nadar, y de Ysabel, la perrita pelona mejicana, y de Toots, el doguito japonés; pero más a menudo recordaba al hombre del jersey rojo, la muerte de Curly, la gran pelea con Spitz y las buenas cosas que había comido o que le gustaría comer. No sentía nostalgia. La tierra soleada se le aparecía muy lejana y distante y estos recuerdos no lo dominaban. Mucho más potentes eran los recuerdos de su herencia, que conferían a las cosas desconocidas hasta entonces una familiaridad muy real; los instintos (que no eran sino los recuerdos de sus antepasados convertidos en costumbres), adormecidos durante muchos siglos y posteriormente también en él, se despertaban y volvían a revivir en su ser.

A veces, mientras estaba tendido allí, parpadeando ensimismado ante las llamas, le parecía que aquellas llamas pertenecían a otro fuego, y que él se hallaba tendido ante otro fuego y contemplaba a un hombre que no era el cocinero mestizo que estaba ante él. Aquel otro hombre tenía las piernas más cortas y los brazos más largos, y sus músculos eran fibrosos y nudosos, en vez de redondeados y voluminosos. El pelo de aquel hombre era largo y enmarañado y el perfil de su cabeza retrocedía a partir de los ojos. Emitía unos sonidos extraños y parecía temer enormemente la oscuridad a la que de continuo se asomaba blandiendo en la mano, que le colgaba a media distancia entre la rodilla y el pie, un palo con una piedra atada en la punta. Estaba casi desnudo, con una piel chamuscada y hecha jirones que le cubría parte de la espalda, pero su cuerpo era muy velludo. En algunos lugares, como en el pecho y los hombros y la cara exterior de los brazos y muslos el pelo era tan tupido que más parecía una piel. No se mantenía erguido, sino con el tronco levemente inclinado hacia adelante, de las caderas para arriba, y las piernas dobladas a la altura de las rodillas. Había en su cuerpo una elasticidad especial, una tensión casi felina, y la alerta atención de un ser que ha vivido en constante temor de lo visible y de lo invisible.

En otras ocasiones aquel hombre velludo se sentaba en cuclillas junto al fuego, con la cabeza entre las piernas y se quedaba dormido. Entonces ponía los codos sobre las rodillas y las manos entrelazadas por encima de la cabeza, como si quisiera protegerse de la lluvia con sus peludos brazos. Y más allá del fuego, en la oscuridad que los rodeaba, Buck podía ver muchos carbones encendidos, de dos en dos, siempre a pares, y sabía que eran los ojos de las grandes fieras de presa. Podía oír el ruido que hacían sus cuerpos al caminar por entre la maleza y los sonidos que emitían por la noche. Y cuando estaba soñando allí, a orillas del Yukón, con los ojos adormilados parpadeando ante el fuego, aquellos sonidos y aquellas imágenes de otro mundo hacían que se le erizasen todos los pelos del lomo y del cuello hasta que empezaba a gemir en tono bajo y contenido o a aullar suavemente; entonces el cocinero mestizo le gritaba:

—¡Eh, Buck! ¡Despierta!

Con lo cual el otro mundo se desvanecía y aparecía ante sus ojos el mundo real; y Buck se ponía en pie, bostezaba y se desperezaba como si

hubiera estado durmiendo.

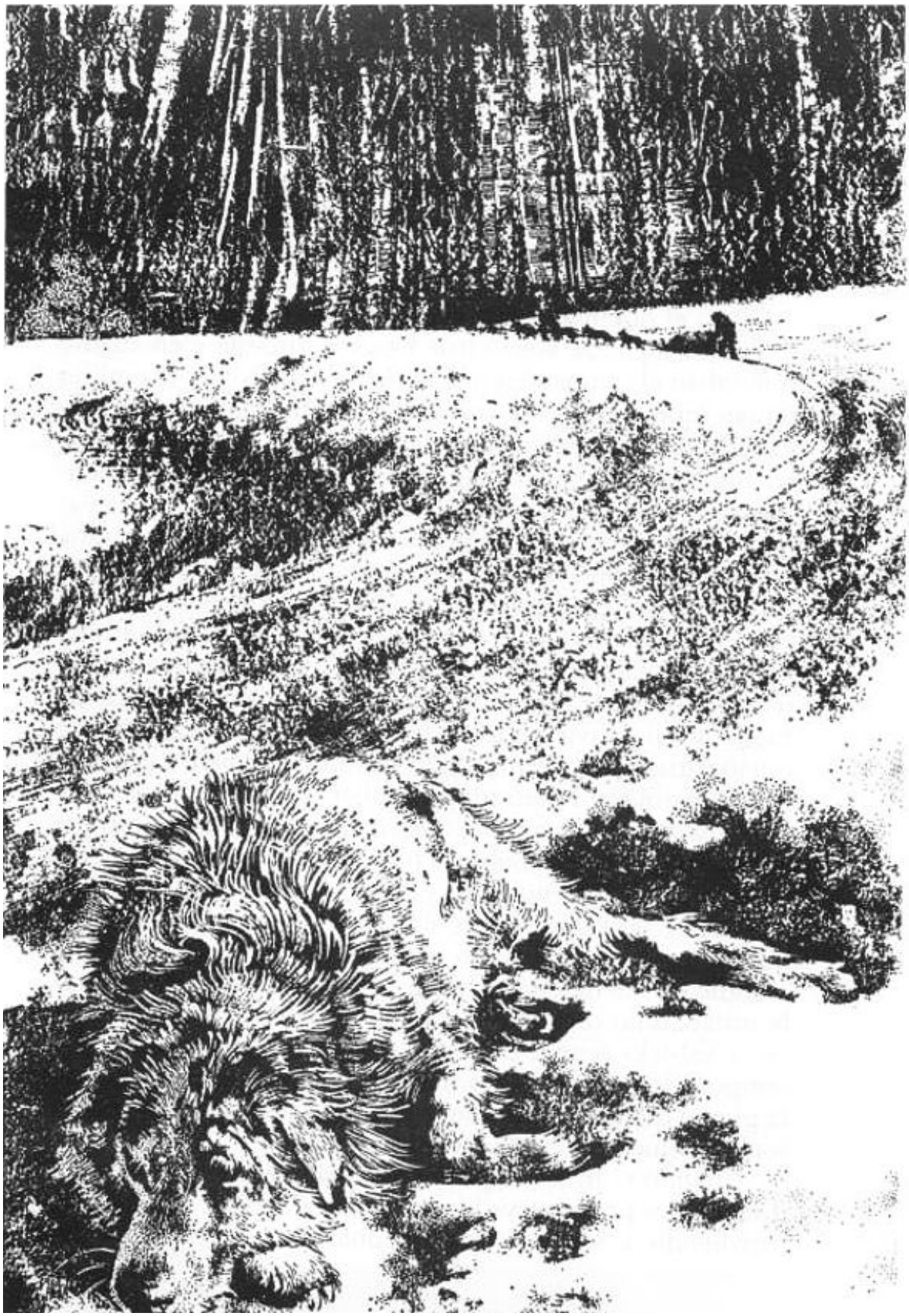
El viaje fue muy duro; arrastraban el correo y el trabajo les resultaba agotador. Estaban flacos y extenuados cuando llegaron a Dawson, y tenían que haberles dado diez días de descanso, o al menos una semana. Pero al cabo de dos días ya enfilaban las cuestas del Yukón hacia los Barracks, cargados con correspondencia para el exterior. Los perros estaban cansados, los perreros gruñían y, para acabarlo de rematar, nevó todos los días. Esto significaba que las pistas estaban blandas, la fricción era mayor y, por tanto, los perros tenían que tirar con más esfuerzo; sin embargo, los perreros se portaron bien e hicieron lo que pudieron por ayudar a los animales.

Todas las noches se atendía a los perros antes que a nadie. Comían antes que los conductores, y ninguno de los hombres se metía en su saco de dormir sin haber revisado antes las patas de los perros de su tiro. Con todo y con eso, cada día se encontraban más debilitados. Desde el comienzo del invierno habían recorrido ya mil ochocientas millas, arrastrando trineos por tan agotador trayecto; y mil ochocientas millas acaban por notarse en cualquier perro, por muy fuerte que sea. Buck lo aguantó, obligando a trabajar a sus compañeros y manteniendo la disciplina, pero también él estaba muy cansado. Billee gemía y se quejaba en sueños todas las noches. Joe se mostraba más desabrido que nunca y a Sol-leks no había quien se le acercase, ni por el lado ciego ni por el otro.

Pero el que más sufría era Dave. No cabía duda de que le pasaba algo. Se volvió más hosco e irritable y en cuanto montaban el campamento se hacía un agujero y los hombres tenían que llevarle la comida allí. En cuanto lo desenganchaban del arnés y bajaba a su hoyo no volvía a ponerse en pie hasta la mañana siguiente cuando lo volvían a enganchar. A veces, en ruta, cuando lo sacudía una brusca parada del trineo, o cuando tiraba fuerte para arrancar, emitía un grito de dolor. El perrero lo examinó, pero no pudo encontrar nada. Los demás conductores se interesaron por su caso. Charlaban sobre él a la hora de comer y cuando fumaban la última pipa antes de acostarse, y una noche celebraron consulta. Lo sacaron de su agujero y lo llevaron cerca del fuego, y allí estuvieron tocándolo y apretándolo hasta que se quejó varias veces. Tenía algún mal interno, pero ni podían localizar ningún hueso roto, ni saber de qué se trataba.

Para cuando llegaron a Cassiar Bar estaba tan débil que se caía con frecuencia sobre la pista. El mestizo escocés detuvo el tiro y lo desenganchó y puso al perro siguiente, Sol-leks, entre las varas, dejándolo correr a su antojo detrás del trineo. Pero, a pesar de lo enfermo que estaba, a Dave lo ofendió que lo desengancharan, y protestó y gruñó mientras le soltaban las correas y luego gimió patéticamente cuando vio a Sol-leks ocupar el puesto que él había ocupado y desempeñado durante tanto tiempo. Pues sentía el orgullo de la pista y del tiro y, aunque se estuviera muriendo, no podía soportar que otro perro hiciera su tarea.

Cuando el trineo se puso en marcha, corrió con grandes dificultades por la nieve blanda junto a la pista endurecida, mordiendo a Sol-leks, empujándolo para hacerle caer del otro lado del camino, sobre la nieve blanda, intentando meterse entre las riendas y colocarse entre él y el trineo, sin dejar de gemir y llorar y gritar de dolor y de pena. El mestizo intentó apartarlo a latigazos; pero hacía caso omiso de la restallante fusta y al hombre le daba pena castigarlo con más fuerza. Dave se negaba a correr tranquilamente por la pista, detrás del trineo, cosa que le hubiera sido fácil, y continuó tambaleándose por la nieve blanda, por donde resultaba muy difícil avanzar, hasta que se agotó. Entonces se derrumbó y allí se quedó aullando lúgubremente mientras la larga fila de trineos pasaba velozmente junto a él.



Aún pudo hacer acopio de sus fuerzas para arrastrarse tras ellos hasta que la expedición hizo un alto en el camino y entonces adelantó a los trineos hasta llegar al suyo y se colocó al lado de Sol-leks. El conductor se entretuvo un momento para pedir fuego para su pipa al hombre que iba detrás. Luego regresó y puso en marcha su equipo. Los perros empezaron a correr por la pista con gran facilidad, volvieron la cabeza muy extrañados y se pararon sorprendidísimos. También el conductor estaba sorprendido; el trineo no se había movido. Llamó a sus compañeros para que contemplaran lo sucedido: Dave había roído las correas de Sol-leks y se hallaba de pie, delante del trineo, en su sitio.

Con los ojos suplicaba que lo dejaran quedar allí. El conductor estaba perplejo. Sus compañeros comentaban cómo a un perro se le puede partir el alma cuando le impiden realizar un trabajo que lo está matando; y recordaban otros casos, que ellos habían conocido, en los que algunos perros que ya eran demasiado viejos para trabajar, o que estaban malheridos, habían muerto al separarlos del tiro. Decidieron que sería más piadoso que, ya que Dave iba a morir en cualquier caso, le permitieran morir entre las riendas, feliz y contento. Así que lo volvieron a enganchar, y se puso a tirar con aquel orgullo suyo de siempre, aunque de vez en cuando se le escapaba un grito por el mal que le roía las entrañas. Varias veces se cayó y el tiro lo arrastró y en otra ocasión se le echó encima el trineo y lo dejó cojeando de una de las patas traseras.

Pero aguantó hasta llegar al campamento donde el conductor le hizo un sitio junto al fuego. A la mañana siguiente se encontraba demasiado débil para poder viajar. A la hora de ponerles los arneses, intentó arrastrarse hasta el conductor. A duras penas logró ponerse en pie, vaciló y se cayó. Luego fue arrastrándose lentamente hasta el lugar donde estaban enganchando a sus compañeros. Avanzaba las patas delanteras y arrastraba el cuerpo de un tirón, y luego volvía a adelantar las patas delanteras y daba otro tirón para avanzar unas pulgadas. Sus fuerzas lo abandonaron y la última vez que sus compañeros lo vieron quedaba tendido en la nieve jadeando y mirándolos ansiosamente. Pero siguieron oyendo su aullido lastimero hasta que se perdieron de vista detrás de los árboles que hay a orillas del río.

Allí se detuvo la expedición. El mestizo escocés regresó lentamente hasta el campamento de donde acababan de salir. Los hombres dejaron de hablar. Se oyó un disparo de revólver. El hombre regresó a toda prisa. Los látigos restallaron, los cascabeles tintinearon alegremente, los trineos se deslizaron por la pista; pero Buck sabía, como lo sabían los demás perros, lo que había sucedido más allá de los árboles del río.

Capítulo 5
El arduo trabajo del tiro y de la pista

A los treinta días de haber salido de Dawson el correo de Salt Water con Buck y sus compañeros al frente, llegaban a Skaguay. Se encontraban en un estado lastimoso, rendidos y agotados. Las ciento cuarenta libras de peso de Buck habían quedado reducidas a ciento quince. El resto de sus compañeros, aunque eran perros más pequeños, habían perdido relativamente más peso que él. El taimado de Pike, que en su larga vida de trapacerías había fingido a menudo que tenía una pata herida, cojeaba ahora muy de veras. También cojeaba Sol-leks y Dub tenía un hombro dislocado.

Todos tenían las plantas de los pies lastimadísimas, sin elasticidad ni resistencia alguna. Dejaban caer las patas pesadamente sobre la pista, con lo cual se duplicaba el cansancio de cada día de viaje. No les sucedía nada malo: solo que estaban muertos de cansancio. No era el cansancio agotador que se produce tras un esfuerzo intenso y breve, del cual se recupera uno en cuestión de horas; era el cansancio mortal generado por el agotamiento lento y prolongado de las fuerzas, tras varios meses de arduo trabajo. Ya no les quedaban energías para recuperarse, ni fuerzas de reserva a las que recurrir. Las habían agotado todas hasta la última gota. Todos y cada uno de sus músculos, de sus fibras, de sus células, estaban cansados, mortalmente cansados. Y con razón. En menos de cinco meses habían recorrido dos mil quinientas millas, y en las últimas mil ochocientas solo habían tenido cinco días de descanso. Cuando llegaron a Skaguay, parecía que estaban en las últimas. Apenas si podían mantener las riendas tirantes y, cuando iban cuesta abajo, casi no eran capaces de mantenerse fuera del alcance del trineo.

—¡Vamos, patitas cansadas! —les gritaba el conductor intentando animarles cuando enfilaban la calle mayor de Skaguay—. Estamos llegando y luego nos vamos a descansar. ¿Vale? Sí, señor, nos vamos a tomar un descanso morrocotudo.

Los mismos conductores confiaban en que les darían unos días de asueto. También ellos habían hecho mil doscientas millas con solo dos días de descanso y merecían, muy natural y justamente, un período de holganza. Pero habían acudido tantísimos hombres al Klondike, y había tantísimas novias, esposas y demás parientes que se habían quedado lejos, que el correo se iba acumulando en montones grandísimos, y, además, había despachos oficiales. De la bahía de Hudson llegaron nuevos lotes de perros para sustituir a los que ya no servían para las pistas. Había que deshacerse de los que ya no valían y, como los perros importan poco comparados con los dólares, hubo que venderlos.

Pasaron tres días, durante los cuales Buck y sus compañeros pudieron darse cuenta de lo cansadísimos y agotados que se hallaban. Luego, el cuarto día por la mañana, llegaron dos hombres de los Estados Unidos y los compraron, con arneses y todo, por cuatro perras. Los hombres se llamaban uno a otro «Hal» y «Charles». Charles era de mediana edad; tenía la piel blanca, los ojos llorosos y miopes y un gran mostacho retorcido, que disimulaba unos labios marchitos y caídos. Hal era un joven de diecinueve o veinte años, que llevaba, atados a un cinto repleto de balas, un gran revólver Colt y un cuchillo. Este cinto era un rasgo más característico. Revelaba su inmadurez, una inmadurez total e indescriptible.

Aquellos dos hombres estaban evidentemente fuera de lugar y la razón por la cual los hombres de su estilo se arriesgaban a marchar a las tierras del norte es un misterio que resiste a toda explicación.

Buck los oyó regatear, vio el dinero pasar de las manos del hombre a las del agente del Gobierno y se percató de que el mestizo escocés y los conductores del convoy del correo salían de su vida como antes habían salido Perrault y François y todos los demás. Cuando le condujeron junto con sus compañeros al campamento de sus nuevos amos, Buck se encontró en un lugar sucio y descuidado, con la tienda medio caída, los platos sin fregar y todo en desorden; además vio a una mujer. «Mercedes», la

llamaban los hombres. Era la mujer de Charles y a la vez la hermana de Hal. ¡Vaya familia!

Buck los observó con recelo mientras acababan de desmontar la tienda y cargaban el trineo. Ponían en ello gran empeño, pero carecían de eficiencia. Enrollaron la tienda en un paquete que era tres veces mayor de lo que podía haber sido. Los platos de lata los guardaron sin fregarlos. Mercedes estorbaba continuamente el trabajo de los hombres y cotorreaba sin cesar, dándoles consejos y haciéndoles reproches. Cuando pusieron una bolsa de ropa en la parte delantera del trineo, les sugirió que iría mejor en la trasera; y cuando la tenían colocada detrás y quedaba debajo de otros dos paquetes, se dio cuenta de que se le había olvidado guardar algunas prendas que tenían que ir necesariamente en aquella bolsa y hubo que volver a descargar.

Salieron tres hombres de una tienda cercana y se quedaron mirándolos, sonriéndose y guiñándose un ojo.

—Ya tienen una buena carga con lo que llevan —dijo uno de ellos—. Aunque sea meter las narices donde no me llaman, yo en su lugar no me llevaría la tienda.

—¡Ni soñarlo! —gritó Mercedes, alzando los brazos con gesto de remilgada consternación—. ¿Cómo demonios iba a arreglármelas sin tienda?

—Ya estamos en primavera y no les volverá a hacer frío —contestó el hombre.

Ella meneó la cabeza muy decidida y Charles y Hal colocaron los últimos trastos encima de aquella montaña de equipaje.

—¿Usted cree que arrancará? —preguntó uno de los hombres.

—¿Y por qué no? —le replicó Charles secamente.

—Bueno, bueno —se apresuró a decir el hombre en tono apaciguador —. Solo que se me pasó por la cabeza. Como me parecía un pizquín sobrecargado…

Charles le dio la espalda y amarró las riendas lo mejor que pudo; es decir, bastante mal.

—Y, claro, los perros irán todo el día tirando de ese armatoste — comentó otro hombre.

—Naturalmente que sí —le replicó Hal con una cortesía glacial, empuñando la palanca de mando con una mano y blandiendo el látigo con la otra—. ¡Arre! —gritó—. ¡Arre, ya!

Los perros se echaron sobre las correas delanteras, tiraron con fuerza durante unos momentos y luego se detuvieron. Eran incapaces de mover el trineo.

—¡Bestias haraganas! ¡Ya os enseñaré! —les gritó dispuesto a sacudirles con el látigo.

Pero Mercedes intervino, gritando:

—¡No, Hal, no lo hagas! —y agarró el látigo y se lo quitó de las manos —. ¡Pobrecitos! Me tienes que prometer que no los maltratarás mientras dure el viaje, porque si no aquí me quedo.

—¡Qué sabrás tú de perros! —rezongó su hermano—. A ver si me dejas en paz. Son perezosos, te lo digo yo, y hay que zurrarles si quieres conseguir algo de ellos. Son así y, si no, pregúntaselo a cualquiera; pregúntale a esos hombres.

Mercedes los miró suplicante, con un gesto de repulsión ante la presencia del dolor pintado en su bonita cara.

—Lo que les pasa es que no se tienen en pie —le contestó uno de los hombres—. Agotaditos están, eso es lo que les pasa. Necesitan descansar.

—¡Joder con el descanso! —dijo Hal con aquellos labios barbilampiños.

Y Mercedes dijo:

—¡Oh! —dolida y compungida al oír la palabrota.

Pero de todas formas se puso de lado de su hermano y salió en su defensa:

—No hagas caso de ese hombre —dijo con retintín—. Tú eres el que conduces los perros, así que haz lo que te parezca mejor.

El látigo de Hal volvió a caer sobre los animales. Estos se echaron sobre los tirantes delanteros, clavaron las patas en la nieve aplastada, bajaron el cuerpo y tiraron con todas sus fuerzas. El trineo permanecía inamovible, como si estuviera anclado. Tras otros dos intentos, se detuvieron jadeantes. El látigo restallaba ferozmente y entonces Mercedes volvió a intervenir. Se hincó de rodillas ante Buck, con lágrimas en los ojos, y se abrazó a su cuello.

—Pobrecitos míos —les lloró muy compasiva—, ¿por qué no tiráis con ganas? Y así no os pegarán.

A Buck no le gustaba la mujer, pero se sentía demasiado desgraciado como para oponerse a ella, de modo que la aguantó como un número más de los males de aquel día.

Uno de los mirones, que había estado apretando los dientes para no soltar una sarta de improperios, acabó por hablar.

—Me importa un comino lo que les pueda pasar a ustedes, pero por el bien de los perros les diré que más vale que despeguen el trineo: las tablas están heladas y pegadas al suelo. Si echa el peso de su cuerpo contra la palanca del mando, de izquierda a derecha, se soltará.

Por tercera vez volvieron a intentar ponerse en marcha, pero esta vez, siguiendo los consejos, Hal pudo despegar las tablas que se habían quedado soldadas al suelo por el hielo. El sobrecargado y aparatoso trineo avanzó tirado trabajosamente por Buck y sus compañeros, sobre los que caía una lluvia de zurriagazos. Cien metros más allá el sendero hacía una curva en cuesta para enfilar por la calle mayor. Solo un hombre de gran experiencia hubiera sido capaz de mantener el trineo en equilibrio y Hal no era ese hombre. Cuando tomaban la curva, el trineo volcó, desparramando la mitad de la carga por entre las correas mal aseguradas. Los perros no se detuvieron. El trineo, aligerado de su peso, se deslizaba de costado tras ellos. Estaban enojados por los malos tratos recibidos y por la carga injusta. Buck estaba furioso. Se lanzó a la carrera seguido por todo su equipo. Hal gritaba: «¡Soo! ¡Soo!», pero ellos seguían como si tal cosa. El hombre perdió el equilibrio y cayó al suelo. El trineo volcado le pasó por encima y los perros enfilaron a toda marcha por la calle mayor sembrando el regocijo por Skaguay, al dejar desparramados por el centro de la población los restos de la carga.

Algunos ciudadanos de buen corazón detuvieron a los perros y recogieron los desperdigados bártulos. Y, además, les dieron un consejo: la mitad de la carga y el doble de perros, si es que pretendían llegar a Dawson. Eso fue lo que dijeron. Hal y su hermana y su cuñado escucharon de mala gana, montaron la tienda y revisaron sus pertrechos. Salieron a relucir latas

de conservas, lo que hizo reír a los mirones, porque en la Gran Pista las latas de conservas son el sueño de cualquier viajero.

—Mantas como para un hotel —comentó uno de los hombres que se reían y los ayudaban—. Con la mitad es más que suficiente; desháganse de ellas. Tiren la tienda y todos esos platos; de todas formas nadie los va a fregar… ¡Santo cielo! ¿Se creen que viajan en un Pullman[1]?

Y así siguieron inexorablemente eliminando lo superfluo. Mercedes lloró cuando vio que volcaban en el suelo sus bolsas de viaje e iban tirando, una por una, todas sus prendas de vestir. Lloraba de modo general y luego en particular cada vez que tiraban una cosa. Estaba sentada con las manos en las rodillas, meciéndose sin consuelo. Juró que no se movería de allí ni por una docena de Charles. Suplicó a todos y por todo, y al final se secó los ojos y se puso a tirar prendas de vestir de primerísima necesidad, con tal entusiasmo que, al acabar con las suyas, la emprendió con las pertenencias de los hombres y las liquidó como si fuera un ciclón.

Y todavía después de esto, el equipaje, aunque reducido a la mitad, seguía siendo enorme. Charles y Hal salieron por la tarde y compraron seis perros nuevos. Con estos, más los seis del equipo original, y Teek y Koona, los perros esquimales adquiridos en los rápidos del Rink cuando el viaje récord, eran catorce perros en el tiro. Pero los nuevos perros, que venían de otras tierras, aunque ya se habían amansado, eran de poca utilidad. Tres de ellos eran pointers[2] de pelo corto, uno era un Newfoundland y los otros eran dos perros callejeros de raza desconocida.

Al parecer los recién llegados no sabían nada de nada. Buck y sus compañeros los miraron despreciativamente y, aunque Buck enseguida les enseñó cuál era su lugar y lo que no podían hacer, le resultó imposible enseñarles lo que tenían que hacer. Se adaptaron de mala gana al trabajo en la pista y en el tiro. Excepto los dos perros callejeros, los demás estaban aturdidos y con el ánimo destrozado por el ambiente feroz y desconocido a donde habían ido a parar, y por los malos tratos recibidos. Los dos perros callejeros no tenían ánimos de ninguna clase y lo único que se les podía destrozar eran los huesos.

Así que, con los inútiles y desanimados recién llegados y el antiguo equipo agotado por dos mil quinientas millas de continuo viajar, las

perspectivas no se presentaban nada brillantes. A pesar de lo cual los dos hombres estaban de muy buen humor y además muy ufanos. Iban a viajar a lo grande, con catorce perros. Habían visto otros trineos cruzar el Paso rumbo a Dawson, o llegar de Dawson, pero ninguno de ellos llevaba catorce perros. Naturalmente, existe una razón por la cual un trineo nunca viaja por el Artico con catorce perros, y es porque un trineo no puede cargar con toda la comida necesaria para catorce perros. Pero Charles y Hal no lo sabían. Habían calculado el viaje con papel y lápiz: tanto por perro, a tantos perros y tantos días, sale a tanto. Mercedes los miraba por encima del hombro y asentía comprensivamente. ¡Parecía todo tan sencillo!

Ya bien entrada la mañana siguiente, Buck se puso en marcha con todo el equipo calle arriba. No iban nada animados, ni había señal de vivacidad ni gallardía alguna en ninguno de los perros. Se ponían de viaje muertos de cansancio. Buck había recorrido ya cuatro veces la distancia entre Salt Water y Dawson y le amargaba saber que, tan agotado como se encontraba, tenía que volver a repetir la misma ruta. No se ponía de corazón a la tarea, ni él ni ninguno de los perros. Los forasteros eran tímidos y estaban asustados y los veteranos no confiaban en sus amos.

Buck tenía la vaga sensación de que no podía fiarse de aquellos dos hombres y la mujer. No sabían hacer nada y con el tiempo se dio cuenta de que además eran incapaces de aprender nada. Eran desastrados en todo y carecían de orden y disciplina. Se tiraban media noche montando un destartalado campamento y les llevaba media mañana volverlo a levantar y cargar el trineo tan chapuceramente que se pasaban el resto del día parándose para volver a colocar los bultos. Había días en que no avanzaban ni diez millas, y otros en que ni siquiera llegaban a arrancar. Y ningún día llegaron a cubrir ni la mitad del trayecto que los hombres habían tomado como base para calcular la comida de los perros.

Era inevitable que la comida de los animales acabara por escasear. Pero esto sobrevino con mucha anticipación, pues los sobrealimentaban, con lo cual adelantaron el momento en que habían de ponerlos a dieta. Los perros recién llegados, a los que el hambre crónica no los tenía acostumbrados a sacarle el jugo a cantidades mínimas de comida, tenían un apetito voraz. Además, como los agotados perros esquimales tiraban con pocas energías,

Hal decidió que la ración calculada era demasiado pequeña y la dobló. Y por si faltaba poco, cuando Mercedes, con lágrimas en sus lindos ojos y voz trémula, no lograba engatusarlo para que les diera a los perros otro poco de comida, iba ella a robar pescado de los sacos y se lo daba a los animales a escondidas. Pero lo que Buck y los perros necesitaban no era comida, sino descanso. Y aunque no avanzaban gran cosa, la pesada carga que arrastraban iba minando sus fuerzas.

Luego llegó el momento de ponerlos a dieta. Un día Hal se dio cuenta de que había usado la mitad de la comida en solo un cuarto del trayecto, y lo que es peor, de que era absolutamente imposible conseguir más. Así que redujo la ración necesaria e intentó aumentar el ritmo de la marcha. Su hermana y su cuñado secundaban sus planes, pero aquello no dio resultado por su propia incompetencia y por el gran peso de la carga. Era muy sencillo darles a los perros menos comida; lo que era imposible era conseguir que corrieran más deprisa y además durante más horas, porque perdían mucho tiempo con los preparativos mañaneros. No solo ignoraban cómo hacer trabajar a los perros, sino que ni ellos mismos sabían trabajar.

El primero en caer fue Dub. Ladronzuelo chapucero, siempre descubierto y castigado, había sido con todo un trabajador leal. Su hombro dislocado, sin cuidado y sin descanso, había ido de mal en peor, hasta que Hal acabó por matarlo de un tiro con su gran revólver Colt. Hay un dicho de aquellas tierras según el cual un perro forastero se muere de hambre con la ración de un perro esquimal; de modo que los seis perros forasteros del equipo de Buck no tuvieron más remedio que morirse de hambre, pues solo les daban la mitad de la ración de un perro esquimal. Primero se murió el Newfoundland, luego los tres pointers de pelo corto y, al fin, por mucho empeño que pusieron en aferrarse a la vida, acabaron también por morir los perros callejeros.

Para entonces las tres personas habían perdido toda la amabilidad y buenas costumbres sureñas. Desprovista de su atractivo novelesco, la travesía del Artico se convirtió en una realidad demasiado dura para aquellos hombres y aquella mujer. Mercedes dejó de compadecerse de los perros, pues estaba demasiado ocupada compadeciéndose de sí misma y peleándose con su esposo y con su hermano. Para reñir nunca estaban

demasiado cansados. Las dificultades provocaban su irritabilidad que crecía con ellas, multiplicándose y superándolas con mucho. La maravillosa paciencia que adquieren en la pista los hombres que trabajan duro y sufren hondamente, sin perder la amabilidad y las buenas palabras, nunca la llegaron a conocer aquellos dos hombres y aquella mujer. No tenían ni remota idea de que existiera. Estaban rígidos y doloridos; les dolían todos los músculos, todos los huesos, hasta el alma les dolía; y por eso hablaban de malos modos y lo primero que pronunciaban al punto de la mañana y lo último que se decían cada noche eran palabras agrias.

Charles y Hal discutían en cuanto Mercedes les daba la más mínima oportunidad. Cada uno de ellos estaba convencido de que trabajaba más que el otro y aprovechaban todas las ocasiones para expresar este convencimiento. Mercedes se ponía unas veces de parte de su marido y otras de la de su hermano; total, que aquello era una hermosa e interminable pelea familiar. Podían empezar discutiendo sobre quién iba a cortar unas astillas para el fuego (discusión que solo atañía a Charles y Hal); al cabo de un rato ya habían sacado a relucir al resto de la familia, padres, madres, tíos, primos, gente que estaba toda a miles de millas de distancia y, algunos de ellos, muertos. Que la opinión de Hal en materia artística o que el tipo de comedias facilonas que escribía el hermano de su madre tuviera algo que ver con el hecho de tener que cortar unas astillas, es algo que supera los límites de cualquier razonamiento; sin embargo, lo más probable es que la discusión tomara esos derroteros o que acabara sacando a relucir los prejuicios políticos de Charles. Y que la lengua chismosa de la hermana de Charles tuviera algo que ver con el hecho de encender una hoguera en el Yukón, solo le parecía lógico a Mercedes, que soltaba una retahila de comentarios sobre el tema y, de paso, sobre características igualmente desagradables de la familia de su marido. Y mientras tanto el fuego seguía sin encenderse, el campamento quedaba a medio montar y los perros en ayunas.

Mercedes se sentía además especialmente ofendida por razón de su condición femenina. Era linda y delicada y, hasta entonces, siempre la habían tratado con caballerosidad. Pero la actitud actual de su esposo y de su hermano distaba mucho de ser caballerosa. Tenía la costumbre de

mostrarse indefensa y ellos se quejaban de esto. Y como le censuraban lo que a ella le parecía la prerrogativa más fundamental de su sexo, se dedicó a hacerles la vida imposible. Sin consideración alguna hacia los perros y alegando que estaba cansada y dolorida, se empeñó en viajar subida al trineo. Era bonita y delicada, pero pesaba ciento veinte libras[3], que no era moco de pavo para añadir a la ya pesada carga que tenían que arrastrar los animales, débiles y famélicos. Y allí fue sentada durante varios días, hasta que los perros cayeron agotados y el trineo se detuvo. Charles y Hal le rogaron que se bajara y caminara; se lo suplicaron encarecidamente, mientras ella lloraba y clamaba al cielo y soltaba una sarta de quejas sobre la brutalidad de los hombres.

En una ocasión la bajaron del trineo a la fuerza. No se les ocurrió volverlo a repetir. Se tiró al suelo como un niño malcriado y allí se quedó sentada en la pista. Ellos siguieron su camino, pero ella no se movió. Al cabo de tres millas descargaron el trineo, volvieron a buscarla, y la subieron de nuevo a la fuerza al trineo.

Abrumados por su propio sufrimiento, no se percataban del de los animales. La teoría de Hal, que solo ponía en práctica en cabeza ajena, era que había que hacerse duro. Empezó por predicársela a su hermana y a su cuñado, pero, en vista del éxito, se dispuso a inculcársela a los perros a fuerza de garrotazos. Al llegar a Five Fingers, se habían quedado sin comida para los animales y una vieja india desdentada les ofreció unas libras de pellejos de caballo congelados a cambio del revólver Colt que Hal siempre llevaba al cinto, junto con el gran cuchillo de monte. Aquellos pellejos, arrancados de los famélicos caballos de unos vaqueros, hacía ya seis meses, eran muy pobre sustituto de comida. Y como estaban congelados, más parecían tiras de hierro galvanizado; cuando llegaban al estómago de los perros, se derretían y quedaban reducidos a unas finas tiras correosas e insustanciales y una masa de cerdas ásperas e indigestas.

Con todo y con eso, Buck seguía avanzando a duras penas al frente del equipo, como en una pesadilla. Tiraba mientras podía; y cuando ya no podía más, se caía al suelo y allí se quedaba hasta que, a fuerza de latigazos o garrotazos, lo obligaban a volverse a levantar. Su hermoso pelaje había perdido todo el brillo y la tersura. El pelo le caía, lacio y apelmazado, o

salpicado de sangre reseca, en aquellos puntos donde Hal le había pegado con el garrote. Los músculos se le habían quedado reducidos a cuerdas nudosas y la carne había desaparecido de su cuerpo, de modo que se le podían contar todas las costillas y todos los huesos de su esqueleto a través del fláccido pellejo plegado en surcos, que revelaba el vacío interior. Era descorazonador, pero Buck no se dejaba descorazonar, como había podido comprobar el hombre del jersey rojo.

Y lo mismo que le sucedía a Buck les sucedía también a sus compañeros. Eran esqueletos ambulantes. Eran siete en total, contándole a él. El excesivo padecimiento los había vuelto insensibles al aguijón del látigo o a las magulladuras del garrote. El dolor de los golpes les resultaba vago y distante, del mismo modo que las cosas que sus ojos veían y sus oídos percibían les parecían vagas y distantes. Estaban medio muertos, incluso diríamos tres cuartas partes muertos. Eran simplemente otras tantas bolsas de huesos en las que apenas resplandecía alguna chispa de vida. Cuando hacían un alto en el camino, se dejaban caer sobre la pista como perros muertos y la chispa palidecía y se empañaba como si fuera a escapárseles. Y cuando el garrote o el látigo volvía a caer sobre sus lomos, la chispa se animaba débilmente; entonces se incorporaban a duras penas y proseguían la marcha tambaleándose.

Pero llegó un día en que el buenazo de Billee se cayó y ya no se pudo levantar. Como Hal había dado su revólver en trueque, cogió el hacha y le asestó un golpe a Billee en la cabeza, según estaba allí tendido entre las riendas, y luego separó de otro hachazo el cadáver del arnés y lo echó a un lado del camino. Buck lo vio, sus compañeros lo vieron y todos se dieron cuenta de que aquello era algo que también a ellos les sucedería muy probablemente. Al día siguiente cayó Koona y solo quedaban cinco: Joe, tan agotado que ya no era ni desabrido; Pike, tullido y cojeando, medio inconsciente y sin ánimos ya ni para hacerse el remolón; Sol-leks, el tuerto, todavía trabajando en las pistas y en las riendas con lealtad y quejándose de tener tan pocas energías para tirar; Teek, que no había viajado tanto como los demás en el invierno y que, por estar en mejores condiciones, recibía más golpes que los otros; y Buck, todavía al frente del equipo, pero sin imponer ninguna disciplina ni preocuparse por ello, ciego de debilidad la

mitad del tiempo, y manteniendo la ruta por puro instinto y por el vago tacto de sus patas.

Hacía un hermoso tiempo primaveral, pero ni los perros ni los hombres se percataban de ello. Día a día el sol se levantaba más temprano y se ponía más tarde. Amanecía a las tres de la mañana y el crepúsculo se prolongaba hasta las nueve de la noche. Durante todo el día resplandecía el sol. El fantasmal silencio del invierno había dejado paso al gran murmullo primaveral de la vida que se despierta. Este murmullo brotaba de toda la tierra, rebosante de la alegría de vivir. Surgía de las cosas que revivían y se volvían a mover, cosas que habían permanecido como muertas e inmóviles durante los largos meses de hielo. La savia ascendía dentro de los pinos. Los sauces y los álamos reventaban de brotecillos. Los arbustos y las plantas trepadoras volvían a reverdecer. Los grillos se pasaban la noche cantando y, durante el día, todo tipo de criaturas se arrastraban por el suelo buscando el sol. Las perdices y los pájaros carpinteros revoloteaban por los bosques, llenándolos de sonido. Las ardillas parloteaban, los pájaros cantaban y, por encima de todos ellos, graznaban los patos salvajes que llegaban volando desde el sur en hábiles cuñas que rasgaban el aire.

De las laderas de todas las colinas llegaba el cascabeleo del agua que corría, la música de los manantiales ocultos. Todo se derretía, se quebraba, crujía. El Yukón se esforzaba por romper el hielo que lo contenía. Lo iba deshaciendo desde abajo mientras el sol se lo comía desde arriba. Se formaban burbujas de aire, se hacían grietas que se iban separando, y finas capas de hielo acababan por caer al fondo del río. Y en medio de toda esta explosión, de todo este clamor y palpitar del despertar de la vida, bajo el sol resplandeciente y a través de brisas apenas susurrantes, como peregrinos de la muerte, avanzaban los dos hombres, la mujer y los perros.

Cuando llegaron al campamento de John Thornton en la desembocadura del río White, los perros iban cayéndose, Mercedes sollozaba sentada en el trineo, Hal blasfemaba tontamente y los ojos de Charles lloraban de melancolía. Cuando se detuvieron, los perros cayeron al suelo como muertos. Mercedes se secó los ojos y miró a John Thornton. Charles se sentó en un tronco para descansar. Se fue sentando muy despacio y con muchos esfuerzos, pues estaba entumecido. Hal hizo todo el gasto de

conversación. John Thornton le estaba dando los últimos retoques al mango de un hacha que se acababa de tallar con la rama de un abedul. Tallaba y escuchaba, contestando con monosílabos y, cuando le preguntaban su opinión, daba breves consejos. Conocía aquel tipo de ganado, y daba los consejos sabiendo con toda seguridad que no se los iban a tener en cuenta.

—Nos dijeron allá arriba que se estaba derritiendo el fondo de la pista y que mejor sería que esperáramos —comentó al oír el aviso que le daba Thornton de que no siguieran arriesgándose sobre el hielo quebradizo—. Nos dijeron que no conseguiríamos llegar hasta el río White y aquí estamos —y había un deje de orgullo en estas últimas palabras.

—Y mentira no decían —le contestó John Thornton—. El fondo está a punto de desmoronarse de un momento a otro. Solo un loco, y siempre hay alguno con suerte, lo conseguiría. Le aseguro que yo no arriesgaría mi pellejo sobre ese hielo, ni por todo el oro de Alaska.

—Será porque no es usted un loco —dijo Hal—. Pero nosotros nos vamos a Dawson.

Desenrolló el látigo.

—¡Levántate, Buck! ¡Vamos, arriba! ¡Arre!

Thornton siguió tallando la madera. De sobra sabía que era inútil interponerse entre un loco y su locura y, además, con dos o tres locos más o menos, el mundo giraría igual.

Pero los perros no se levantaron al oír la orden. Hacía ya tiempo que solo respondían a fuerza de golpes. El látigo restalló sobre ellos castigándolos sin piedad. John Thornton se mordió los labios. El primero que logró ponerse en pie fue Sol-leks. Luego Teek. Después lo hizo Joe, ladrando quejumbroso. Pike, tras penosos esfuerzos, cayó por dos veces, cuando ya casi había conseguido levantarse, y a la tercera logró mantenerse en pie. Buck ni siquiera lo intentó. Se quedó en el mismo lugar donde se había tendido. El látigo lo mordió repetidamente, pero ni se quejó ni se movió. Thornton estuvo a punto de abrir la boca varias veces y se contuvo. Los ojos se le humedecieron y se puso en pie y comenzó a caminar de arriba abajo nerviosamente, mientras seguían los latigazos.

Era la primera vez que Buck le fallaba y aquello era razón suficiente para que Hal se pusiera furioso. Dejó el látigo y cogió el garrote como de

costumbre. Buck se negó a moverse, a pesar de la lluvia de garrotazos que le caían encima.

Como sus camaradas, apenas podía tenerse en pie; pero a diferencia de ellos, estaba resuelto a no levantarse. Tenía la vaga sensación de un peligro inminente. Lo había sentido con fuerza cuando llegaron a la orilla del río y todavía lo sentía. A causa del hielo tan fino y quebradizo que había notado todo el día bajo sus patas, le parecía que el desastre sería inevitable en aquellos hielos por donde su amo se empeñaba en llevarlo. Se negó a moverse. Había sufrido tanto y estaba tan agotado que los golpes apenas le dolían. Y mientras seguían cayéndole encima, la chispa de vida que había dentro de él oscilaba y disminuía. Casi se apagó. Buck sentía un extraño sopor. Como desde muy lejos, le llegaba la sensación de que le estaban pegando. Acabó por dejar de sentir dolor. Ya no notaba nada, aunque oía muy vagamente el golpe del garrote sobre su cuerpo. Pero lo sentía tan lejano que ya no le parecía su cuerpo.

Y de repente, sin previo aviso, con un grito desgarrador que más parecía el rugido de una fiera, John Thornton se abalanzó sobre el hombre que blandía el garrote. Hal retrocedió tambaleándose, como si le cayera encima un árbol derribado. Mercedes gritó. Charles se quedó mirando pensativo, se secó los húmedos ojos, pero no se levantó porque se sentía anquilosado.

John Thornton se plantó delante de Buck, intentando controlarse, tan rabioso que no podía ni hablar.

—Si vuelve a tocar a ese perro, lo mato —consiguió decir al fin con voz entrecortada.

—El perro es mío —le contestó Hal, enjugándose la sangre que le manaba de la boca mientras avanzaba—. Apártese de mi camino o tendrá que vérselas conmigo. Voy a ir a Dawson.

Thornton seguía entre él y Buck sin dar la menor señal de apartarse. Hal sacó su gran cuchillo de monte. Mercedes chilló, lloró, rio y dio muestras de hallarse presa de un ataque de histeria. Thornton le dio a Hal un golpe en los nudillos con el mango del hacha que le hizo soltar el cuchillo. Volvió a machacárselos cuando hizo ademán de irlo a recoger. Luego se agachó, cogió el cuchillo y cortó de dos tajos las riendas de Buck.

A Hal no le quedaban ganas de pelear. Además tenía entre las manos, mejor dicho entre los brazos, a su hermana, y Buck estaba medio muerto y apenas podía servirle para arrastrar el trineo. A los pocos minutos dejaban la orilla con dirección al río. Buck los oyó marchar y alzó la cabeza para mirarlos. Pike iba delante y Sol-leks en varas; entre ambos iban Joe y Teek. Todos renqueaban y se tambaleaban. Mercedes iba sentada en el cargado trineo, Hal manejaba la vara de mando y Charles iba detrás dando tumbos.

Mientras Buck los miraba, Thornton se arrodilló a su lado y fue palpándolo, con toscas y cariñosas manos, por si tenía algún hueso roto. Para cuando el trineo se hallaba a un cuarto de milla de distancia, ya se había percatado de que Buck no tenía más que un montón de magulladuras y un terrible estado de inanición. El hombre y el perro seguían contemplando cómo el trineo se arrastraba por el hielo. De repente vieron que la parte de atrás se hundía, como en un bache, y Hal, agarrado a la palanca de mando, saltaba por el aire. Oyeron gritar a Mercedes. Vieron que Charles se daba la vuelta intentando escapar. Y luego un gran trozo de hielo cedió y hombres y perros desaparecieron. No se veía más que un enorme agujero. Se había desprendido el fondo de la pista.

John Thornton y Buck se miraron.

—Pobrecito mío —dijo John Thornton a Buck, que le lamía la mano.

Capítulo 6
Por el amor de un hombre

Cuando a John Thornton se le habían helado los pies en diciembre del año anterior, sus compañeros lo dejaron acomodado en el campamento para que pudiera restablecerse y ellos se fueron río arriba para buscar una balsa de troncos que los llevase hasta Dawson. Todavía cojeaba un poco cuando salvó a Buck, pero, con el buen tiempo, llegó a restablecerse del todo. Y allí, tendido a orillas del río durante aquellos largos días de primavera, mirando correr el agua, escuchando perezosamente los trinos de los pájaros y el murmullo de la naturaleza, Buck fue poco a poco recuperando sus fuerzas.

Un descanso viene muy bien después de un viaje de tres mil millas y hay que reconocer que Buck se dio a la buena vida mientras se le cicatrizaban las heridas, reponía músculos y la carne volvía a cubrirle los huesos. La verdad es que todos (Buck, John Thornton, Skeet y Nig) holgazaneaban de lo lindo mientras esperaban la balsa que habría de llevarlos a Dawson. Skeet era una perrita Setter irlandesa[1], que desde el primer momento intentó hacer migas con Buck y a la cual él, cuando estaba medio muerto, no pudo ofrecer resistencia alguna. Tenía esa cualidad de enfermera que muchos perros tienen; y como hace una gata con sus gatitos, se dedicó a lamer y limpiar las heridas de Buck. Todos los días sin faltar uno, después de desayunar, se dedicaba a la tarea que ella misma se había impuesto, hasta el punto de que Buck esperaba sus cuidados con tanto interés como los de Thornton. Nig, que también era afable, aunque menos expresivo, era un perrote negro, medio sabueso, medio galgo, con ojos sonrientes y eterno buen humor.

Para sorpresa de Buck, ningún perro dio muestras de tener celos de él. Parecían compartir la bondad y la generosidad de John Thornton. Según Buck iba recobrando fuerzas, lo arrastraban a todo tipo de juegos ingenuos, a los cuales siempre acababa uniéndoseles Thornton; y así salía Buck de la convalecencia y empezaba una nueva vida. Por primera vez sentía amor, un amor auténtico y apasionado. Nunca lo había llegado a conocer allá en la finca del juez Miller, en el soleado valle de Santa Clara. Para los hijos del juez había sido un compañero de trabajo, en sus cacerías o paseos; para los nietos del juez, una especie de protector honorífico, y para el mismo juez, un amigo digno y respetado. Pero lo que se dice un amor ardiente y enfebrecido, que es adoración y locura, solo lo había sentido hacia John Thornton.

Este hombre le había salvado la vida, que ya es decir; pero además era el amo perfecto. Otros hombres se preocupaban del bienestar de sus perros, por sentido del deber y por conveniencia propia; pero este cuidaba de sus perros como si fueran sus hijos; porque otra cosa hubiera sido impensable. Y lo hacía a fondo. Nunca se olvidaba de saludarlos con cariño o con una palabra amable y se sentaba muchos ratos a hablar con ellos (a cotorrear, decía él) y disfrutaba tanto con esto como los mismos animales. Solía coger la cabeza de Buck entre sus toscas manos de una manera muy especial, apoyando su cabeza sobre la del perro, y meciéndolo mientras le decía palabrotas, que a Buck le parecían palabras de amor. Para Buck no había alegría más grande que aquel rudo abrazo y el sonido de aquellos juramentos en voz baja; y a cada balanceo le parecía que el corazón se le iba a escapar del pecho, de la emoción que sentía. Cuando lo soltaba, Buck se echaba a sus pies de un salto, con la boca sonriente, los ojos chispeantes, el cuello palpitante de sonidos inarticulados, y allí se quedaba inmóvil mientras John Thornton le decía admirado:

—¡Por Dios, Buck; solo te falta hablar!

Buck tenía una manera de expresar su amor que casi hacía daño. Solía coger la mano de Thornton entre sus dientes y morderla con tal fuerza que las señales de los dientes se quedaban un buen rato marcadas. Pero igual que Buck comprendía que las palabrotas eran palabras de amor, el hombre se daba cuenta de que aquellos mordiscos eran en realidad caricias.

Sin embargo, la mayor parte del tiempo, el amor de Buck se expresaba como adoración. Aunque se volvía loco de alegría cuando Thornton lo tocaba o le hablaba, no buscaba estas demostraciones. A diferencia de Skeet, tan aficionada a meter el hocico bajo la mano de Thornton y estar allí removiéndolo hasta que se lo acariciaba, o de Nig, que solía acercarse a apoyar su gran cabeza en las rodillas de su amo, a Buck le bastaba con adorarlo de lejos. Se pasaba horas tumbado a sus pies, atento, alerta, observando su cara, pendiente de ella, estudiándola, sin perder el más mínimo detalle de cualquier gesto, de cualquier movimiento o cambio de expresión. En otras ocasiones, se quedaba echado más lejos, a un lado o detrás del hombre, y observaba el perfil de su figura y los eventuales movimientos de su cuerpo. Y tan compenetrados estaban, que, a menudo, la intensidad de la mirada de Buck hacía que Thornton volviera la cabeza y le devolviera la mirada sin una palabra, con el corazón saliéndosele por los ojos como se le salía a Buck.

Hasta mucho tiempo después de su salvación, a Buck no le gustaba perder de vista a Thornton. Desde que salía de la tienda hasta que volvía a meterse en ella, Buck le seguía pegado a sus talones. Los continuos cambios de dueño que había sufrido en aquellas tierras del norte le habían inducido a pensar que no había amo permanente. Temía que Thornton desapareciera de su vida como habían desaparecido Perrault y François y el mestizo escocés. Incluso por la noche, en sueños, lo acechaban aquellas pesadillas. En esas ocasiones se despertaba y se arrastraba por el frío hasta la entrada de la tienda y allí se quedaba escuchando la respiración de su amo.

Pero a pesar del gran amor que sentía hacia John Thornton y que pudiera parecer una señal de influencia civilizadora, la fuerza de lo primitivo, que el norte había despertado en su ser, seguía viva y activa. Era leal y fiel, cualidades que nacen junto al fuego y bajo techo; pero conservaba también su astucia y su fiereza. Era una criatura bravia, que llegaba de la naturaleza para sentarse junto al fuego de John Thornton, y no un perro de las mansas tierras sureñas, marcado por generaciones de vida doméstica. Por el gran amor que le tenía, no era capaz de robar a aquel hombre; pero no dudaba un segundo en robar a otros hombres, de otros

campamentos; y tan astutamente lo hacía que siempre lograba escapar inmune.

Su cara y su cuerpo tenían cicatrices de los dientes de muchos perros, pero seguía peleando con la misma fuerza y con mayor habilidad. Skeet y Nig eran demasiado mansos como para pelearse, y, además, eran los perros de John Thornton; pero en cuanto aparecía un perro forastero, de cualquier raza o categoría, enseguida se enteraba de la superioridad de Buck o se encontraba metido en una lucha a muerte con un adversario terrible. Y Buck era implacable. Se había aprendido muy bien la ley del garrote y el colmillo y nunca desperdiciaba una ventaja ni perdonaba a un enemigo al que veía abocado a morir. Había aprendido de Spitz y de los perros más combativos de la policía y del servicio de correos, y sabía que no había término medio. Había que dominar o ser dominado; y la piedad era una señal de debilidad. En la vida primitiva no existía. Se confundía piedad con temor y ello acarreaba la muerte. Matar o morir, comer o ser comido: tal era la ley; y Buck obedecía a aquel mandato que surgía de las profundidades del tiempo.

Era más viejo que los días que había vivido y que los alientos que había respirado. En él se enlazaban el pasado y el presente y la eternidad palpitaba en su ser con un ritmo irresistible ante el que se doblegaba, como uno se somete ante las olas y las mareas. Cuando estaba sentado ante el fuego de John Thornton, no era más que un perro de ancho pecho, colmillos blancos y denso pelaje; pero tras él vivían las sombras de perros de todo tipo, medio lobos y lobos salvajes que lo acosaban, hambrientos de la carne que él comía, sedientos del agua que bebía, husmeando el viento con él, escuchando lo que él oía y revelándole los sonidos de la vida salvaje de los bosques; ellos le imponían sus costumbres, dirigían sus acciones, con él se tendían a descansar y con él soñaban, y aún iban más lejos y se convertían en el objeto de sus sueños.

Tan imperiosamente lo llamaban estas sombras que cada día sentía más lejana la humanidad y las exigencias de los hombres. En lo más profundo del bosque resonaba una llamada y, siempre que la oía, con su misterio estremecedor y atractivo, se sentía incitado a volver la espalda al fuego y al hogar y a adentrarse en el bosque hasta lo más profundo del mismo, sin saber dónde ni por qué resonaba imperiosamente la llamada, desde lo más

profundo del bosque. Pero, en cuanto llegaba a aquellas blandas tierras vírgenes y a aquellas verdes sombras, el amor que sentía hacia John Thornton lo volvía a atraer hacia el fuego.

Solo Thornton lo retenía. El resto de la humanidad no significaba nada para él. A veces algún viajero de paso lo alababa o lo acariciaba, pero él se mostraba indiferente y, si el hombre era demasiado efusivo, se levantaba y se largaba. Cuando llegaron los compañeros de Thornton, Hans y Pete, con la tan esperada balsa, Buck se negó a hacerles el menor caso, hasta que se enteró de que eran amigos de Thornton; luego los toleraba con cierta pasividad, aceptando sus favores como si les hiciera el favor de aceptárselos. Eran hombres grandotes, del estilo de Thornton, que vivían en contacto con la tierra, y tenían ideas elementales y claras; cuando llegaron con la balsa al gran remolino que hay junto a la serrería de Dawson, ya se habían percatado de cómo eran Buck y sus costumbres, y no se empeñaban en conseguir que intimara con ellos, como lo hacían Skeet y Nig.

Sin embargo, su amor por Thornton parecía crecer día a día. Era el único hombre al que le consentía que le pusiera un fardo sobre el lomo en los desplazamientos del verano. Nada era demasiado para Buck, si Thornton se lo ordenaba. Un día (tras haberse repartido las ganancias de la venta de la balsa y salir de Dawson rumbo al nacimiento del Tanana) los hombres y los perros estaban sentados en la cima de un precipicio que caía a pico sobre un lecho de rocas desnudas, trescientos pies[2] más abajo. John Thornton estaba sentado junto al borde con Buck a su lado. De repente se le ocurrió una idea absurda y llamó la atención de Hans y Pete sobre el experimento que pensaba efectuar.

—¡Salta, Buck! —le ordenó, extendiendo el brazo sobre el abismo.

Un segundo después agarraba a Buck al borde del precipicio y Hans y Pete tiraban de ambos para ponerlos a salvo.

—Es portentoso —dijo Pete, cuando todo hubo pasado y habían recuperado el habla.

Thornton meneó la cabeza.

—No; es maravilloso, y además tremendo. Sabes, a veces me da miedo.

—No me gustaría estar en el pellejo de quien se atreva a ponerte la mano encima, si él está cerca —comentó Pete tajantemente, señalando a

Buck con la cabeza.

—Porr Crristo —añadió Hans—. Mí tampoco.

En Circle City, antes de que acabara el año, los temores de Pete se convirtieron en realidad. Burton el Negro, un tipo ruin y mal encarado, se había enzarzado en una pelea con un forastero recién llegado, en el bar, cuando Thornton se interpuso, apaciguador, entre ellos. Buck, como de costumbre, estaba echado en un rincón, con la cabeza entre las patas, sin perder de vista ni un solo movimiento de su amo. Burton le arreó un puñetazo con todas sus fuerzas sin el menor aviso. Thornton salió dando tumbos y consiguió no caerse al suelo, porque pudo agarrarse a la barra del bar.

Los testigos de la escena oyeron algo que no era ni un ladrido ni un aullido, sino más bien un rugido y luego vieron cómo el cuerpo de Buck se levantaba por los aires desde el suelo hasta el cuello de Burton. El hombre salvó la vida, porque instintivamente adelantó el brazo, pero cayó al suelo con Buck encima. Buck soltó el brazo que sujetaba entre los dientes y volvió a dirigirse al cuello. Esta vez el hombre apenas pudo protegerse y acabó con el cuello desgarrado. Entonces la muchedumbre se abalanzó sobre Buck y lo apartaron del hombre; pero mientras un médico trataba de contener la hemorragia, él rondaba por allí, gruñendo endemoniadamente, intentando atacar, y solo lo contuvieron rodeándolo con una barrera de garrotes hostiles. Enseguida se reunió un «consejo de mineros», que decidió que el perro había actuado bajo provocación y Buck fue absuelto. Pero desde aquel día se hizo famoso y su nombre se extendió por todos los campamentos de Alaska.

Más tarde, en el otoño de aquel mismo año, volvió a salvarle la vida a John Thornton en circunstancias muy distintas. Los tres socios bajaban una canoa de remos por un difícil tramo de rápidos del río Forty Mile. Hans y Pete avanzaban por la orilla, sujetándola con una fina cuerda de cáñamo de árbol en árbol, mientras Thornton iba dentro del bote y bajaba ayudándose con una larga pértiga, al tiempo que gritaba órdenes a los que estaban en la orilla. Buck, en tierra, ansioso y preocupado, avanzaba por delante del barco sin perder por un segundo a su amo de vista.

En un punto especialmente peligroso, donde un saliente de rocas quedaba apenas sumergido bajo el agua, mientras Thornton trataba de empujar el barco hacia el agua profunda, Hans soltó cuerda y corrió por la orilla río abajo, todavía con la cuerda en la mano para intentar recoger el bote más abajo de las piedras. Así lo hizo y el barco se deslizaba aguas abajo por una corriente tan rápida como la de la rueda de un molino, cuando en estas Hans tiró de la cuerda, pero demasiado de repente. El bote se volcó y vino arrastrado hacia la orilla, mientras Thornton salía despedido y era arrastrado río abajo hacia el punto más peligroso de los rápidos, un tramo de aguas turbulentas de las que ningún nadador hubiera podido salir con vida.

Buck se zambulló al instante; al cabo de trescientos metros, en medio de un remolino de agua, dio alcance a Thornton. Cuando notó que este le agarraba la cola, Buck se dirigió hacia la orilla, nadando con todo su espléndido vigor. Pero avanzaban poco hacia la orilla, pues el agua los arrastraba con fuerza río abajo. Desde más abajo les llegaba el fatídico estruendo de la corriente aún más salvaje que se abría en varios brazos y golpeaba contra las rocas que la hendían como las púas de un enorme peine. La fuerza del agua era tremenda al comienzo de la última pendiente y Thornton se dio cuenta de que era imposible alcanzar la orilla. Trató de asirse a una roca, fue dando tumbos por encima de otra y cayó de golpe sobre una tercera. Allí se agarró desesperadamente a la superficie resbaladiza con las dos manos, soltándose de Buck, y le gritó por encima del estruendo del agua:

—¡Vete, Buck! ¡Vete!

Buck no pudo detenerse y siguió río abajo, luchando desesperadamente, pero incapaz de regresar. Cuando oyó de nuevo las órdenes de Thornton, sacó en parte el cuerpo del agua, volvió la cabeza como para mirar a su amo por última vez y regresó obediente hacia el ribazo. Nadaba con vigor y Pete y Hans consiguieron arrastrarlo hasta la orilla en el mismísimo punto en que ya era imposible nadar y la muerte parecía inevitable.

Sabían que el tiempo que un hombre es capaz de hacer frente a una corriente impetuosa asido a una roca resbaladiza, es cuestión de minutos; así que corrieron a toda velocidad por tierra, hasta un punto situado más

arriba del lugar donde se hallaba Thornton. Ataron la cuerda con la que habían ido arrastrando el barco al cuello y al lomo de Buck, cuidando de que ni lo sofocara ni entorpeciera sus movimientos al nadar, y lo echaron al agua. Nadó desesperadamente, pero sin mantener la dirección correcta. Se dio cuenta de su error demasiado tarde, cuando pasaba por delante de Thornton, a media docena de brazadas de él, y la corriente lo arrastraba irremediablemente.

Hans maniobró ágilmente la cuerda como si Buck fuera un barco. La cuerda tiraba de él en medio de la corriente y Buck se hundió debajo del agua, y por debajo fue hasta la orilla de donde lo sacaron. Estaba medio ahogado y Hans y Pete se echaron sobre él, haciéndole tragar aire y vomitar agua. Logró ponerse en pie, pero volvió a desplomarse. Hasta ellos llegaba el débil sonido de la voz de Thornton y, aunque no lograban entender lo que decía, sabían que se hallaba al límite de sus fuerzas. La voz de su amo actuó sobre Buck como una descarga eléctrica. Se puso en pie de un salto y corrió hacia la orilla por delante de los hombres hasta el punto donde antes se había tirado al agua. Le volvieron a atar la cuerda y de nuevo saltó al agua y avanzó por ella, pero esta vez en la dirección correcta. Se había equivocado una vez, pero no cometería de nuevo el mismo error. Hans iba soltando cuerda poco a poco y Pete procuraba que no se enredase. Buck mantuvo el rumbo hasta hallarse en línea recta por encima de Thornton; luego hizo un viraje y bajó con la velocidad de un tren hacia el hombre. Thornton lo vio llegar y, justo cuando Buck le daba alcance con todo el ímpetu de un ariete, arrastrado por la fuerza de la corriente, se echó sobre él y se agarró con los dos brazos a su peludo cuello. Hans amarró la cuerda a un árbol y Buck y Thornton se sumergieron bajo el agua. Ahogándose, jadeantes, a veces uno arriba y otras el otro, arrastrándose contra los pedruscos del fondo, chocando contra rocas y raigones, consiguieron alcanzar la orilla.

A Thornton lo pusieron Hans y Pete boca abajo sobre un gran tronco de árbol y allí estuvieron haciéndolo rodar a toda velocidad hasta que volvió en sí. Lo primero que miró fue hacia Buck, sobre cuyo cuerpo rígido y al parecer sin vida gemía Nig, mientras Skeet lamía su cara húmeda y sus ojos cerrados. Thornton, a pesar de estar magullado y dolorido, examinó cuidadosamente el cuerpo de Buck, cuando este hubo recobrado el sentido, y se percató de que tenía tres costillas rotas.

—No hay más que hablar —anunció—. Acampamos aquí mismo.

Y allí se quedaron hasta que se soldaron las costillas de Buck y pudo volver a ponerse en camino.

Aquel invierno, en Dawson, Buck aún llevó a cabo otra hazaña, tal vez menos heroica, pero que puso su nombre unos cuantos puntos más arriba en el totem[3] de la fama de Alaska. Esta hazaña resultó especialmente provechosa para los tres hombres que tenían gran necesidad del equipo que consiguieron con ella y pudieron así realizar el tan ansiado viaje a las tierras vírgenes del este, donde todavía no habían llegado los mineros. Todo empezó con una conversación en el bar Eldorado, donde los hombres fanfarroneaban de lo lindo sobre sus perros favoritos. Buck, con la fama que tenía, se convirtió en el blanco de todas las conversaciones y Thornton no tuvo más remedio que salir en su favor. Al cabo de media hora uno de los hombres aseguraba que su perro era capaz de arrancar un trineo con quinientas libras de peso encima y salir tirando de él; otro alardeaba de que su perro lo hacía con seiscientas libras y un tercero que el suyo con setecientas.

—¡Bah, bah! —dijo John Thornton—. Buck es capaz de arrancar un trineo cargado con mil libras de peso.

—¿Y despegarlo del hielo y arrastrarlo cien yardas[4]? —preguntó Matthewson, un rey de las minas y el que había dicho que su perro podía con setecientas libras.

—Y despegarlo del hielo y arrastrarlo cien yardas —contestó John Thornton con aplomo.

—Bueno —dijo Matthewson en tono deliberadamente lento, para que todo el mundo pudiera oírlo—. Apuesto mil dólares a que no puede. Aquí

está el dinero.

Y diciendo esto, puso encima del mostrador un talego de oro en polvo del tamaño de un salchichón.

Nadie abrió la boca. El farol de Thornton, si es que era un farol, había encontrado respuesta. Sintió que una oleada de sangre tibia le subía a las mejillas. Su lengua le había traicionado. No sabía si Buck era capaz de arrastrar mil libras de peso. ¡Media tonelada! Se dio cuenta de que era un disparate. Confiaba muchísimo en la fuerza de Buck y a menudo había pensado que probablemente sería capaz de tirar de un peso así; pero nunca hasta aquel momento se había enfrentado a la posibilidad de tener que hacerlo y los ojos de media docena de hombres silenciosos y expectantes estaban fijos en él. Por otra parte, no tenía los mil dólares y Hans y Pete tampoco.

—Tengo ahí fuera un trineo cargado con veinte sacos de harina de cincuenta libras de peso cada uno —prosiguió Matthewson sin más contemplaciones—, así que no hay problema.

Thornton no contestó. No sabía qué decir. Fue mirando a los presentes con la mirada ausente del hombre que ha perdido la capacidad de discurrir y anda buscando el mecanismo que se la vuelva a poner en marcha. De pronto sus ojos se fijaron en Jim O'Brien, otro de los magnates y antiguo compañero. En cuanto lo vio, se decidió a hacer algo que hasta entonces nunca se le hubiera ocurrido.

—¿Me puedes prestar mil dólares? —le preguntó con un hilito de voz.

—Claro —contestó O'Brien, plantando otro grueso talego al lado del de Matthewson—. Aunque no me fío mucho de que el animal sea capaz de hacerlo. ¿Sabes, John?

La clientela de Eldorado salió a la calle para presenciar la prueba. Las mesas se quedaron vacías y los clientes y empleados se acercaron para ver en qué quedaba el envite y hacer apuestas. Varios cientos de hombres, con guantes y abrigos de pieles, formaron un corro a poca distancia del trineo. El trineo de Matthewson, cargado con mil libras de harina, llevaba allí parado un par de horas y bajo el intenso frío (sesenta grados bajo cero) los patines se habían quedado completamente pegados a la nieve dura. Los hombres apostaban dos a uno a que Buck no sería capaz de despegar el

trineo. Se originó una discusión sobre el término «despegarlo». O'Brien afirmaba que Thornton tenía derecho a despegar los patines y que era suficiente con que Buck «arrancara» el trineo, es decir, lo pusiera en marcha. Matthewson insistía que la frase implicaba que Buck tenía que despegar los patines de las garras heladas de la nieve. La mayoría de los hombres que habían presenciado la apuesta se pusieron de su parte y entonces las apuestas subieron tres a uno en contra de Buck.

No había quien apostara en su favor. Nadie lo creía capaz de tal hazaña. Thornton se había visto obligado a aceptar el desafío, pero tenía muchas dudas al respecto; y ahora, ante el trineo, ante la pura realidad, con el equipo de diez perros acurrucados en la nieve allí delante, la tarea aún le parecía más imposible. Matthewson no cabía en sí de gozo.

—¡Tres a uno! —gritó—. Te juego otros mil tres a uno, Thornton. ¿Qué me dices?

En la cara de Thornton se reflejaba la duda, pero se puso en marcha su espíritu de lucha: el mismo que se crece ante las dificultades, que se niega a admitir que algo es imposible y que es sordo a todo lo que no sea el clamor de la batalla. Hizo venir a Hans y Pete. Sus sacos estaban medio vacíos y, aun contando con el suyo propio, los tres socios no lograron reunir más que doscientos dólares. Estaban en un mal momento y aquella cantidad era todo su capital; sin embargo, la pusieron, sin un momento de duda, junto a los seiscientos dólares de Matthewson.

Desengancharon los diez perros del tiro y amarraron a Buck con su propio arnés al trineo. Se le había contagiado la excitación y en cierto modo se daba cuenta de que tenía que hacer algo extraordinario por John Thornton. Su espléndido aspecto provocó murmullos de admiración. Estaba en perfectas condiciones, sin una onza de carne de más, y las ciento cincuenta libras que pesaba eran otras tantas libras de energía y fuerza. Su pelaje brillaba lustroso como la seda. La melena por el cuello y el lomo, aunque estuviera quieto como ahora, estaba medio erizada y parecía levantársele a cada momento, como si un exceso de energías transmitiera vida y actividad a cada uno de los pelos. El amplio pecho y fuertes patas delanteras estaban tan proporcionados como el resto del cuerpo, y los músculos se adivinaban firmes bajo la piel. Los hombres le palparon los

músculos y aseguraron que eran duros como el hierro, y entonces las apuestas bajaron a dos a uno.

—¡Oiga, caballero! ¡Oiga! —tartajeó un miembro de la dinastía más reciente, un rey de los Skookum Benches—. Le doy ochocientos así, tal cual.

Thornton meneó negativamente la cabeza y se puso al lado de Buck.

—Tiene que mantenerse alejado —protestó Matthewson—. Juego limpio y campo libre.

La multitud enmudeció; solo se oían las voces de los envidadores ofreciendo en vano apuestas de dos a uno. Todo el mundo reconocía que Buck era un animal soberbio, pero veinte sacos de cincuenta libras de harina se les figuraban demasiado grandes como para inducirles a aflojar la bolsa[5].

Thornton se arrodilló al lado de Buck. Le cogió la cabeza entre las manos y apoyó su mejilla contra la del perro. Pero no se la sacudió juguetonamente, como solía, ni le musitó dulces palabras de amor; solo le murmuró al oído:

—Demuéstrame que me quieres, Buck. Demuéstrame que me quieres.

Eso es lo que le murmuró. Y Buck gañó de impaciencia contenida.

La muchedumbre los observaba con curiosidad. El asunto resultaba misterioso. Parecía un conjuro. Cuando Thornton se puso en pie, Buck le cogió entre los dientes la mano enguantada y se la mordió; luego la fue soltando poco a poco, como si no quisiera. Era su respuesta, expresada no con palabras, sino con un gesto amoroso. Thornton se alejó de él.

—Ahora, Buck —le dijo.

Buck tensó las riendas y luego las aflojó un poquito. Así había aprendido a hacerlo.

—¡Arre! —gritó Thornton con voz cortante en el tenso silencio.

Buck se echó hacia la derecha terminando el movimiento con un empujón que volvió a tensar las riendas y frenó de golpe el impulso de sus ciento cincuenta libras. La carga se estremeció y debajo de los patines se produjo un leve crujido.

—¡Hale! —ordenó Thornton.

Buck repitió la maniobra, esta vez hacia la izquierda. El crujido se convirtió en chasquido, el trineo se tambaleó, los patines resbalaron y se movieron unas pulgadas hacia un costado. El trineo se había despegado. Los hombres contenían la respiración sin darse cuenta de ello.

—Ahora, ¡ARRE!

La orden de Thornton resonó como un pistoletazo. Buck echó todo su peso hacia adelante, tensando las riendas con una violenta embestida. Todo su cuerpo se contrajo bajo el tremendo esfuerzo, y sus músculos se retorcieron y apelotonaron como si estuvieran vivos bajo el sedoso pelaje. Su ancho pecho rozaba el suelo; con la cabeza baja y adelantada, movía las patas a toda velocidad, dejando sobre la nieve dura las huellas paralelas de sus pezuñas. El trineo osciló y se balanceó, a punto de arrancar. A Buck se le resbaló una pata y a uno de los hombres se le escapó un grito. Luego el trineo empezó a dar bandazos, en una rápida sucesión de sacudidas, sin volverse ya a parar… media pulgada… una pulgada… dos pulgadas… Poco a poco las sacudidas fueron disminuyendo hasta que Buck las suprimió del todo, según el trineo iba cogiendo velocidad y el movimiento se hacía continuo.

Los hombres cogieron aliento y volvieron a respirar, sin darse cuenta de que, desde hacía un momento, habían dejado de hacerlo. Thornton corría detrás de Buck, animándolo con breves palabras de entusiasmo. Habían medido el trayecto y, al irse acercando al montón de leños que indicaba el final de las cien yardas, empezó a oírse un murmullo que fue creciendo hasta convertirse en un clamoreo victorioso cuando Buck pasó los leños y se detuvo al oír la voz de alto. Todos dieron rienda suelta a su entusiasmo, incluso Matthewson. Gorros y guantes volaban por los aires. Los hombres se estrechaban la mano, a tontas y a locas, y parloteaban alegre y atolondradamente.

Pero Thornton cayó de rodillas junto a Buck. Con su cabeza junto a la del perro, lo mecía entre sus brazos. Los que se acercaron hasta ellos le oyeron maldecir a Buck, con insultos largos y fervientes y dulces y enamorados.

—¡Oiga, caballero! ¡Oiga! —farfullo el rey de Skookum Bench—. Le doy mil por él, caballero; mil dólares, caballero…, mil doscientos, oiga.

Thornton se puso en pie. Tenía los ojos húmedos. Las lágrimas le resbalaban sin disimulo por las mejillas.

—Caballero —le dijo al rey de Skookum Bench—. No me da la gana. Y váyase a la mierda y que le aproveche, caballero.

Buck agarró la mano de Thornton entre sus dientes. Thornton se quedó meciéndolo. Y, como animados por el mismo impulso, los mirones se alejaron hasta una distancia respetuosa; ninguno cometió la indiscreción de interrumpirlos.

Capítulo 7
El clamor de la llamada

Al ganar Buck en cinco minutos mil seiscientos dólares para John Thornton, permitió que su amo saldara algunas deudas y emprendiera viaje con sus socios hacia el este, en pos de una legendaria mina perdida cuya historia era tan antigua como la de aquellas tierras. Muchos hombres la habían buscado; pocos la llegaron a encontrar; pero bastantes de aquellos nunca habían regresado de la expedición. Aquella mina perdida estaba impregnada de tragedias y envuelta en misterios. Nadie sabía quién era el hombre que la había descubierto. Las tradiciones más antiguas se detenían antes de llegar a él. Desde el primer momento hubo allí una cabaña vieja y desvencijada. Hombres agonizantes habían jurado que existía, al igual que la mina cuya localización indicaba la cabaña, y confirmaban su testimonio con pepitas de oro de una calidad desconocida en las tierras del norte.

Pero no había hombre vivo que hubiera sido capaz de saquear aquella casa del tesoro, y los muertos muertos estaban; así que John Thornton y Pete y Hans, junto con Buck y otra media docena de perros, se pusieron en marcha hacia el este por una pista desconocida, con la intención de conseguir lo que otros hombres y otros perros tan buenos como ellos no habían logrado. Recorrieron con el trineo setenta millas Yukón arriba, torcieron a la izquierda por el río Stewart, cruzaron el Mayo y el McQuestion, y siguieron por el Stewart hasta que este se convierte en un arroyuelo que serpentea por entre los picachos que señalan la espina dorsal del continente.

John Thornton pedía poco a la humanidad y a la naturaleza. No le asustaban los lugares agrestes. Con un puñado de sal y un rifle era capaz de

internarse por cualquier fragosidad y quedarse por donde le pareciera y todo el tiempo que se le antojase. Sin prisa alguna, como los indios, cazaba la comida durante sus desplazamientos; y si acaso no encontraba nada, como los indios, proseguía su camino con la seguridad de que, tarde o temprano, acabaría por hallar algo. Así que, en aquel largo viaje hacia el este, el menú se componía a base de carne fresca, la carga del trineo consistía principalmente en municiones y herramientas, y la planificación del viaje se hacía contando con un futuro ilimitado.

Buck gozaba indeciblemente con la caza, la pesca y los vagabundeos sin fin por tierras desconocidas. Se pasaban semanas caminando sin parar, día tras día; y otras veces se quedaban varias semanas de acampada en cualquier lugar, mientras los perros descansaban y los hombres prendían hogueras para derretir barro y tierra helada y poder cribar en aquellos agujeros enormes cantidades de cedazos de arena al calor del fuego. A veces pasaban hambre y otras se daban grandes comilonas, según la abundancia de la caza y la suerte del cazador. Llegó el verano y perros y hombres, con los equipos a cuestas, cruzaron en balsa los azules lagos de las montañas y subieron y bajaron ríos desconocidos en frágiles lanchas construidas con troncos serrados en el cercano bosque.

Pasaban los meses y ellos iban y venían por aquella inmensidad desconocida, donde no había ningún hombre, pero donde tuvo que haberlos habido, si es que de verdad existía la Cabaña Perdida. Cruzaron desfiladeros en medio de tormentas de verano, tiritaron bajo el sol de medianoche sobre las desnudas montañas que separan los límites forestales de la región de las nieves eternas, bajaron por valles calurosos entre enjambres de moscas y mosquitos y, a la sombra de los glaciares, cogieron fresas tan dulces y flores tan hermosas como cualquiera de las mejores de las tierras sureñas. En el otoño llegaron a una extraña zona de lagos, triste y silenciosa, que había sido morada del pato salvaje, pero donde ya no se veía ni ser vivo ni señal de vida alguna; allí no había más que vientos helados, hielo hasta en los lugares resguardados, y un melancólico batir de olas en los ribazos solitarios.

Y pasaron otro invierno errando sobre las pistas olvidadas de otros hombres que los habían precedido. En cierta ocasión se toparon con un

sendero abierto en el bosque y creyeron que se acercaban a la Cabaña Perdida. Pero el sendero acababa tan incomprensiblemente como había empezado, sin llevar a ningún sitio, y resultó tan misterioso como el hombre que lo construyera y la razón que tuvo para hacerlo. Otra vez se tropezaron con los restos de un antiguo refugio de caza y, entre los jirones de unas mantas podridas, John Thornton encontró un fusil de pedernal de cañón largo. Lo reconoció como uno de los fusiles de los que, en sus primeros tiempos, utilizaba la Hudson Bay Company[1] en el noroeste, cuando un arma como aquella valía un montón de pieles de castor puestas una encima de otra hasta llegar a la altura del fusil. Y no había nada más: ni rastro del hombre que en aquellos tiempos había construido el refugio y había abandonado el fusil entre las mantas.

De nuevo llegó la primavera y al cabo de tantas caminatas fueron a dar no con la Cabaña Perdida, sino con un placer a flor de tierra en un amplio valle donde el oro relucía como manteca amarilla en el fondo del cedazo. Ya no buscaron más. Cada día de trabajo les reportaba miles de dolares en polvo limpio y pepitas de oro, y trabajaban todos los días. Iban guardando el oro en talegos de piel de alce, a razón de cincuenta libras por bolsa, y amontonándolas como si fueran leños junto a la choza de ramas de abeto. Como gigantes se afanaban y los días se sucedían a toda velocidad como si fuera un sueño, mientras ellos iban amontonando su tesoro.

Los perros no tenían otro quehacer más que acarrear de vez en cuando la caza que Thornton abatía, y Buck se pasaba las horas muertas ante el fuego. Cada vez se le aparecía más insistentemente la imagen del hombre velludo de piernas cortas, ahora que había poco trabajo; y, a menudo, parpadeando junto al fuego, Buck erraba con él por aquel otro mundo de su recuerdo.

Lo más sobresaliente de aquel otro mundo era, al parecer, el miedo. Cuando observaba al hombre velludo dormido junto al fuego, con la cabeza entre las piernas y las manos cruzadas por encima de la cabeza, Buck se daba cuenta de que aquel dormía con intranquilidad, y se despertaba a menudo sobresaltado; y en esas ocasiones escrutaba atemorizado la oscuridad y echaba algo más de leña al fuego. Cuando caminaban por la orilla del mar y el hombre velludo recogía caracolas que se comía según las

iba recogiendo, sus ojos giraban sin cesar en busca de ocultas amenazas y sus piernas estaban siempre prestas a correr, veloces como el viento, en cuanto apareciera el peligro. Por el bosque se deslizaban en silencio, Buck pegado a los talones del hombre velludo; y ambos iban alertas y vigilantes, con las orejas tensas y las aletas de la nariz temblorosas, pues el oído y el olfato del hombre eran tan agudos como los de Buck. El hombre velludo era capaz de trepar a los árboles y avanzar por las alturas tan deprisa como por el suelo, balanceándose colgado de los brazos de rama en rama, a veces con separaciones de hasta doce pies, soltándose y volviéndose a agarrar sin caerse nunca, sin perder el control. En realidad parecía moverse con la misma facilidad por entre los árboles que por el suelo, y Buck recordaba haber pasado noches enteras en vela bajo algún árbol en el que descansaba el hombre velludo, bien agarrado a las ramas mientras dormía.

Y, estrechamente ligada a las visiones del hombre velludo, estaba la llamada que no dejaba de sonar en lo más profundo del bosque. Le llenaba de enorme impaciencia y extraños deseos. Le hacía sentir una alegría suave y dulce y percibía unas ansias y unos anhelos salvajes por algo que no sabía precisar. A veces se adentraba en el bosque en pos de la llamada, buscándola como si se tratase de algo tangible, ladrando suave o provocadoramente, según estuviera de humor. A veces metía el hocico en el musgo fresco del bosque, o en la tierra negra donde crecen altas hierbas, e inhalaba gozosamente los densos olores de la tierra; otras, se quedaba varias horas acurrucado tras cualquier tronco de árbol cubierto de liquen, como si estuviera al acecho, con los ojos muy abiertos y las orejas atentísimas, de cualquier cosa que se moviera o se oyese a su alrededor. Acaso, tendido en esa posición, esperaba descubrir aquella llamada que no lograba comprender. Pero no sabía qué motivo lo impulsaba a hacer aquellas cosas. Se sentía impulsado a hacerlas sin poder razonar sobre ellas.

Lo asaltaban impulsos irresistibles. A veces estaba echado en el campamento, sesteando soñolientamente a mediodía y, de repente, levantaba la cabeza y erguía las orejas, escuchando con toda atención; y luego se ponía en pie de un salto y salía disparado y no paraba de correr durante horas enteras por las naves[2] del bosque o por los espacios abiertos por donde crecían algunos matorrales. Le encantaba recorrer lechos de ríos

secos y espiar agazapado la vida de los pájaros de los bosques. Se podía pasar el día entero tendido en el sotobosque observando a las perdices que revoloteaban contoneándose de arriba abajo. Pero lo que más le gustaba era correr, en la suave penumbra de las noches de verano, atento a los mitigados y adormecidos murmullos del bosque, leyendo signos y sonidos igual que un hombre puede leer un libro y buscando aquella cosa misteriosa que lo llamaba y le decía incesantemente, estuviera despierto o dormido, que acudiera.

Una noche se despertó de un brinco, con los ojos inquietos, las aletas de la nariz olfateando temblorosas, y el pelaje encrespado en repetidas olas. Del bosque le llegaba la llamada (o una de sus notas, que la llamada tenía muchas), concreta y definida como nunca hasta entonces: un aullido prolongado, semejante pero distinto al de cualquier perro esquimal. Y le resultó conocido y familiar, como un sonido ya escuchado. Atravesó corriendo el campamento dormido y, con paso ligero y silencioso, se adentró en el bosque. Al irse acercando al lamento disminuyó la marcha, caminando muy cautelosamente hasta que llegó a un claro del bosque y vio allí, sentado sobre las ancas, con el hocico apuntando al cielo, un largo y flaco lobo gris.

Aunque Buck no había hecho ruido alguno, el lobo cesó de aullar e intentó detectar su presencia. Buck avanzó por el claro, medio agazapado, con el cuerpo contraído, el rabo recto y tieso, apoyando las patas en el suelo con extremada precaución. Cada movimiento anunciaba, entremezcladas, una amenaza y una disposición acogedora. Era la tregua amenazadora que marca el encuentro de los animales de presa. Pero el lobo salió huyendo en cuanto lo vio. Buck lo siguió, a grandes saltos, desesperado por darle alcance. Lo persiguió por un camino ciego, en el lecho de un arroyo seco, donde unos troncos caídos cerraban el paso. El lobo se revolvió, girando sobre sus patas traseras como lo hacía Joe y como lo hacen todos los perros esquimales cuando se encuentran acorralados; gruñía y se le erizaba el pelo mientras entrechocaba los dientes en una serie de rápidas y sucesivas dentelladas.

Buck no lo atacó; se dedicó a caminar a su alrededor, cercándolo con requerimientos amistosos. El lobo desconfiaba y estaba asustado, porque

Buck era tres veces más grande que él y su cabeza apenas llegaba al hombro del perro. Así que, en cuanto tuvo ocasión, se escapó y la persecución volvió a reanudarse. Una y otra vez se encontró acorralado y la escena se repitió; pero no estaba en buena forma física, pues de lo contrario Buck no hubiera sido capaz de darle alcance con tanta facilidad. Corría hasta que la cabeza de Buck llegaba a la altura de su flanco y entonces giraba acorralado y se volvía a escapar a la menor oportunidad.

Pero al cabo la constancia de Buck tuvo su recompensa, pues el lobo, al ver que el perro no quería hacerle daño, acercó su hocico al de Buck para olfatearse mutuamente. Luego se hicieron amigos y estuvieron jugueteando de esa forma nerviosa y medio tímida con la que los animales salvajes encubren su ferocidad. Después de un rato el lobo comenzó a caminar a paso ligero y seguro, con el aspecto de quien se dirige a algún lugar determinado. Hizo comprender a Buck que podía acompañarlo y juntos corrieron por la oscura penumbra y cruzaron el lecho del arroyo hasta la garganta de donde surgía y por encima de la línea divisoria de las aguas, de donde procedía.

Al fondo de la colina que había al otro lado de esta vertiente, llegaron a un terreno llano donde había grandes extensiones de bosque y muchos torrentes, y por allí anduvieron corriendo mientras el sol se levantaba y el día se iba calentando. Buck estaba loco de contento. Se daba cuenta de que al fin respondía a la llamada, corriendo a la vera de su hermano del bosque hacia el lugar de donde sin duda procedía la llamada. Los recuerdos de antaño acudían en tropel y lo conmovían como en otros tiempos lo habían conmovido las realidades de los que estos eran una sombra. Ya había hecho aquellas cosas en algún lugar de aquel mundo que vagamente recordaba, y volvía a hacerlas ahora, cuando corría libremente por los espacios abiertos, con la tierra virgen bajo sus patas y el ancho cielo sobre su cabeza.

Se detuvieron a beber al borde de un arroyo y, al pararse, Buck se acordó de John Thornton. Se sentó. El lobo empezó a caminar hacia el lugar de donde sin duda procedía la llamada, luego se volvió hacia él, le olfateó el hocico e hizo unos gestos como para animarle a proseguir. Pero Buck se dio la vuelta e inició lentamente el camino de regreso. Casi durante una hora estuvo su hermano salvaje corriendo a su lado, gañendo bajito. Luego se

sentó, alzó el hocico hacia el cielo y aulló. Era un aullido quejumbroso y Buck siguió oyéndolo, cada vez más lejano, mientras proseguía su camino, hasta que se perdió en la distancia.

John Thornton estaba cenando cuando Buck llegó al campamento y se echó sobre él como un ciclón, ofreciéndole grandes muestras de afecto, tirándolo por el suelo y dándole revolcones; le lamió la cara y le mordió la mano e «hizo el payaso», como decía John Thornton, y este lo acunaba y le decía insultos cariñosos.

Durante dos días y sus dos noches Buck no salió del campamento, ni perdió a John Thornton de vista. Lo seguía por todas partes mientras trabajaba, lo observaba mientras comía, y a su lado estaba cuando se acostaba por la noche y se levantaba por la mañana. Pero al cabo de dos días la llamada del bosque se dejó oír con más fuerza que nunca. Buck se volvió a encontrar desasosegado, y lo perseguían los recuerdos de su hermano salvaje y de la tierra feliz que había más allá de la línea divisoria de las aguas, y de los paseos que juntos dieran por las grandes extensiones de bosques. De nuevo comenzó a vagar por el bosque, pero su hermano salvaje no acudió, y aunque se pasaba las noches en vela, escuchando, no volvió a oír su aullido quejumbroso.

Empezó a dormir fuera y a veces se marchaba del campamento durante varios días; en una ocasión llegó a cruzar la línea divisoria que hay por encima del desfiladero y bajó por la región de los bosques y de los torrentes. Por allí anduvo vagabundeando toda una semana, buscando en vano las huellas recientes de su hermano salvaje, matando a su presa mientras seguía avanzando, y caminando con ese trote largo y fácil que nunca parece acusar cansancio. Pescó salmones en un gran río que iba a desembocar en cualquier punto en el mar y a sus orillas mató a un gran oso negro, al que habían cegado los mosquitos mientras pescaba como Buck, y que salió rugiendo por el bosque, indefenso y furioso. Con todo y con eso, la lucha fue tremenda y despertó los últimos restos latentes de la ferocidad de Buck. Así que, cuando dos días después regresó a donde estaba su presa muerta y se encontró con una docena de carcayús[3] disputándose los despojos, los ahuyentó sin ningún esfuerzo; y los que lograron escapar dejaron detrás a dos que ya no estaban para muchas disputas.

Las ansias de sangre se hicieron más fuertes que nunca. Era un matador, un animal de presa, que se alimentaba de seres vivos, solo, sin otra ayuda que su propia fuerza y su habilidad, que lograba sobrevivir en un ambiente hostil donde solo los fuertes sobrevivían. Por todo ello llegó a sentirse muy orgulloso de sí mismo, orgullo que se contagiaba a su aspecto físico. Se mostraba en todos sus movimientos, era evidente en el juego de cada uno de sus músculos, se expresaba a las claras en su porte y hacía más hermoso si cabe su hermosísimo pelaje. Si no fuera por la mancha parda que tenía sobre el hocico y encima de los ojos y por el mechón de pelo blanco que le cruzaba el pecho, bien se le habría podido tomar por un lobo gigante, más grande que el mayor de toda la manada. De su padre, el San Bernardo, heredaba el peso y el tamaño, pero su madre, la collie, le había dado forma a aquel peso y a aquel tamaño. Su hocico era el largo hocico de un lobo, solo que más grande que el hocico de cualquier lobo, y su cabeza, aunque más ancha, era la cabeza de un lobo ampliada.

Su astucia era la astucia de un lobo, corregida y aumentada; su inteligencia, la de un perro pastor y la de un San Bernardo juntas; y todo esto, unido a una experiencia adquirida en la más cruel de las escuelas, lo había convertido en una criatura tan temible como cualquier otra de las que vagaban por aquellas tierras salvajes. Animal carnívoro que vivía exclusivamente a base de carne, se encontraba en el cenit de su vida y derrochaba fuerza y energías. Cuando Thornton le pasaba la mano por el lomo acariciándolo, se producía un chasquido crepitante al descargar cada pelo una chispa magnética al contacto de la mano. Cada una de las partes de su cuerpo y de su mente, cada célula de sus nervios y cada una de sus fibras estaba afinada con la agudeza más exquisita; y entre todas las partes existía un equilibrio o un ajuste perfecto. A las imágenes, sonidos y acontecimientos que requerían acción, respondía con la velocidad del rayo. Si un perro esquimal se abalanzaba rápidamente para defenderse o para atacar, Buck lo hacía el doble de rápido. Veía el movimiento o percibía el sonido y respondía en menos tiempo que el que cualquier otro perro necesitaba para percatarse de lo que había visto u oído. Él lo percibía, tomaba una decisión y actuaba inmediatamente. En realidad estas tres acciones (percibir, razonar y reaccionar) eran secuenciales, pero los

espacios de tiempo entre ellas eran en Buck tan minúsculos que parecían simultáneas. Sus músculos estaban sobrecargados de vitalidad y entraban en acción de repente, como si fueran resortes de acero. La vida fluía por él como un hermosísimo torrente, gozoso y exuberante, y parecía como querer escaparse de su cuerpo arrebatado de pasión y desparramarse generosamente por el mundo.

—Nunca he visto un perro igual —comentó John Thornton un día, mientras los tres socios miraban a Buck que se alejaba del campamento.

—Después de hacerlo, rompieron el molde —dijo Pete.

—¡Porr Crristo! Lo mismo yo creerr —afirmó Hans.

Lo vieron alejarse del campamento, pero no vieron la inmediata y tremenda transformación que en él se produjo en cuanto llegó a la intimidad del bosque. Ya no caminaba. Al momento se convirtió en una fiera y se movía suavemente, a pasos de felino, como una sombra fugitiva que aparece y desaparece entre las sombras. Sabía aprovechar cada escondrijo, reptar sobre su viente como una serpiente y, como ella, saltar y atacar. Era capaz de cazar una perdiz blanca en su nido, matar un conejo sin despertarlo, y cazar de un mordisco en el aire las ardillitas listadas que se demoraban un segundo antes de refugiarse en los árboles. En los remansos abiertos los peces no eran demasiado rápidos para él ni los castores, que reparaban sus presas, lo suficientemente precavidos. Mataba para comer, no por capricho; pero prefería comer lo que él había matado. Sus acciones obedecían a impulsos tan extraños que a veces se complacía en perseguir a las ardillas y, cuando ya las tenía a su alcance, las dejaba escapar, chillando aterrorizadas hasta la copa de los árboles.

Al llegar el otoño aparecieron, en grandes cantidades, los alces, que se trasladaban lentamente hacia el sur para pasar el invierno en los valles más bajos y menos fríos. Buck ya había derrotado a una cría extraviada; pero le tentaba enfrentarse a un enemigo mayor y más peligroso, y un día se topó con uno en la línea divisoria que hay encima del desfiladero. Una manada de veinte alces llegaba desde la región de los bosques y los torrentes y entre ellos destacaba un macho de gran tamaño. Estaba furioso, y con una altura de más de seis pies era un adversario aún más formidable que lo que Buck podría desear. El alce meneaba su enorme cornamenta palmeada que se ramificaba en catorce puntas y abarcaba siete pies de ancho, desde una punta a la otra. Sus ojillos ardían con una chispa de rencor y bramó furioso al ver a Buck.

De un costado del alce, justo detrás de la ijada, sobresalía la punta de una flecha emplumada, lo que explicaba su furor. Guiado por aquel instinto procedente de los lejanos días en que cazaba en un mundo primitivo, Buck procedió a separar el macho del resto de la manada. La cosa no resultó nada fácil. Tuvo que saltar y ladrar delante del alce, manteniéndose fuera del alcance de su cornamenta y de sus terribles pezuñas afiladas, que le hubieran podido quitar la vida de un solo golpe. Incapaz de rehuir los peligrosos colmillos y escaparse, el alce se sumía en ataques de ira. Entonces cargaba sobre Buck, que se retiraba astutamente, atrayéndolo hacia sí mientras simulaba que no podía escapar. Pero, cuando había conseguido así separarlo de sus compañeros, dos o tres de los machos más jóvenes volvían a cargar sobre Buck y el macho herido podía regresar con la manada.

Existe una paciencia en la naturaleza salvaje (tenaz, incansable, obstinada como la vida misma) que es capaz de mantener inmóvil las horas muertas a la araña en su tela, a la serpiente hecha un anillo, a la pantera en su emboscada; esta paciencia es propia sobre todo de los seres que cazan a otros seres vivos; y era la propia de Buck, que no se despegaba de la manada y retrasaba su marcha, acosando a los machos jóvenes, acongojando a las hembras y a sus crías y haciendo enloquecer de rabia al macho herido. Así siguieron durante medio día. Buck se multiplicaba, atacaba por todas partes, envolvía a la manada con un torbellino de

peligros, aislaba a su víctima en cuanto había logrado regresar con sus compañeros, agotaba la paciencia de las criaturas perseguidas, que es menor que la paciencia de las criaturas que se dedican a perseguir.

Según avanzaba el día y el sol descendía hasta su lecho por el noroeste (la oscuridad había vuelto y las noches de otoño duraban seis horas), los machos jóvenes tenían cada vez menos ganas de retroceder hasta donde su jefe se encontraba en apuros. La proximidad del invierno los apremiaba a trasladarse a zonas más bajas, pero, al parecer, no iban a poderse sacar de encima a aquella criatura que los retrasaba. Además, no era la vida de la manada, ni siquiera la de los machos jóvenes, la que estaba en peligro. Solo se les pedía la vida de uno de sus miembros y esta les interesaba mucho menos que las suyas propias, así que al fin accedieron a pagar este tributo.

Al anochecer el viejo macho estaba en pie, con la testa baja, observando a sus compañeros (las hembras que había conocido, las crías que había engendrado, los machos que había dominado) que se perdían a paso ligero por entre las últimas luces. No podía seguirlos porque ante él brincaba aquel despiadado terror con colmillos que no lo dejaba escapar. Pesaba tres quintales, más de media tonelada[4], había vivido una vida larga e intensa, llena de luchas y peleas, y al final se enfrentaba a la muerte bajo los dientes de una criatura cuya cabeza no sobrepasaba la altura de sus grandes rodillas.

A partir de aquel momento Buck no dejó a su presa ni de día ni de noche, ni le dio un momento de descanso, ni le permitió ramonear las hojas de los árboles ni los brotes de los sauces y de los abedules pequeños. Y tampoco le dio al macho herido la oportunidad de saciar su ardiente sed en los riachuelos que cruzaban. A veces, desesperado, se echaba a correr durante un buen trecho. Entonces Buck lo dejaba correr, pero lo seguía tan tranquilo muy de cerca, satisfecho del modo como se desarrollaba el juego, tumbándose cuando el alce se detenía y atacándolo ferozmente cuando intentaba comer o beber.

Aquella gran cabeza se iba derrumbando bajo su árbol de cuerna y su paso arrastrado se debilitaba poco a poco. Cada vez se quedaba más rato parado, con el hocico en el suelo y las orejas gachas, caídas; y Buck tenía cada vez más tiempo para beber o para descansar. En esas ocasiones, cuando jadeaba con la roja lengua fuera y tenía los ojos fijos en el alce, le

parecía a Buck que se iba a producir un cambio en el aspecto de las cosas. Le parecía percibir en la tierra un estremecimiento. Lo mismo que llegaron los alces, llegaban también otros tipos de vida. El bosque y el agua y el aire parecían palpitar con su presencia. Hasta él llegaba la noticia que no le venía ni por la vista, ni por el oído, ni por el olfato, sino por otro sentido más sutil. No veía nada ni oía nada, pero sabía que la tierra era en cierto modo distinta; y decidió que investigaría el asunto en cuanto hubiera concluido la tarea que traía entre manos.

Por fin, al anochecer del cuarto día, consiguió derribar al gran alce; todo el día y toda una noche se quedó junto a su presa, comiendo y durmiendo sucesivamente. Luego, cuando se encontró descansado, fresco y fuerte, se dio media vuelta rumbo al campamento y a John Thornton. Emprendió un trote largo y cómodo y caminó horas y horas sin desorientarse por aquel laberinto de senderos, avanzando en línea recta hacia el campamento por una región desconocida, con una seguridad en el rumbo que dejaría en ridículo a cualquier hombre con una brújula.

Según se acercaba, percibía con mayor claridad el estremecimiento nuevo de la tierra. Se había difundido una vida que era distinta de la que allí había habido durante el verano y de esto se percataba ya y no de un modo sutil y misterioso. Los pájaros hablaban de ello, las ardillas lo cuchicheaban, hasta la brisa lo murmuraba. Varias veces se detuvo y aspiró el fresco aire matutino a grandes bocanadas, leyendo un mensaje que le hacía avanzar a grandes saltos. Le oprimía la sensación de que iba a suceder una calamidad, o incluso de que ya se había producido; y cuando cruzó el último torrente y bajó por el valle hacia el campamento, avanzó con mucha precaución.

A tres millas del campamento se encontró con huellas frescas que le pusieron los pelos de punta. Se dirigían directamente hacia el campamento y hacia John Thornton. Buck apresuró el paso, corriendo sigilosamente, con todos sus nervios tensos y alertas, atento a los múltiples detalles que le revelaban lo sucedido: todo excepto el desenlace. Su olfato le proporcionaba una variada descripción de la vida en pos de la cual corría él. Advirtió el silencio del bosque preñado de emociones. Los pájaros habían volado. Las ardillas estaban escondidas. Solo pudo ver una: un ejemplar

gris y lustroso que se aplastaba contra una rama seca y gris como si fuera parte de la misma, como una protuberancia leñosa de la madera misma.

Cuando Buck se deslizaba furtivo como una sombra volante, de repente volvió el hocico hacia un lado, como si una fuerza material lo hubiera agarrado y tirado de él. Siguió aquel nuevo olor hasta unos matorrales y encontró a Nig. Estaba echado de costado, y había llegado arrastrándose para morir allí, con una flecha que le atravesaba el cuerpo de parte a parte.

A cien yardas de allí Buck se topó con uno de los perros de tiro que había comprado Thornton en Dawson. El perro se debatía en los últimos estertores de la muerte, en medio de la pista, y Buck pasó ante él sin detenerse. Del campamento le llegaba el débil sonido de muchas voces que se elevaban y se apagaban en un canto monótono. Al salir al claro del bosque se encontró a Hans, tendido boca abajo y emplumado con flechas como si fuera un puerco espín. En aquel mismo momento Buck miró hacia donde había estado la choza de ramas y lo que vio hizo que se le erizaran los pelos de la melena y del lomo. Le invadió una sensación de rabia infinita. No se dio cuenta de que rugía, pero lanzó un rugido terriblemente feroz. Fue la última vez en su vida que permitió que la pasión usurpara el puesto de la astucia y de la razón, y ello porque su gran amor por John Thornton le hizo perder la cabeza.

Los yeehats bailaban alrededor de los restos de la choza de pinos, cuando de repente oyeron un rugido espantoso y vieron que se les venía encima un animal como nunca habían visto otro. Era Buck, huracán vivo de furia, que se abalanzaba sobre ellos en un frenesí de destrucción. Se lanzó sobre el primer hombre que encontró (que era el jefe de los yeehats) y le desgarró la garganta hasta que de la yugular seccionada brotó un chorro de sangre. No se entretuvo mordiendo más a aquella víctima, sino que procedió de otra dentellada a destrozar el cuello de otro indio. No había quien lo frenara. Se revolvía por entre ellos, mordiendo, cortando, destruyendo, en un movimiento continuo y espantoso que desafiaba las flechas que le disparaban. Y realmente se movía tan increíblemente de prisa, y los indios estaban en un grupo tan compacto, que se hirieron unos a otros con sus propias flechas; y uno de los jóvenes cazadores tiró a Buck una lanza que se clavó en el pecho de otro cazador con tal ímpetu, que se lo

atravesó y la punta le salió por la piel de la espalda. Entonces el pánico hizo presa en los yeehats y huyeron espantados al bosque gritando por el camino que había llegado el Espíritu del Mal.

Y en verdad era Buck la encarnación de un demonio que los perseguía furioso y los derribaba como si fueran gamos mientras corrían por entre los árboles. Fue un día aciago para los yeehats. Quedaron desperdigados por toda la región y hasta una semana más tarde no lograron los supervivientes reunirse en un valle más bajo y hacer recuento de las víctimas. En cuanto a Buck, regresó al desolado campamento cuando se cansó de perseguirlos. Allí encontró a Pete muerto entre las mantas en el primer momento de sorpresa. La desesperada lucha que había mantenido Thornton estaba recién escrita en la tierra y Buck fue husmeando todos sus detalles hasta el borde de una profunda charca. A orillas de la misma, con la cabeza y las patas delanteras en el agua, se hallaba Skeet, leal hasta el final. La charca, fangosa y turbia por las improvisadas represas, escondía eficazmente su contenido; pero allí estaba John Thornton, porque Buck le siguió la pista hasta el agua de donde no volvía a salir ninguna huella.

Buck se pasó el día meditando tristemente junto a la charca o vagando inquieto por el campamento. La muerte como una supresión del movimiento, como desaparición de la vida en los seres vivos, la conocía; y sabía también que John Thornton estaba muerto. Esto le producía un gran vacío, como si tuviera hambre; pero era un vacío que no dejaba de doler y que la comida no lograba saciar. A veces, cuando se detenía a contemplar los cadáveres de los yeehats, se olvidaba de su dolor, y entonces se sentía muy orgulloso de sí mismo, con un orgullo mayor que el que hasta entonces jamás había sentido. Había matado al hombre, la presa más noble de las que existían y lo había matado bajo la ley del garrote y el colmillo. Olisqueaba los cadáveres con curiosidad. ¡Habían muerto con tanta facilidad! Era más difícil matar a un perro esquimal que a un hombre. No tenían nada que hacer, si no fuera por las flechas, las lanzas y los garrotes. De ahora en adelante no los volvería a temer, excepto cuando llevaran en la mano flechas, lanzas y garrotes.

Llegó la noche y una luna llena surgió entre los árboles y se elevó en el cielo iluminando la tierra a la que bañaba con una luz fantasmagórica. Y al llegar la noche, Buck, que meditaba tristemente junto a la charca, se percató de que en el bosque se removía una vida nueva, distinta a la que habían

traído los yeehats. Se puso en pie y escuchó y olfateó. De muy lejos llegaba un débil y agudo gañido, al que seguían otros semejantes. Poco a poco los aullidos se hicieron más fuertes y cercanos. Y de nuevo Buck los reconoció como algo que ya había oído en aquel otro mundo que persistía en su memoria. Avanzó hasta el centro del claro y se quedó allí escuchando. Era la llamada, la llamada de muchas notas, que resonaba más sugestiva e imperiosamente que nunca. Y entonces más que nunca estaba dispuesto a obedecer. John Thornton estaba muerto. Se había roto el último lazo. Los hombres y sus exigencias ya no lo tenían sujeto.

A la caza de sus presas, como hacían los yeehats, siguiendo la pista de los alces migratorios, la manada de lobos había llegado al fin desde la región de los bosques y los torrentes e invadido el valle de Buck. Bajaron como una riada de plata hasta el claro donde brillaba la luna; y allí en el medio estaba Buck, inmóvil como una estatua, aguardando su llegada. Se quedaron sobrecogidos, por lo grande y quieto que les pareció, y hubo un momento de silencio hasta que el más atrevido saltó hacia él. Como un rayo, Buck le devolvió el golpe y le rompió el cuello. Luego volvió a quedarse completamente inmóvil, como antes, mientras el lobo herido se retorcía agonizante ante sus ojos. Otros tres volvieron a repetir la prueba en rápida sucesión y uno tras otro tuvieron que retirarse desangrándose por las heridas de cuello y lomo.

Bastó aquello para que toda la manada se adelantase en tropel, apiñados, estorbándose atropelladamente en sus intentos de abatir su presa. La maravillosa rapidez y agilidad de Buck le fueron muy útiles. Giraba sobre sus patas traseras y daba mordiscos y dentelladas sin cesar, multiplicándose, presentando un frente al parecer inquebrantable por lo rápido que giraba y se volvía de un lado a otro. Pero para evitar que lo atacaran por detrás no tuvo más remedio que retroceder hasta más allá de la charca, por el lecho del arroyo, hasta abocar en un gran terraplén de piedras. Fue reculando hasta un ángulo que el terraplén hacía y que los hombres habían ido excavando en sus exploraciones mineras y desde el ángulo les presentó batalla: estaba protegido por tres lados y solo tenía que defender el frente.

Y tan bien lo hizo que al cabo de media hora se retiraban desconcertados. Todos tenían la lengua fuera y jadeaban, y sus colmillos

blancos relucían cruelmente a la luz de la luna. Algunos estaban tendidos en el suelo, con la cabeza erguida y las orejas tensas hacia adelante; otros se mantenían en pie y lo observaban; y otros lamían el agua de la charca.

Uno de los lobos, largo, flaco y gris, se adelantó con cautela, de manera amistosa, y Buck reconoció en él al hermano salvaje con el que había correteado durante todo un día y una noche. Gañía muy bajito y, cuando Buck le contestó con un gañido, juntaron sus hocicos.

Luego un lobo viejo, flaco y lleno de cicatrices, se adelantó. Buck torció el hocico, como si fuera a gruñir, pero acabó por juntar el hocico con el suyo. Después de lo cual el viejo lobo se sentó, levantó el hocico hacia la luna y emitió un largo aullido de lobo. Los demás se sentaron y aullaron. Y entonces Buck oyó la llamada con inconfundibles acentos. También él se sentó y aulló. Al acabar de hacerlo, salió del ángulo y la manada de lobos lo rodeó, olisqueándolo de una manera entre amistosa y salvaje. Los jefes lanzaron el ladrido del grupo y se internaron por el bosque. Los demás lobos los siguieron, ladrando a coro. Y Buck se fue con ellos, corriendo a la vera de su hermano salvaje, y ladrando mientras corría.

Aquí podría concluir la historia de Buck. No habían pasado muchos años cuando los yeehats percibieron un cambio en la raza de los lobos grises; vieron algunos que tenían una mancha parda en la frente y en el morro y un mechón de pelo blanco en medio del pecho. Pero lo más notable es que los yeehats cuentan que hay un Perro Fantasma que corre al frente de la manada. Tienen miedo de este Perro Fantasma, porque es más listo que ellos y entra a robar en sus campamentos en lo más crudo del invierno, se burla de sus trampas, mata a sus perros y desafía a sus más bravos cazadores.

¡Digo! Y aún se cuentan cosas peores. Hay cazadores que nunca regresan al campamento y cazadores ha habido a quienes sus compañeros de tribu han encontrado con la garganta cruelmente destrozada y con huellas de lobo alrededor, que son más grandes que las huellas de cualquier lobo. Cada otoño, cuando los yeehats siguen los movimientos de los alces, hay un valle por el que nunca se adentran. Y hay mujeres que se ponen tristes cuando alrededor del fuego se cuenta el relato de cómo el Espíritu del Mal escogió aquel valle como morada.

Sin embargo, todos los veranos llega hasta aquel valle un visitante que los yeehats no conocen. Es un lobo grande, de magnífico pelaje, semejante y al mismo tiempo distinto de los demás lobos. Cruza en solitario desde la región de los risueños bosques y baja hasta un claro que hay entre los árboles. Allí corre un arroyuelo amarillo que surge de entre unos podridos talegos de piel de alce y desaparece en la tierra; por el agua crecen las altas hierbas y los líquenes lo cubren todo y esconden su color amarillo del sol; allí se queda rondando un buen rato y antes de marcharse emite un solo aullido, prolongado y lastimero.

Pero no va siempre solo. Cuando llegan las largas noches de invierno y los lobos buscan su presa por los valles más bajos, se le puede ver corriendo al frente de la manada a la pálida luz de la luna o bajo el leve resplandor de la aurora boreal, saltando como un gigante por delante de sus compañeros, y su garganta ruge clamorosa mientras entona un canto de un mundo más joven, que es el canto de la manada.

Finis

Finis[1]

Aquel era el último trozo de tocino que le quedaba a Morganson. Jamás en su vida había mimado a su estómago. En realidad, su estómago había sido una especie de cantidad insignificante que le molestaba poco y sobre la que aún pensaba menos. Pero ahora, tras una larga ausencia de los placeres acostumbrados, el intenso apetito de su estómago se vio acuciado por el penetrante y salado tocino.

Su rostro tenía una expresión ansiosa, hambrienta. Tenía las mejillas hundidas y la piel parecía algo tensa sobre los pómulos. Sus ojos azul claro parecían turbados. En ellos se leía la inminente amenaza de un terrible acontecimiento. Y además reflejaban la duda, la ansiedad, el presentimiento. Sus labios delgados lo eran más de lo habitual y tendían anhelantes hacia la bruñida sartén.

Se sentó y sacó una pipa. La escrutó detenidamente y le dio unos golpecitos contra la palma de la mano; estaba vacía. Volvió del revés la petaca de piel de foca y recogió el polvillo del forro, eligiendo cuidadosamente cada brizna y cada pizca de tabaco que lograba conseguir. El resultado era apenas suficiente para rellenar un dedal. Rebuscó por los bolsillos y sacó, entre el dedo índice y el pulgar, algunos restos de desperdicios; entre ellos había algunas briznas de tabaco. Las separó con microscópico cuidado, aunque de vez en cuando consintió dejar pasar a la palma de su mano pequeñas partículas de extrañas materias junto con el tabaco. Incluso añadió deliberadamente algunas pelusillas de lana semiendurecida procedentes del forro de su gabán y que llevaban muchos meses en el fondo de los bolsillos.

Al cabo de quince minutos tenía la pipa casi llena. La encendió con la lumbre de la hoguera y se sentó sobre las mantas inclinado hacia adelante, tostándose los mocasines y fumando con parsimonia. Cuando hubo terminado de fumar, siguió sentado, meditando ante la mortecina luz de la hoguera. Poco a poco se fue borrando la preocupación de sus ojos, dejando paso a la determinación. Tras tanta aventura caótica había recorrido un buen camino; pero no era un camino agradable. Su rostro adquirió un aire adusto y alobunado y sus labios se apretaron con fuerza.

La determinación dio paso a la acción. Se puso en pie con rigidez y procedió a levantar el campamento. Amontonó sobre el trineo las mantas enrolladas, la sartén, el rifle y el hacha y amarró bien toda la carga. Luego se calentó las manos ante la lumbre y se puso las manoplas. Tenía los pies doloridos y cojeaba visiblemente cuando se colocó al frente del trineo. Al pasarse el lazo de la soga alrededor del hombro y echar el peso de su cuerpo hacia adelante para poner en marcha el trineo, hizo una mueca de dolor. Tenía la carne desollada por la rozadura de tantos días tirando de la cuerda.

La pista seguía el lecho helado del Yukón. Al cabo de cuatro horas dobló una curva y penetró en el poblado de Minto, situado en lo alto de un terraplén en medio de un claro; el poblado consistía en una posada, un bar y varias cabañas. Dejó el trineo a la puerta y entró en el bar.

—¿Es suficiente para un trago? —preguntó, dejando sobre el mostrador un talego de oro en apariencia vacío.

El tabernero miró fijamente el talego y al hombre, y luego sacó una botella y un vaso y dijo:

—No se preocupe por el pago.

—Vamos, coja el polvo de oro —insistió Morganson.

El tabernero volcó el talego sobre la balanza y lo sacudió, y cayeron algunas motas de polvo de oro. Morganson cogió el talego, lo volvió con lo de adentro para fuera y sacudió el polvo con sumo cuidado.

—Creí que habría medio dólar dentro —dijo.

—No tanto —contestó el otro—, aunque casi. Ya lo compensaré con el próximo cliente.

Morganson inclinó la botella y llenó el vaso hasta el borde. Consumió la bebida lentamente, saboreando el fuego que le picaba en la lengua, bajaba

ardiente por la garganta y penetraba en el estómago con tibias y suaves caricias.

—El escorbuto ¿eh? —le comentó el tabernero.

—Un poco —respondió el hombre—. Pero todavía no me he empezado a hinchar. A lo mejor me puedo llegar hasta Dyea y allí con verduras frescas logre vencerlo.

—Pues vaya un panorama —rio el otro compadeciéndose de su situación—. Ni perros ni dinero, y encima el escorbuto. Yo en su lugar probaría con infusiones de picea[2].

Al cabo de media hora, Morganson dijo adiós y salió del bar. Se echó la cuerda del trineo sobre el hombro en carne viva y siguió el curso del río hacia el sur. Una hora más tarde se detuvo. Del río salía hacia la derecha y en ángulo agudo una hondonada, cuyo aspecto le interesó. Dejó el trineo y recorrió la hondonada cojeando durante media milla. Entre él y el río se extendía una llanura de trescientas yardas cubierta de álamos. La atravesó y llegó a la orilla del Yukón. La pista pasaba justo por debajo, pero no descendió hasta ella.

Hacia el sur, en dirección a Selkirk, podía ver que la pista se ensanchaba por entre la nieve a lo largo de una milla. Pero hacia el norte, en dirección a Minto, había un saliente boscoso a orillas del río, a un cuarto de milla de distancia, que le tapaba la pista.

Lo que vio pareció complacerle y regresó por donde había venido hasta el trineo. Se echó al hombro la cuerda y remolcó el trineo por la hondonada. La nieve blanda y sin pisar dificultaba el avance. Los patines se atascaban y se quedaban bloqueados y no había avanzado ni media milla cuando ya iba sin resuello. Para cuando hubo plantado la tienda, dispuesto el hornillo y cortado algo de leña, ya era de noche. No tenía velas, así que se limitó a preparar un pucherito de té antes de meterse entre las mantas.

Por la mañana, en cuanto se levantó, se puso las manoplas, se bajó las orejeras de la gorra y cruzó la alameda en dirección al Yukón. Llevaba consigo el rifle. Tampoco esta vez descendió hasta la orilla. Estuvo observando la pista vacía durante una hora, dando palmadas y golpeando el suelo con los pies para mantener activa la circulación, y luego regresó a la tienda para desayunar. Quedaba poco té en la lata, como mucho para media

docena de veces, pero puso en la tetera una cantidad mínima, abrigando la esperanza de que aquel té le durase indefinidamente. Todas sus provisiones consistían en medio saco de harina y una latita medio vacía de levadura en polvo. Hizo unas galletas y las comió lentamente, masticando cada bocado con infinito deleite. Cuando hubo comido tres se detuvo. Se quedó un rato dudando, luego fue a coger otra galleta y vaciló. Se volvió hacia el saco de harina, lo cogió y sopesó su contenido.

—Tengo para un par de semanas —dijo en voz alta—. Puede que para tres —añadió mientras guardaba las galletas.

Volvió a ponerse las manoplas, se bajó las orejeras, cogió el rifle y salió del campamento en dirección a la orilla del río. Se agazapó en la nieve y permaneció a la expectativa, oculto. Luego de unos minutos de inactividad, el frío helador le empezó a morder, y apoyó el rifle sobre las rodillas mientras batía palmas con vigor. Después la comezón del frío en los pies se le hizo insufrible y se apartó de la orilla y caminó por entre los árboles de un lado para otro dando fuertes pisotones. Pero de vez en cuando se interrumpía y volvía hasta la orilla a observar la pista de arriba abajo, como si a fuerza de desearlo fuera capaz de provocar la aparición de un hombre sobre la misma. Así transcurrió aquella corta mañana, que a él se le antojó que duraba un siglo, y la pista seguía vacía.

Por la tarde la vigilancia desde la orilla le resultó más cómoda. Subió la temperatura y enseguida comenzó a caer la nieve, seca y fina y cristalina. No había viento y caía en vertical, con tranquila monotonía. Se agazapó con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en las rodillas, vigilando la pista de oído. Pero ni el gañido de perros, ni el golpear de trineos, ni los gritos de los conductores rompieron el silencio. Al anochecer regresó a la tienda, cortó algo de leña, comió dos galletas y se metió entre las mantas. Tuvo un sueño inquieto, agitado, quejándose; y a medianoche se levantó y comió otra galleta.

Día a día el frío se hacía más intenso. Cuatro galletas no bastaban para mantener el calor de su cuerpo, a pesar de las cantidades de infusión de picea caliente que bebía, así que aumentó la ración de la mañana y de la noche a tres galletas. A mediodía no comía nada y se contentaba con varias tazas de auténtico té muy flojito. Este programa se convirtió en rutina. Por

la mañana tres galletas, a mediodía té de verdad, por la noche tres galletas. Entremedias, infusión de picea para combatir el escorbuto. Se dio cuenta de que estaba haciendo las galletas más grandes y, tras una dura lucha con su conciencia, volvió a prepararlas del tamaño original.

El quinto día la pista cobró vida. Por el sur apareció un objeto oscuro que se fue haciendo más grande. Morganson se puso alerta. Accionó el rifle, sacó un cartucho cargado de la recámara y lo sustituyó por otro, dejando al mismo tiempo el cartucho retirado en el depósito del rifle. Colocó el gatillo en posición de medio amartillado y se puso la manopla para mantener caliente la mano que iba a disparar. Al acercarse el objeto oscuro se dio cuenta de que era un hombre, sin perros ni trineo, que viajaba ligero de equipaje. Morganson se puso nervioso, amartilló el gatillo y luego volvió a echar el seguro. El hombre resultó ser un indio y Morganson dejó caer el rifle sobre sus rodillas con un suspiro de decepción. El indio pasó por delante de él y prosiguió hacia Minto desapareciendo detrás del saliente boscoso.

Pero a Morganson se le ocurrió una idea. Cambió de lugar de observación y se situó en un punto donde las ramas de los álamos se extendían a ambos lados de él. Con el hacha hizo en las ramas dos anchas hendiduras. En una de ellas apoyó el cañón del rifle y observó la pista por el punto de mira. Por aquella dirección podía divisar todo el cauce del río. Luego se dio la vuelta, colocó el rifle en la otra hendidura y volvió a observar por el punto de mira hasta el grupo de árboles tras los cuales desaparecía.

Nunca llegó a descender a la pista. Ningún hombre que se desplazara por el lecho del río podría percatarse de que él acechaba desde lo alto de la orilla. La superficie nevada estaba impoluta. Por ninguna parte sus huellas se apartaban de la pista principal.

A medida que las noches se iban alargando, sus períodos de vigilancia a la luz del día se fueron acortando. En una ocasión pasó un trineo cascabeleando en la oscuridad y él lo oyó pasar, resentido y malhumorado, mientras masticaba las galletas. La suerte conspiraba contra él. Llevaba diez días escrutando atentamente la pista, padeciendo en el frío todo el tormento infinito de los condenados, y no había sucedido nada. Solo había pasado un

indio, ligero de equipaje. Y ahora que ya era de noche y a él le resultaba imposible mantener la vigilancia, pasaban por allí hombres y perros y un trineo cargado de vida, rumbo al sur y al mar, y al sol y la civilización.

Así se imaginaba él aquel trineo que aguardaba. Iría cargado de vida, su vida. Su vida que se marchitaba, languidecía, se agotaba en la tienda, en medio de la nieve. Estaba débil por falta de alimentos y no podía viajar por sus propios medios. Pero en el trineo que aguardaba había perros que podrían arrastrarle, comida que avivaría la llama de su vida, dinero que pondría a su alcance el mar y el sol y la civilización. Mar, sol y civilización se convirtieron en términos equivalentes a vida, su vida, y constituían la carga del trineo que aguardaba. La idea se convirtió en una obsesión y llegó a creerse el auténtico propietario de aquel cargamento de vida que le había sido arrebatado.

Se le iba acabando la harina y tuvo que limitarse de nuevo a dos galletas por la mañana y dos por la noche. A causa de su debilidad sentía el frío más acuciantemente y día tras día observaba la pista muerta que no le traía vida alguna. Al fin el escorbuto se manifestó en su fase siguiente. Su piel ya no podía expulsar las impurezas de la sangre, de modo que su cuerpo empezó a hincharse. Se le inflamaron los tobillos y le dolían tanto que se pasaba muchas horas de la noche sin poder dormir. Luego se le hincharon las rodillas y este nuevo padecimiento dobló con creces sus dolores.

Después llegó una ola de frío. La temperatura descendía sin cesar: cuarenta, cincuenta, sesenta grados bajo cero. No tenía termómetro pero lo podía adivinar por las señales y fenómenos naturales que conocen todos los hombres de aquel país: el estallido del agua al caer en la nieve, la insufrible mordedura del frío y la rapidez con que se le helaba el aliento y cubría las paredes y el techo de lona de la tienda. En vano intentó combatir el frío y mantener la vigilancia junto a la orilla. Su estado de suma debilidad le convertía en presa fácil y el hielo hundía en él sus dientes antes de que pudiera retirarse a la tienda y agazaparse ante el fuego. La nariz y las mejillas se le helaron y se le ennegrecieron y el pulgar izquierdo se le congeló dentro de la manopla. Llegó a la conclusión de que no se libraría de la pérdida, al menos, de la primera falange.

Y así estaba, recluido en la tienda por la helada, cuando de repente la pista, con monstruosa ironía, rebulló de vida. El primer día pasaron tres trineos y el segundo dos. En dos ocasiones, durante aquellos dos días, logró alcanzar con muchas dificultades las orillas pero, incapaz de aguantar el frío, tuvo que retirarse; y en las dos ocasiones, a la media hora de haberse retirado, pasó un trineo.

La ola de frío remitió y otra vez pudo permanecer junto a la orilla, pero de nuevo la pista estaba muerta. Se pasó una semana vigilando agazapado, sin que la vida se moviera por el cauce, ni por él entrara o saliera un alma. Había reducido su dieta a una galleta por la mañana y otra por la noche, aunque al parecer aquello no le molestaba. A veces se sorprendía de seguir con vida. Nunca hubiera creído que se pudiera aguantar tanto.

Cuando por la pista volvió a revolotear la vida resultó ser una vida a la que no podía enfrentarse. Pasó un destacamento de la policía del noroeste, unos veinte hombres con muchos trineos y perros; se encogió de miedo allá arriba en la orilla y ellos prosiguieron ignorantes de la amenaza mortal que los acechaba en forma de un hombre agonizante junto a la pista.

El dedo congelado le molestaba enormemente. Mientras montaba guardia junto a la orilla adquirió la costumbre de sacarse la manopla y meterse la mano por dentro de la camisa para que el dedo se aliviara al calor de su axila. Por la pista apareció un correo y Morganson lo dejó pasar. Un correo era persona de importancia y a buen seguro lo echarían en falta inmediatamente.

Al día siguiente de acabársele la harina, nevó. El ambiente se templaba siempre que nevaba y estuvo de guardia en la orilla del río durante las ocho horas del día, sin moverse, con una paciencia y un hambre infinitas, como si se tratara de una araña monstruosa al acecho de su presa. Pero la presa no apareció y hubo de regresar, renqueante y a oscuras, a la tienda; bebió grandes cantidades de infusión de picea y agua caliente y se acostó.

A la mañana siguiente sucedió un hecho que le facilitó algo más las cosas. Según salía de la tienda vio un alce enorme que cruzaba la hondonada a unas cuatrocientas yardas de distancia. Morganson sintió una oleada de sangre en su interior y luego una inexplicable debilidad. Le entraron náuseas y tuvo que sentarse un momento para recuperarse. Luego

cogió el rifle y apuntó con cuidado. El primer disparo dio en el blanco: lo sabía; pero el alce dio media vuelta y enfiló hacia los árboles del terraplén que estaba junto a la hondonada. Morganson disparó alocadamente por entre los árboles y los matorrales al animal fugitivo, hasta que se dio cuenta de que estaba agotando la munición que necesitaba para hacerse con el trineo cargado de vida que esperaba.

Dejó de disparar y prestó atención. Observó la dirección que había tomado el animal en su huida y, en lo alto del terraplén, en un claro del bosque, vio el tronco de un pino caído. Mentalmente recorrió el camino que habría de seguir el alce y vio que tenía que pasar por encima del tronco. Así que decidió efectuar un solo disparo más. Apuntó al espacio vacío que había encima del tronco y logró mantener inmóvil su tembloroso rifle. El animal entró dentro de su campo de mira saltando con las patas delanteras levantadas. Apretó el gatillo. Con la explosión el alce pareció ejecutar una pirueta en el aire. Cayó estrepitosamente al suelo levantando una polvareda de nieve a su alrededor. Morganson se lanzó por el terraplén arriba, o al menos intentó hacerlo. Cuando volvió en sí se dio cuenta de que se había desmayado e intentaba ponerse en pie. Siguió subiendo por la ladera, pero más despacio, deteniéndose de vez en cuando para tomar aliento y recuperar sus agotadas fuerzas. Al cabo se arrastró por encima del tronco. El alce yacía ante él. Se cayó sentado sobre la res muerta y se echó a reír. Escondió el rostro entre sus manos enguantadas y siguió riendo.

Logró vencer el ataque de histeria. Sacó el cuchillo de caza y se puso a trabajar con toda la velocidad que le permitían sus debilitadas fuerzas y su dedo lesionado. No se detuvo a despellejar el alce, sino que lo descuartizó con piel y todo. Aquello era un tesoro de carne.

Cuando hubo acabado eligió un trozo de carne que pesaría unas cien libras y empezó a arrastrarla hasta la tienda. Pero la nieve estaba blanda y el esfuerzo le resultaba excesivo. Cambió el pedazo por otro de veinte libras y, tras muchas pausas para descansar, logró llevarlo hasta la tienda. Frio un poco de carne pero comió frugalmente. Luego, de manera automática, regresó a su puesto de observación en la orilla del río. Había huellas de trineo sobre la nieve recién caída de la pista. El trineo cargado de vida había pasado de largo mientras él se hallaba descuartizando el alce.

Pero no le importó. Se alegraba de que el trineo no hubiera pasado antes de la aparición del alce. El alce había cambiado sus planes. Su carne se pagaba a cincuenta centavos la libra y él se encontraba a poco más de tres millas de distancia de Minto. Ya no tenía que esperar al trineo cargado de vida. El alce era su cargamento de vida. Vendería la carne. Compraría en Minto un par de perros, algo de comida y tabaco, y los perros lo arrastrarían hacia el sur rumbo al mar, al sol y a la civilización.

Tenía hambre. El dolor sordo y monótono del hambre se convirtió en una punzada aguda e insistente. Regresó cojeando hasta la tienda y se frio un trozo de carne. Luego se fumó dos pipas de hojas de té secas. Después se frio otro trozo de carne. Se dio cuenta de que inesperadamente había recuperado sus fuerzas y salió a cortar leña para el fuego. A continuación se comió otro trozo de carne. Aguzado por la ingestión de alimento, su apetito se desató. Sentía la imperiosa necesidad de freírse a cada rato un trozo de carne. Intentó cortar más pequeñas las tajadas, con el resultado de tenerlas que freír más a menudo. Posteriormente se le ocurrió que los animales salvajes se le podían comer la carne y subió por el terraplén con el hacha, la cuerda de remolcar el trineo y unas ataduras del mismo. Tan débil estaba que la tarea de preparar un escondite para guardar la carne le llevó toda la tarde. Cortó unos arbolillos, les podó las ramas y los ató formando una especie de horca elevada. No era un escondite tan bueno como a él le hubiera gustado, pero era lo más eficaz dados sus medios. Le costó muchísimo trabajo subir la carne allá arriba. Las piezas más grandes se le resistían, hasta que consiguió pasar la cuerda por encima de una rama que había en la parte superior y luego elevar la carne atada a un extremo mientras tiraba con todas sus fuerzas del otro.

Cuando volvió a la tienda se entregó a una prolongada y solitaria orgía. No necesitaba amigos. Le bastaba con la compañía de su estómago. Pedazo a pedazo, fue mucha la carne que frio y comió. Comió libras de carne. Se hizo té auténtico, y además fuerte. Acabó con el que le quedaba. ¡Qué más daba! Al día siguiente compraría más en Minto. Cuando le pareció que ya no podía seguir comiendo se puso a fumar. Se fumó todas las hojas de té secas que le quedaban. Bueno ¿y qué? Al día siguiente estaría fumando tabaco. Vació la pipa, se frio un último pedazo de carne y se acostó… Había

comido tanto que le parecía que iba a reventar, a pesar de lo cual aún salió de entre las mantas para comer otro bocado.

Por la mañana se despertó como del sueño de la muerte. Notaba en los oídos ruidos extraños. No sabía dónde estaba y se quedó mirando a su alrededor estúpidamente hasta que su vista recayó sobre la sartén que contenía el último trozo de carne a medio comer. Luego lo recordó todo y de golpe prestó atención a los ruidos extraños. Se levantó de un salto a la par que soltaba un juramento. Le fallaron las piernas, debilitadas por el escorbuto, e hizo una mueca de dolor. Así que, más lentamente, procedió a ponerse los mocasines y salió de la tienda.

Del escondrijo provenía un confuso ruido de chasquidos y gruñidos a los que de vez en cuando se mezclaban agudos gañidos. Aceleró el paso, aun a costa de aumentar su dolor, mientras daba fuertes voces amenazadoras. Vio que los lobos, muchos lobos, se alejaban por la nieve y entre la maleza, y vio la horca derribada. Los animales se habían dado un buen atracón de carne y al parecer no les importaba largarse dejando atrás los restos.

La razón del desastre le resultaba evidente. Los lobos habían olfateado el escondrijo. Uno de ellos había saltado desde el tronco del árbol caído hasta lo alto de la horca. Podía ver las huellas de las patas del animal sobre la nieve que cubría el tronco. Nunca hubiera creído que un lobo era capaz de dar semejante salto. Al primero había sucedido un segundo, y a este un tercero, y un cuarto, hasta que la endeble horca se había venido abajo con el peso y las sacudidas.

Por un momento su mirada se tornó dura y salvaje al contemplar la magnitud de la catástrofe; luego recuperó su acostumbrado aspecto de resignación, mientras comenzaba a recoger los huesos completamente roídos y pelados. Bien sabía él que aún contenían el tuétano; y además, de trecho en trecho, al revolver por la nieve, aparecían pedacitos de carne que habían escapado a las fauces de las fieras, cegadas por la abundancia de comida.

Se pasó el resto del día arrastrando los restos del alce por el terraplén abajo. Tenía además unas diez libras de carne de la que se había llevado el día anterior.

«Con esto tengo para varias semanas», se dijo mientras contemplaba el montón.

Había aprendido a pasar hambre y sobrevivir. Limpió el rifle y contó los cartuchos que le quedaban. Eran siete. Cargó el arma y subió renqueando hasta su puesto de observación en la orilla del río. Estuvo todo el día vigilando la pista muerta. Toda la semana se la pasó de guardia, pero no apareció vida alguna por allí.

Gracias a la carne se sentía más fuerte, pero el escorbuto se había agudizado y le producía grandes dolores. Ahora vivía a base de sopa y bebía enormes cantidades de aquel magro producto, resultado de hervir los huesos del alce. La sopa era cada vez más insustancial a fuerza de hervir y machacar repetidamente los mismos huesos; pero el agua caliente con la sustancia de la carne le sentaba bien y tenía más energías que antes de haber matado el alce.

A la semana siguiente un nuevo factor intervino en la vida de Morganson. Deseaba saber la fecha y esto se convirtió en una obsesión. Hizo cálculos y más cálculos, pero rara vez llegaba sucesivamente a la misma conclusión. Era su primera preocupación al despertarse, y la última al acostarse; y todo el día, mientras aguardaba junto a la pista, se lo pasaba pensando en lo mismo. Se despertaba por la noche y se tiraba horas dándole vueltas al problema. El saber la fecha en que vivía era un dato de poco valor para él; pero su curiosidad creció pareja a su hambre y a su deseo de vivir. Por último acabó por dominarlo, así que decidió ir hasta Minto para enterarse del día en que vivía.

Había oscurecido cuando llegó a Minto, pero le venía bien. Nadie le vio llegar. Además sabía que de vuelta tendría luz de la luna. Subió la cuesta y empujó la puerta del bar. La luz lo deslumbró. Procedía de unas cuantas velas, pero él llevaba mucho tiempo viviendo en una tienda a oscuras. Mientras sus ojos se adaptaban a la luz vio a tres hombres sentados alrededor de la estufa. Eran viajeros, no le cabía la menor duda; y como no los había visto llegar por la pista, seguro que pasarían por delante de su tienda a la mañana siguiente.

El tabernero emitió un prolongado silbido de asombro y dijo:

—Creía que se había muerto usted.

—¿Por qué? —preguntó Morganson con voz desfallecida.

Había perdido la costumbre de hablar y le sonaba extraña su propia voz. Le resultaba ronca y desconocida.

—No se la ha visto el pelo desde hace dos meses —le explicó el tabernero—. Salió usted de aquí rumbo al sur pero nunca llegó a Selkirk. ¿Dónde ha estado metido?

—Cortando madera para la compañía de barcos de vapor —mintió Morganson sin convicción.

Todavía le costaba trabajo acostumbrarse al sonido de su propia voz. Cruzó el local renqueando y fue a apoyarse en la barra. Sabía que debía mentir con firmeza; y aunque adoptó un aire de descuidada indiferencia, el corazón le latía y le brincaba alocada e irregularmente, y no podía apartar su mirada hambrienta de los tres hombres agrupados alrededor de la estufa. Eran los dueños de la vida, su vida.

—¿Pero dónde diablos ha estado usted metido todo este tiempo? —le preguntó el tabernero.

—En la otra orilla del río —le contestó—. Tengo un buen montón de madera cortada.

El tabernero asintió con la cabeza. Su rostro reflejaba comprensión.

—He oído hachazos varias veces —le dijo—. ¿Así que era usted, eh? ¿Quiere tomar un trago?

Morganson se agarró a la barra con todas sus fuerzas. ¡Un trago! De buena gana le abrazaría a aquel hombre las piernas y le besaría los pies. Intentó en vano musitar alguna palabra; pero el tabernero no aguardó la contestación y ya venía con la botella.

—¿Y cómo se las arregló para comer? —le preguntó—. No tiene usted aspecto de ser capaz de cortar ni unas astillas. Parece que está usted muy malo, amigo.

A Morganson se le hacía la boca agua al ver la botella y tragó saliva.

—Corté la madera antes de que se agravara el escorbuto —dijo—. Y además al principio cacé un alce. No lo he pasado mal, solo que el escorbuto me ha hundido.

Llenó el vaso y añadió:

—Pero yo creo que a fuerza de infusión de picea lograré vencerlo.

—Tómese otro —dijo el tabernero.

El efecto de los dos vasos de *whisky* en el estómago vacío y el estado de debilidad de Morganson fue fulminante. Cuando volvió en sí estaba sentado en un cajón junto a la estufa y le parecía que hubieran pasado años. Un hombre alto y corpulento, de negras patillas, pagaba las bebidas. Los ojos empañados de Morganson le vieron sacar un billete verde de un grueso fajo y su mirada turbia se aclaró de inmediato. Eran billetes de cien dólares. ¡Aquello era la vida! ¡Su vida! Sintió un deseo casi irresistible de arrebatarle el dinero y huir alocadamente en la oscuridad.

El hombre de las patillas negras y uno de sus compañeros se levantaron.

—Vamos, Oleson —le dijo el primero al tercero del grupo, un gigante rubio y coloradote.

Oleson se levantó, bostezando y desperezándose.

—¿Por qué se van a la cama tan pronto? —se quejó el tabernero—. Aún es temprano.

—Mañana tenemos que estar en Selkirk —dijo el de las patillas negras.

—¡Pero si es Navidad! —le gritó el tabernero.

—Cuanto mejor sea el día, mejores serán los hechos —dijo riendo el otro.

Mientras los tres hombres salían por la puerta, Morganson se percató de que debía de ser Nochebuena. Conque era Nochebuena. Para eso había venido a Minto. Pero su interés se vio eclipsado por la aparición de los tres hombres y su grueso fajo de billetes de cien dólares.

Se oyó un portazo.

—Ese es Jack Thompson —dijo el tabernero—. Hizo dos millones en minerales y sulfuro, y más que están al caer. Me voy a la cama. Pero antes tómese otro trago.

Morganson vaciló.

—Es un regalo de Navidad —le apremió el otro—. No se preocupe. Ya me lo pagará cuando venda la madera.

Morganson dominó su borrachera lo suficiente como para tragarse el *whisky*, dijo buenas noches y salió a la pista. La luna resplandecía y caminó renqueando por la brillante y plateada quietud, contemplando una visión de la vida representada por un fajo de billetes de cien dólares.

Se despertó. Era de noche y él estaba entre las mantas. Se había acostado con mocasines y guantes, con las orejas tapadas por las orejeras de la gorra. Se levantó con toda la velocidad que le permitía su precario estado de salud, e hizo una hoguera para hervir agua. Mientras ponía dos ramitas de picea en la tetera percibió el primer resplandor de la pálida luz de la mañana. Cogió el rifle y salió renqueando a toda prisa hacia la orilla del río. Allí estaba agazapado y vigilante, y entonces se acordó de que se le había olvidado beber la infusión de picea. También se le ocurrió que a lo mejor John Thompson cambiaba de idea y desistía de viajar el día de Navidad.

Amaneció y se hizo de día. Era un día frío y transparente. Morganson calculó que estarían a sesenta grados bajo cero. Ni un soplo turbaba la helada quietud del Artico. De repente se enderezó y la tensión de sus músculos acentuó el dolor que le producía el escorbuto. Había oído el sonido lejano de una voz humana y el tenue gañido de los perros. Comenzó a golpearse las manos una y otra vez contra las caderas. No era ninguna tontería tener que disparar con la mano desnuda a sesenta grados bajo cero y tenía que intentar, en una carrera contra reloj, entrar en calor en la medida de lo posible.

De repente aparecieron por detrás del saliente boscoso. Al frente venía el tercer hombre que no sabía cómo se llamaba. Luego venían los ocho perros tirando del trineo. Delante del trineo y guiándolo con la palanca de mando, caminaba John Thompson. De la retaguardia se ocupaba Oleson, el sueco. No cabía duda de que era un apuesto mozo, pensó Morganson, mientras lo observaba enfundado en su parka[3] de piel de ardilla. Las siluetas de los hombres y los perros se recortaban crudamente sobre la blancura del paisaje. Producían el efecto de ser figuras de cartón en dos dimensiones que funcionaban mecánicamente.

Morganson apoyó el rifle amartillado en la hendidura del árbol. De repente se dio cuenta de que tenía los dedos fríos y se percató de que se había quitado la manopla aunque no recordaba haberlo hecho. Se la volvió a poner apresuradamente. Hombres y perros se acercaban y podía distinguir claramente sus alientos elevándose por el aire frío. Cuando el primer hombre se encontraba a cincuenta yardas de distancia, Morganson se sacó la

manopla de la mano derecha. Colocó el índice en el gatillo y apuntó. Cuando disparó, el primer hombre dio media vuelta y cayó sobre la pista.

En aquel instante de sorpresa, Morganson disparó a John Thompson, pero apuntó muy bajo y el hombre se tambaleó y se sentó de repente en el trineo. Morganson volvió a apuntar y disparó. John Thompson cayó hacia atrás derribado sobre la carga del trineo.

Morganson prestó atención a Oleson. Mientras se percataba de que el hombre salía corriendo hacia Minto vio también que los perros, al llegar junto al cuerpo del primer hombre que bloqueaba la pista, se habían detenido. Morganson disparó sobre el fugitivo y erró el tiro, y Oleson se desvió bruscamente. Continuó corriendo en zigzag y Morganson hizo otros dos disparos rápidos y sucesivos y erró el blanco las dos veces. Morganson se detuvo justo cuando se disponía a volver a apretar el gatillo. Había efectuado seis disparos. No le quedaba más que un cartucho que estaba en la recámara. Era absolutamente esencial no errar el último tiro…

Contuvo el disparo mientras observaba desesperadamente la huida de Oleson. El gigante corría a toda velocidad por la pista, haciendo giros y curvas grotescos con los bajos de la parka agitándose tras él. Morganson dirigió el rifle hacia el hombre y con un movimiento oscilante fue siguiendo su errática huida. A Morganson se le estaba quedando el dedo entumecido por el frío. Apenas podía sentir el gatillo. «¡Qué Dios me ayude!», murmuró en voz alta mientras apretaba el gatillo. El fugitivo cayó de bruces, rebotó sobre la pista helada y fue resbalando y rodando un buen trecho. Agitó un momento los brazos y luego se quedó inmóvil.

Morganson tiró el rifle (que ya no le servía, puesto que había gastado su último cartucho) y se deslizó cuesta abajo por la nieve blanda. Ahora que tenía su presa ya no le era necesario seguir ocultando su guarida. Avanzó cojeando por la pista hacia el trineo, y los dedos, dentro de las manoplas, ejecutaban involuntariamente movimientos de agarrar y coger algo. El gruñido de los perros lo detuvo. El que iba en cabeza de la reata, un perro grande, mitad Terranova y mitad de la Bahía de Hudson, se hallaba sobre el cuerpo del hombre atravesado en la pista y amenazaba a Morganson, con el pelo erizado, mostrándole los colmillos. Los otros siete perros del trineo habían adoptado una actitud semejante. Morganson intentó acercárseles, y

la reata se abalanzó sobre él. Volvió a detenerse y comenzó a hablar a los animales, ora en tono amenazador, ora con marrullerías. Observó la cara del hombre tendido bajo las patas del perro y se sorprendió al ver lo pronto que se había puesto blanca, al desaparecer de aquel rostro la vida y caer bajo los efectos de la congelación. John Thompson yacía boca arriba sobre la carga del trineo, con la cabeza hundida entre dos sacos y la barbilla levantada, de modo que Morganson solo acertaba a vislumbrar su negra barba apuntando hacia el cielo.

Convencido de la imposibilidad de enfrentarse a los perros, Morganson se salió de la pista y se metió por la nieve espesa para intentar, dando un amplio rodeo, llegar a la parte trasera del trineo. Bajo la iniciativa del perro-guía, toda la reata giró enredada en el arnés. A causa de su precaria condición, Morganson solo acertaba a moverse lentamente. Vio que los animales lo cercaban y trató de retroceder. Estaba a punto de conseguirlo pero el gran perro-guía, de una arremetida bestial, le clavó los dientes en la pantorrilla. Le desgarró la carne, pero Morganson consiguió liberarse de sus fauces.

Maldecía a las fieras rabiosamente, pero no era capaz de intimidarlos. Le respondían erizando el pelaje y mostrándole los colmillos, mientras arremetían velozmente contra los tirantes del arnés. Se acordó de Oleson, y les dio la espalda huyendo por la pista. Apenas reparaba en su pierna herida. La sangre manaba abundantemente de ella pues el perro le había desgarrado la arteria principal, pero él no se daba cuenta.

En cambio sí que notó la extremada palidez del sueco, que la noche anterior le había parecido tan coloradote. Ahora su rostro era como de mármol. Y como tenía el pelo y las pestañas rubios, más parecía una estatua que un hombre que hubiera estado vivo unos minutos antes. Morganson se sacó las manoplas y le cacheó el cuerpo. Ni llevaba cinturón-billetero bajo la camisa, ni le encontró el talego de oro. En un bolsillo interior halló una cartera cuyo contenido examinó apresuradamente mientras los dedos se le iban entumeciendo de frío por momentos. Había cartas con sellos extranjeros ya matados y varios recibos y facturas, así como una carta de crédito por ochocientos dólares. No había más. De dinero nada.

Hizo ademán de regresar al trineo pero tenía el pie pegado al suelo. Miró hacia abajo y vio que se encontraba sobre un charco rojo, reciente y congelado. Había hielo rojo en la pernera desgarrada de su pantalón y también en el mocasín. Hizo un esfuerzo y rompió aquel cepo de sangre congelada y se fue cojeando por la pista hacia el trineo. El gran perro-guía que le había mordido empezó a gruñir y a embestir, cosa que imitaron todos los perros de la reata. Morganson lloró débilmente durante un rato y luego, también débilmente, fue dando tumbos de un lado para otro. Después se quitó las lágrimas heladas que perlaban sus pestañas. Aquello era una broma. La mala fortuna se mofaba de él. Hasta el mismo John Thompson, con sus patillas tendidas hacia el cielo, se reta de él.

Rondaba alrededor del trineo enloquecido; a veces lloraba y suplicaba a las fieras que le concedieran la vida, que se le antojaba allí en el trineo, y otras rabiaba de impotencia contra los perros. Luego se calmó. Había estado haciendo el tonto. La solución estaba en ir a la tienda, coger el hacha, regresar y partirles la cabeza a los perros. Ya les enseñaría él.

Para llegar a la tienda tenía que dar un buen rodeo, evitando el trineo y los feroces animales. Se salió de la pista y caminó por la nieve blanda. De repente le dio un vahído y se detuvo. Le dio miedo seguir adelante por si se caía. Se quedó quieto un buen rato, balanceándose sobre sus tullidas piernas que temblaban violentamente a causa de su debilidad. Miró hacia abajo y vio cómo la nieve se teñía de rojo a sus pies. La sangre seguía manando en abundancia. No se había dado cuenta de que el mordisco era tan grave. Dominó el mareo y se agachó a observar la herida. Le dio la impresión de que la nieve se alzaba hacia él y retrocedió como si le hubieran dado un golpe. Le daba pánico caerse y tras muchos esfuerzos logró mantenerse en pie. Le daba miedo aquella nieve que se le había venido encima.

Luego el blanco resplandor se hizo negro y cuando volvió en sí se hallaba tendido en la nieve sobre la que se había caído. Ya no estaba aturdido. Se habían esfumado las telarañas. Pero no era capaz de levantarse. Sus miembros no tenían fuerza. Parecía que su cuerpo carecía de vida. Hizo un esfuerzo desesperado por ponerse de costado. En esa posición consiguió echar una ojeada al trineo y a la negra barba de John Thompson que apuntaba al cielo. También vio al perro-guía que lamía la cara del hombre

atravesado en la pista. Morganson lo observó con curiosidad. El perro estaba nervioso e impaciente. A veces emitía unos gruñidos breves y agudos, como si quisiera despertar al hombre, y le observaba con las orejas tiesas y meneando la cola. Al cabo se sentó, alzó el hocico y comenzó a aullar. Al poco toda la reata estaba aullando.

Una vez en el suelo a Morganson se le quitó el miedo. Se imaginó que lo encontraban muerto en la nieve y estuvo un rato llorando, compadeciéndose de sí mismo. Pero no tenía miedo. Ya no se sentía con fuerza para luchar. Cuando intentó abrir los ojos se dio cuenta de que las lágrimas se le habían helado y le resultaba imposible hacerlo. No se molestó en quitarse el hielo. Qué más daba. No se había imaginado que la muerte fuera tan sencilla. Hasta le irritaba haber luchado y sufrido durante tantas semanas de agotamiento. Le había acobardado y engañado el temor a morir. Pero la muerte no era dolorosa. Cada tormento que había sufrido había sido un tormento de la vida. La vida había difamado a la muerte. La vida sí que era cruel.

Pero se le pasó la irritación. Qué importaban las mentiras y los engaños de la vida ahora que se hallaba al término de la suya. Se dio cuenta de que se quedaba amodorrado y le embargaba un dulce sueño reparador que le prometía alivio y descanso. Apenas oía el aullido de los perros y por un momento tuvo conciencia de que el hielo ya no mordía los dominios de su carne. Luego la luz y el pensamiento cesaron de latir bajo sus párpados de lágrimas y con un cansado suspiro de alivio se quedó dormido.

Apéndice

El medio social

Fin del héroe individualista

Nacido en 1876, a Jack London le tocó vivir los tiempos difíciles del cierre de la Frontera. La expansión territorial podía darse por terminada alrededor de 1890. El avance del ferrocarril, que unió en 1869 el Atlántico con el Pacífico, había contribuido decisivamente a la caída de la Frontera salvaje. La conquista del Oeste había concluido. Las tierras sin dueño, de océano a océano, habían desaparecido. Las grandes oportunidades parecían haberse extinguido. Era como si hubiera llegado el ocaso de la aventura, la hora final del héroe individualista e intrépido.

Crisis económica

Una grave crisis económica vino a subrayar la conclusión de este capítulo de la historia norteamericana. Veinte años atrás, una vez apagados los ecos de la Guerra Civil (1861-1865), la depresión de principios de los setenta había permitido la creación de los imperios económicos de los Rockefeller, de los Carnegie, de los Armour, al mínimo costo posible. Ahora, la bancarrota de 1893-98, bajo la presidencia de Cleveland, comenzó afectando a los ferrocarriles y a los bancos, continuó con la industria, y determinó una caída en vertical de los productos del campo. El trigo alcanzó su más baja cotización en el mercado, y lo mismo ocurrió con el algodón, principal fuente de ingresos de los estados del Sur. Las fábricas comenzaron a parar, mientras masas de obreros eran arrojadas a la calle sin protección alguna.

El capital y el trabajo

Howells, en una de sus sátiras sociales titulada *Un viajero de Altruria* (1894), manifestaba que, antes de los grandes cambios que siguieron a la guerra, un hombre que se quedase sin trabajo siempre podía encontrar otro, y, si fracasaba en un

negocio, podía comenzar de nuevo en otra dirección. Y, en ambos casos, como último recurso, aún le quedaba la posibilidad de dirigirse hacia el oeste y obtener del Estado tierras para cultivar. Actualmente, en cambio, el campo estaba ya ocupado, las grandes extensiones de tierras estatales habían desaparecido entre las manos de los magnates del ferrocarril y de los especuladores, y el mundo de los negocios aparecía saturado. De ser un combate libre e individualista, la lucha por la vida se había convertido en una confrontación de dos fuerzas disciplinadas y organizadas: la del capital y la del trabajo.

Efectivamente, a partir de 1870, la economía norteamericana se había caracterizado por la formación y desarrollo de los *trusts* comerciales y financieros con el fin de eliminar la competencia y controlar los mercados al máximo. En el este y en el oeste medio, la industria y los negocios se habían concentrado en tranquilas ciudades mercantiles que, como Chicago, Filadelfia, Boston o St. Louis, se transformaron en populosos emporios industriales y financieros de trenes elevados, fábricas y oficinas, y con una abigarrada población inmigrante venida de todos los puntos de Europa.

«Capitanes de industria»

Nombres —hoy mundialmente famosos merced a la hegemonía económica y política norteamericana— surgen por entonces, creando el mito de los muchachos pobres y emprendedores que se hacen millonarios. Pullman en la industria ferroviaria, Westinghouse en el sector eléctrico, McCormick en la maquinaria agrícola, Rockefeller con la Standard Oil, Carnegie con la Steel Corporation, Morgan en la metalurgia y Armour & Swift con las conservas cárnicas, entre otros, acumulan sus fabulosas fortunas sin reparar demasiado en la elección de medios. Son los «capitanes de industria», un tipo peculiarmente americano cuyo retrato imperecedero nos lo dejaría Dreiser en su *Trilogía del deseo* (1912-47). Símbolo del empresario imaginativo, audaz y sin escrúpulos, para él el negocio originaba su propia ley. Ni sentía responsabilidad social alguna ni reconocía ninguna obligación inherente a la posesión de un tremendo poder económico; aunque —preciso es confesarlo— su moral no era otra que la de la sociedad en que vivía. Las reglas de la libre competencia, una de las supuestas grandes ventajas del sistema capitalista, eran dejadas de lado

cuando no resultaban convenientes. Una riqueza exorbitante se estaba concentrando en unas pocas manos. La plutocracia se hacía construir sus anacrónicos palacios de imitación europea; y los construían bien sólidos, como para indicar que estaban ahí para quedarse. La ambición, la codicia y también la ignorancia y el mal gusto del millonario americano podían alcanzar limites tales que los propios capitalistas europeos, en modo alguno ejemplares, se quedaban admirados.

La ley del más fuerte

A la justificación calvinista de la riqueza como signo externo de elección divina, vino a añadirse el darwinismo social de Herbert Spencer (1820-1903), cuyas teorías ejercieron una enorme influencia en Norteamérica. La lucha por la existencia, venía a decir el filósofo inglés, no solo era natural sino saludable, y cualquier acción social o legislativa que la limitase sería antinatural y nefasta. Así, la ley de la supervivencia del más fuerte, vigente en la naturaleza, era igualmente válida en la sociedad humana. El rico obtenía su fortuna, porque poseía la capacidad requerida para el éxito en la pugna por la riqueza; el pobre era presentado como una víctima de su propia falta de capacidad y de adaptación. Estas ideas sobre competición y selección eran enseñadas en las universidades, explicadas en los periódicos por escritores respetables y aceptadas por los miembros responsables de la sociedad. El spencerianismo o darwinismo social venía a ser, efectivamente, la razón de ser de la época y el evangelio del *businessman* [hombre de negocios].

Corrupción y soborno

Por otro lado, los intentos populares de frenar los excesos de los monopolios por medio de una legislación adecuada, eran derrotados o distorsionados mediante la corrupción y el soborno. Leyes y políticos no eran sino instrumentos del gran capital. Los políticos, tanto demócratas como republicanos, reconocían en el *Big Business* [Grandes negocios] la mejor fuente de financiación del partido. Servirle, por tanto, era útil y provechoso. Se trataba del *laissez faire* perfecto.

Las duras condiciones del trabajador

La industrialización se llevaba a cabo al menor coste posible: salarios bajos, largas jornadas y pésimas condiciones de trabajo. Los despedidos, accidentados o no, quedaban normalmente en la indigencia, sin derecho a

compensación alguna, pasando a formar parte del ejército reservista de desempleados, el «*submerged tenth*» [diezmo oculto] descrito por London en su *Guerra de clases*. Es más: una inmigración de origen irlandés y centro-europeo, atraída frecuentemente con señuelos de fabulosas remuneraciones, vendría a empeorar las duras condiciones en que se encontraba ya el trabajador, al constituir una mano de obra barata, poco exigente e ignorante.

Aparición de los movimientos obreros

En estas circunstancias, se inicia en Estados Unidos la aparición de los movimientos obreros, influenciados por las ideas sindicalistas alemanas y británicas. Entre 1876 y 1905, con mayor o menor fuerza militante, surgen las tres asociaciones sindicales más importantes. De ellas, solo una, la American Federation of Labor, la más temperada en sus reivindicaciones, sería capaz de sobrevivir a la represión que precedió y acompañó a la entrada de Norteamérica en la primera guerra mundial.

Periodismo, educación y religión

Los medios de comunicación de masas no tardaron en incorporarse al mundo de los grandes negocios. Amplias cadenas de periódicos bajo el control de hombres como Scripps y Hearst, fundadores del periodismo a gran escala, se convirtieron en portavoces de los intereses de las poderosas corporaciones de Nueva York y Chicago. Algo semejante ocurrió con la educación, puesta al servicio del orden existente, y donde cualquier elemento que favoreciera la difusión de ideas socialistas, progresistas, o meramente críticas del sistema, era expulsado de su seno sin contemplaciones. Y la religión institucional, tercer gran pilar del orden establecido, no solo apoyaba al capitalismo, sino también, como en el caso de la anexión de Filipinas, estimulaba el imperialismo con el pretexto de la cristianización de los pueblos.

La depresión económica

La depresión económica, entre 1893 y 1898, fue una prueba difícil para las clases trabajadoras y para el campo empobrecido. Un cuarto de la población obrera no especializada se quedó sin empleo. En 1894, la huelga en las factorías Pullman es reprimida con tropas federales, mientras dos columnas de desempleados, capitaneadas por Coxey desde el oeste

medio y por Kelly desde California, marchan —Jack London entre ellos— sobre Washington en petición de trabajo. El vagabundo, a menudo un exobrero sin empleo, se convierte en una figura familiar del paisaje estadounidense. Si en *Los vagabundos del ferrocarril* London nos presenta unos bocetos de primera mano sobre las calamidades de este vagabundo, Crane y Dreiser, en las grandes ciudades del este, describen las colas de mendigos ante los refugios de caridad en busca de una sopa y un camastro en que dormir.

Imperialismo

En el mundo de la política, empapado de intereses económicos, algunos comienzan a echar de menos un mercado exterior de tipo colonial por donde pueda darse salida al excedente de producción y poner con ello fin a la crisis. En 1895, Theodore Roosevelt —futuro presidente de la nación e inventor de la política del palo grueso— había declarado: «Este país necesita una guerra…, ocupar nuevos mercados y… nuevos territorios». La oportunidad se presentaría tres años más tarde en el conflicto con España a propósito de Cuba. Como resultado de esta «espléndida pequeña guerra» —un paseo militar de apenas diez semanas para la que era ya la primera potencia económica del mundo—, Estados Unidos entraba en la carrera de las grandes naciones imperialistas.

Progresismo y represión

Dentro del país, las fuerzas progresistas, compuestas en su mayoría por una clase media urbana, conservadora en lo esencial, intentaban obtener del Congreso unas reformas de carácter económico y humanitario que pusieran coto a los excesos de un capitalismo brutal e insolidario. En modo alguno se oponían a la libre competencia propia del sistema. Rechazaban, claro está, la existencia de los grandes *trusts* y los sangrantes abusos en las condiciones de trabajo y despido. Pero aún más temían a las agrupaciones laborales y al socialismo. Sus victorias en materia legislativa contra el *Big Business* fueron escasas e incompletas. Ello determinó una escisión en el movimiento. Unos se dirigieron a la derecha, prefiriendo el gobierno de los monopolios al del odiado socialismo; otros, en cambio, fueron más allá del progresismo, convirtiéndose en socialistas. Una depresión económica posterior, la de 1913-15, privó sin embargo a esta organización de sus

fondos y de su atractivo. La primera Guerra mundial y la intervención norteamericana en ella, en 1917, contribuyó decisivamente a la supresión del movimiento hacia la izquierda. Como en 1898, una guerra exterior serviría para hacer olvidar el descontento doméstico. Con el pretexto de la seguridad interna y de la lucha contra la subversión, todo ello tras la pantalla de humo de la propaganda bélica, un millar y medio de personas fueron privadas de la libertad. Entre ellas, el líder socialista Eugene Debs, el cual había obtenido un millón de votos como candidato a la presidencia en 1912.

El escritor

La novela de su vida

A menudo da la impresión de que la biografía de Jack London (1876-1916) es la sombra principal que oscurece su misma obra. Con razón, en un doble sentido, ha afirmado Kazin que «la novela más grande que escribió fue la historia de su propia vida». El nombre de Jack London es una evocación de la aventura; una aventura que le acompañaría a lo largo de su existencia, constituyendo el material esencial de su narrativa.

Y es que en los años centrales de su producción literaria, como un anticipo del Hemingway de los años 50, London se convirtió en el primer mito del novelista norteamericano de éxito, tanto en América como en Europa. Sus biógrafos recuerdan cómo los periódicos europeos del 24 de noviembre de 1916 dedicaron más espacio a la noticia de su muerte que a la del emperador Francisco José de Austria, fallecido el día anterior. Si en 1913 London podía jactarse de ser el escritor más famoso y mejor pagado, podría añadirse que, entre 1903 y 1920, fue asimismo el autor americano más leído fuera de Estados Unidos.

Hombre de acción

Incluso para un país como Norteamérica, acostumbrado a que sus literatos sean frecuentemente hombres de acción, la vida de Jack London posee características que participan de lo extraordinario. Nacido en San Francisco, hijo ilegítimo de un pintoresco astrólogo itinerante que nunca le reconocería como

suyo, su apellido lo recibió del hombre que se casó con su madre y le adoptó como hijo. Durante su infancia, después de algunos fracasos como granjeros, los London se asentaron por fin en Oakland, al otro lado de la bahía de San Francisco. La precaria situación familiar, con el viejo padrastro saltando de oficio en oficio y una madre neurótica aficionada al espiritismo, obligó a Jack, ya desde niño, a alternar la escuela con el reparto de periódicos en busca de algunos centavos extra que aportar a la casa. Pero pronto sus primeros alardes de hombría le llevarían a continuar su educación entre los golfos del puerto. Es aquí, en los muelles de Oakland, donde a los catorce años se inicia su atracción por el mar, su afición a la bebida y sus contactos con la delincuencia. De ladrón de ostras pasará, no obstante, a colaborar con la patrulla encargada de proteger los viveros que él antes había saqueado. Un esquife, adquirido con las ganancias obtenidas, le servirá para hacerle sentir el placer de la navegación, recorriendo la amplia bahía. Luego, a los diecisiete años, se enrola de marinero en un buque dedicado a la caza de focas junto a la costa de Japón y en el Mar de Bering. Corren los tiempos difíciles de la depresión y las ocupaciones son escasas y mal pagadas.

Proceso de concienciación social

A su regreso, tras los duros trabajos en la fábrica de yute y paleando carbón trece horas diarias en una central eléctrica, London se une al ejército de desempleados que marcha desde California sobre Washington en petición de empleo. Esta experiencia, que concluiría para él en la prisión de Niagara Falls cumpliendo una condena de un mes por vagabundo, marcaría uno de los hitos de su vida. Por un lado, contribuiría a hacer de él un experto conocedor del mundo al margen de la ley, conocimientos de los que —como se puede apreciar por su libro *Los vagabundos del ferrocarril*— se mostraría siempre orgulloso; por otro, estas correrías sirvieron para iniciar en él un proceso de concienciación social. London toma una decisión: enrolarse en el incipiente partido socialista de Oakland, y se jura al mismo tiempo que tratará de evitar por todos los medios convertirse en un trabajador manual. Como consecuencia de esta promesa, decide intentar el ingreso en la universidad, meta que conseguirá tras casi dos años de intensa preparación y sacrificios. Al cabo del primer

semestre, no obstante, presionado por necesidades económicas y familiares, y desilusionado por la educación recibida, dejará sus estudios.

El oro del Klondike

En agosto de 1897, a los pocos meses de las primeras noticias del descubrimiento de oro en el Klondike, London se embarca para Alaska. A la llegada del invierno, él y sus dos compañeros acamparán en su cabaña abandonada junto a la desembocadura del río Stewart, a casi ochenta millas de Dawson por el curso helado del Yukón. Los largos meses invernales los repartirá entre la solitaria cabaña y el poblado de Dawson, y sus prospecciones mineras serían escasas e inútiles. El retorno lo efectuará en una balsa durante el deshielo primaveral, en un intrépido viaje de dos mil millas río abajo; forzado por el escorbuto, fracasado, y sin haber conseguido ver en sus manos el preciado metal. Pero es a partir de este momento cuando London decidirá definitivamente dedicarse a escribir.

Decisión de escribir e influencias

Aunque pueda parecer sorprendente a primera vista lo inesperado de esta súbita vocación, para comprenderla habría que seguir, a través de los testimonios autobiográficos legados por el autor, la andadura que le condujo por el camino de la literatura. Desde lo que significó para él el maravilloso descubrimiento infantil de *Los cuentos de la Alhambra* en la soledad de la granja familiar, hasta la voraz lectura de cientos de novelas de la biblioteca pública de Oakland. Más tarde vendrían las largas jornadas dedicadas a su formación intelectual y a la adquisición de un estilo, alternando Marx con Kipling, Spencer con Stevenson, Malthus con Poe o con H. G. Wells. Y ya descubierta la senda del éxito, la revelación de la filosofía de Nietzsche, la tercera gran influencia en su vida.

La lucha con la máquina de escribir

London había emprendido su práctica de escritor a los diecisiete años, con su temprano y aislado acierto en un concurso periodístico, al conseguir el primer premio con la descripción de un tifón, una experiencia vivida durante su labor de marinero en el Sophie Sutherland. Años después, a su regreso de Alaska, comenzarán los días agotadores y las noches en blanco, sentado ante la máquina de escribir alquilada, pugnando por convertirse en un escritor. En *Martin Eden* (1909), su *bildunsroman*

autobiográfico escrito ya en la cumbre de su carrera, nos ha dejado London un cuadro vivido de la dura brega y de las miserias que acompañaron su iniciación literaria: los repetidos intentos de publicar sus relatos, los rechazos sistemáticos, la intensa penuria, las horas tesoneras de trabajo y estudio, la obstinación, los desalientos, los primeros triunfos… Y al fin, tras el enorme éxito de *La llamada de lo salvaje* (1903) y de *El lobo de mar (1904)*, su conversión en uno de los autores más afamados y vendidos de Estados Unidos.

Ideología política y social

Seguramente el aspecto más controvertido de Jack London sea su ideología política y social. Una ideología contradictoria y a menudo antiética, que haría que, paradójicamente, sus libros fueran tan apreciados en la Rusia soviética como —con algunas excepciones— en la Alemania nazi.

Actitud filosófica

London pretendió ser algo más que un escritor para adolescentes. Para él era evidente que la actitud filosófica, la capacidad de comentar y generalizar sobre sus personajes en relación con la vida y con la sociedad, era una condición imprescindible para un autor que pretendiera ser tomado en serio. Por ello, tras asimilar las técnicas narrativas, trató de adquirir una filosofía que diera consistencia a su obra. Las lecturas de Darwin, Ernst Haeckel, Huxley y, sobre todo, del filósofo Victoriano Herbert Spencer, con su aplicación de los esquemas evolucionistas a la estructura social, le proporcionaron la base de su pensamiento. El principio de la lucha por la vida, de la supervivencia de los más fuertes y mejor dotados, del que el sistema de Spencer había hecho un dogma socio-económico y moral, se convirtió en la piedra angular de la ideología de London. A esta vendría a incorporarse, con el descubrimiento de Nietzsche, sus doctrinas del superhombre y de la glorificación del esfuerzo y la voluntad.

Evolucionismo y superhombre

Los presupuestos evolucionistas, prolongados por los seguidores de Spencer, incluían teorías que iban desde la naturaleza animal del hombre hasta la consideración de la sociedad como una jungla de implacables intereses conflictivos. Fruto de esta lucha por la vida y de la consecuente eliminación natural de los débiles e inadaptados, se alcanzaría

una sociedad más perfecta y feliz. Pero, en esta jungla social darwinista, London introducirá su *superman*, de inspiración nietzscheana, que representa la obra maestra de la labor selectiva de la naturaleza y constituye al mismo tiempo un auténtico héroe física y moralmente superior.

Como en *Martin Eden*, su *alter ego*, el intento de escapar de una posición de clase inferior en un clima de fuerte competición capitalista, llevó a London a aceptar como una revelación tanto el darwinismo social, tan en consonancia con su propio entorno, como la ideología de Nietzsche, con la que su temperamento de luchador individualista se sentía plenamente identificado. Evidentemente, su propia experiencia vital ejemplarizaba ambas ideologías a la perfección. Las penurias económicas de un hogar de clase media constantemente rozando el proletariado, el duro trabajo ante la máquina durante su adolescencia, sus contactos con los desheredados de la sociedad industrial, y, finalmente, su triunfo como escritor gracias a su inmenso tesón, constituían la más perfecta corroboración práctica de las teorías de Spencer y de Nietzsche. La escuela de la vida de Jack London era rica en datos empíricos con los que contrastar y armonizar las ideas que iba adquiriendo en el proceso de su autoeducación intelectual.

Socialismo

Más difícil de armonizar con su temperamento y experiencia, pero mucho más atractivo, más romántico y más sensacional, era el otro ingrediente esencial —el primero, en orden cronológico— de la filosofía londoniana: su socialismo. El darwinismo social, a pesar de adecuarse con su temperamento y experiencia, tenía el inconveniente de ser una ideología conservadora aceptada y aclamada en Norteamérica desde la Guerra Civil. Más aún, era el credo del *Establishment*, la filosofía de las clases a las que él deseaba acceder pero a las que, en el fondo, despreciaba. Por el contrario, el socialismo, del que London oyó por primera vez entre los vagabundos y conoció después por la lectura de *El manifiesto comunista* y partes de *El Capital*, perseguido y denigrado por las clases dirigentes, constituía algo espectacularmente subversivo e iconoclasta para el joven rebelde en busca de una educación. Derribar violentamente el formidable edificio del Capital, sobre todo en el papel de líder, era para London la principal atracción de la ideología marxista.

Libros suyos como *El pueblo del abismo* (1903), *Guerra de clases* (1905) o *Revolución y otros ensayos* (1910), nos muestran al London preocupado por las cuestiones sociales, en un análisis marxista romántico del conflicto de clases y de la ineficacia capitalista. Pero en esta línea ideológica, su cima la alcanzará con esa extraña fábula de anticipación política, *El talón de hierro* (1908), donde, a partir de los conflictos sociales americanos y de la fracasada revolución rusa de 1905, London, con una gran imaginación, intuiría proféticamente ciertos aspectos de lo que habían de ser los fascismos europeos de casi veinte años después.

Su ambiguo pensamiento socialista

Que su pensamiento socialista era sumamente ambiguo y contradictorio, es algo en lo que sus críticos y biógrafos coinciden de manera casi unánime. Tanto sus incendiarios ensayos y conferencias públicas sobre política, como la famosa frase de despedida con que concluía sus cartas a miembros y simpatizantes del partido, «Tuyo para la Revolución, Jack London», obedecen más a su gusto por las actitudes exhibicionistas y arrogantes que a convicciones realmente sentidas. De ahí que Kevin Starr manifestara que «el socialismo de London siempre llevó dentro una vena de elitismo y mucho de pose. Le gustaba representar el papel de intelectual de la clase trabajadora, cuando convenía a sus propios intereses».

En cualquier caso, su visión de la lucha revolucionaria era en mayor medida una empresa aventurera que un deseo convencido de sustituir una sociedad competitiva por una sociedad socialista. El énfasis, como vemos en *El talón de hierro*, está en la acción conflictiva, en la pugna por el triunfo; no en la puesta en práctica de la sociedad sin clases, en cuyo seno tanto sus héroes como él mismo perderían su razón de ser.

Un socialismo elitista y anglosajón

Un aspecto más de las flagrantes contradicciones dentro de su socialismo —aunque en consonancia con su darwinismo— era su obsesivo anglosajonismo. Para London, curiosamente, el socialismo no era un sistema para todos los hombres sino tan solo para unas razas elegidas. Su frase, «Ante todo soy un hombre blanco y únicamente en segundo lugar un socialista», resume perfectamente su peculiar socialismo elitista. Entusiasta defensor de la preeminencia anglosajona, siempre consideró a negros,

orientales, indios, mestizos —e, incluso, en ocasiones, a los latinos—, como razas inferiores en todos los aspectos. Así, cuando en 1904 cubre el puesto de corresponsal en la guerra ruso-japonesa para la compañía Hearst, en lugar de tener en cuenta la brutal represión zarista en los conflictos obreros y mirar con simpatía su derrota, se detendrá a examinar, entre perplejo y alarmado, la capacidad superior y las victorias de una raza amarilla sobre un representante de la raza blanca. Del mismo modo, diez años después, en el verano de 1914, confrontado esta vez con la Revolución Mejicana, veremos cómo sus prejuicios racistas le impiden comprender la causa de los revolucionarios, ensalzando en cambio, en los artículos para el *Collier's*, la marcialidad y eficiencia de las tropas de intervención yanquis en defensa de los intereses petrolíferos norteamericanos.

Laberinto de contradicciones

¿Era London consciente del laberinto de contradicciones e incongruencias? Obviamente, sus conflictos ideológicos surgieron de la confluencia de su experiencia existencial con la apresurada formación autodidáctica, al pasar ambas por el filtro de un ambicioso temperamento individualista. El resultado, como señala Lloyd Morris, sería «una profunda fisura en su naturaleza moral… que determinó una alarmante inconsistencia en su vida y en su obra». En este sentido, su último biógrafo, el británico Andrew Sinclair, ha ahondado en ese sentimiento de degradación que se apoderó del escritor en la última etapa de su existencia.

Un giro nefasto

Tras el avispero de pesadillas que significó la construcción del Snark y su fracasado intento de vuelta al mundo, con su secuela de enfermedades tropicales agravadas por el alcohol, la defectuosa arquitectura del *yawl* y las desavenencias con la tripulación, un giro nefasto parece iniciarse en la vida del escritor. La aventura no solo resultó un desastre, sino, más importante, sirvió para que London, modelo de sus férreos héroes, descubriera sus propias debilidades. El avanzado alcoholismo, con su corolario de problemas renales y hepáticos, estaba provocando la desintegración física y mental de un cuerpo del que años atrás se había sentido tan orgulloso. Su descuidada labor literaria, degradada por la constante necesidad de dinero, empezaba a ser ignorada por los críticos. Todo ello, unido a la mala conciencia en que se debatía por

el abandono de sus ideales sociales, estaba minando aquella personalidad segura de sí misma, tesonera, romántica y, quizá, algo ingenua.

Problemas existenciales

Sus protagonistas, llenos de orgullosa vitalidad, comienzan a vacilar respecto a la superioridad de la raza anglosajona. Tal vez, después de todo, estén condenados a desaparecer ante la mayor resistencia de las razas del sol. Tal es la pregunta que se hace el personaje central de *El motín del «Elsinore»* (1914). Jack London, en la cumbre de una fama oscilante, se pone a dudar de la validez de su triunfo. En vano tratará de camuflar sus problemas existenciales y su declive artístico con su prurito agronómico y su insaciable ansia de más y más tierras con que ensanchar su rancho. Las obsesiones suicidas reaparecen. La visión del Colt 44 colgado de la pared de su estudio le tienta. Y el escritor —de nuevo la paradoja de la realidad imitando al arte— parece seguir los pasos de su héroe Martin Eden. ¿Por qué?, ¿para qué?, parece preguntarse. La morfina y la heroína han empezado a reemplazar el alcohol y los analgésicos. En una ocasión confiesa a su hermana su miedo a estar volviéndose loco.

Final

Finalmente, una noche, cerca ya de la madrugada, London se administra una sobredosis de sulfato de morfina y de sulfato de atropina, drogas que utiliza para combatir sus dolores renales y su insomnio. Quizá se trató tan solo de un acto semiconsciente, provocado por el ramalazo de dolor insoportable, la oscura caída en la tentación. Pero ¿no había él defendido siempre el derecho inalienable del hombre a anticipar su muerte? De cualquier modo, como había ocurrido a menudo en su ficción, una broma del destino vendría a dar un giro inesperado a su decisión postrera. Y, así, lo que seguramente había sido calculado como una combinación fulminante para una muerte indolora y rápida, resultarían ser dos narcóticos antitéticos que prolongarían su agonía más de doce horas. Todos los intentos de salvar su vida fueron inútiles. London había dicho: «Preferiría ser un soberbio meteoro antes que un planeta dormido y permanente».

La llamada de lo salvaje

Primeras publicaciones

En los tres o cuatro años que siguieron a su regreso del Klondike, en el verano de 1898, Jack London fue conquistándose una cierta posición como autor de relatos cortos. Sus narraciones, que comenzaron a aparecer al año siguiente en periódicos y revistas, iban siendo recogidas regularmente en volúmenes, con lo que, en 1902, el joven escritor contaba en su haber cinco libros —incluyendo dos novelas mediocres. Que ninguno de ellos alcanzó gran difusión lo prueba el hecho de que los cinco fueran publicados por editoriales distintas.

El éxito

No es extraño, pues, que el éxito inmediato y fulgurante de *La llamada de lo salvaje* cogiese desprevenidos tanto al editor como al autor. Escrita en menos de cinco semanas y concluida el 13 de marzo de 1903, London envió una copia al *Saturday Evening Post* y otra a la Editorial Macmillan. El primero le pagó setecientos dólares y la serializó entre el 20 de junio y el 18 de julio del mismo año. Macmillan, por su parte, la lanzaba en julio en una atractiva edición de 10 000 ejemplares, la cual, precedida por una inteligente campaña publicitaria, se agotaría el mismo día de su aparición.

London, que había aceptado los dos mil dólares de la editorial como un precio generoso por los derechos del libro, se daría cuenta demasiado tarde del excelente negocio perdido[1]. Como contrapartida, el autor se encontraba de la noche a la mañana convertido en escritor famoso. Críticos que se habían mostrado tibios e incluso fríos al juzgar sus obras anteriores, que le habían calificado de discípulo americano de Kipling o que, en el mejor de los casos, le habían considerado como una «gran promesa», comparaban ahora su nuevo libro con lo mejor de Kipling, lo estimaban una «pequeña maravilla de perfección» y lo saludaban finalmente como «un clásico norteamericano». En el otoño de 1903, *La llamada de lo salvaje* se encontraría en tercera posición en las listas de *bestsellers* de los Estados Unidos. Era el principio de la popularidad de Jack London.

A pesar de llevar su nombre unido al Klondike, en cuya fiebre del oro él mismo participó entre el verano de 1897 y la primavera de 1898, lo curioso es que una gran parte de lo que escribió Jack London sobre el Gran Norte

Fuentes documentales de la novela

no pertenece a su experiencia personal inmediata[2]. Su narrativa allí ambientada es una mezcla de realidad, de fantasía y, en algún que otro caso, de inexactitudes. Como manifiesta Franklin Walker en su *Jack London and the Klondike*, sus escasos conocimientos sobre los aborígenes de Alaska y del noroeste del Canadá le llevaron en ocasiones a confundir indios con esquimales y a equivocarse a propósito de perros y trineos.

Experiencia limitada en el Klondike

Anécdotas oídas en las tabernas de Dawson, el sórdido poblachón minero surgido a orillas del río Klondike y lecturas posteriores le habrían sido a menudo de mayor utilidad documental que sus experiencias de primera mano. Esto, no obstante, es perfectamente explicable cuando comprendemos que la ficción de London gira en torno a sucesos y personajes fuera de lo común. No es probable que una vida, por muy singular que sea y por muy exótico que sea su entorno, llegue a protagonizar, ni a presenciar siquiera, tan extraordinarios incidentes en el lapso de un año escaso. Es cierto, por otra parte, que su propia experiencia en el Norte tuvo que desempeñar un amplio papel, evidente tanto en la ambientación y descripción del lugar como en los detalles de la vida cotidiana allí. No en vano pasó London más de cinco meses invernales en una cabaña aislada junto a la desembocadura del Stewart[3], harageneó varias semanas por Dawson, y realizó parte del viaje de regreso navegando dos mil millas en una balsa, Yukón abajo.

Un perro real

Los dos tipos de fuentes, reales y literarias, se hallan perfectamente ilustradas en *La llamada de lo salvaje*. Respecto a las primeras, se da el caso de que existió en realidad el modelo que sirvió para la creación del inmortal Buck. La gran popularidad de la novela hizo que ciertos lectores curiosos y algunos antiguos participantes en la fiebre del oro especulasen sobre el posible original que habría inspirado al escritor. La pequeña polémica periodística se resolvió con la intervención de London, quien declaró que el perro real pertenecía al juez Marshall Bond, que poseía un rancho en el Valle de Santa Clara, en California, y a cuyos hijos, en compañía del perro, había conocido efectivamente en el Klondike. Más aún: su nombre era Buck y su raza venía del cruce de un San Bernardo con un perro pastor escocés.

Fuente documental

Por otro lado, antes de que se pusiera fin a esta controversia. London tuvo que responder a otra sobre una segunda deuda, esta vez de índole literaria. En efecto, a finales de 1902, poco antes de que el escritor iniciase la rápida composición de su novela, había aparecido *Mis perros del Norte*, de Egerton R. Young. El autor de este libro, un misionero entre los indios de Manitoba, cuenta en él sus experiencias sobre el comportamiento de los perros de trineos. Curiosidades que van desde cómo el animal que encabeza la reata impone disciplina entre sus compañeros de tiro hasta cómo excava cada uno un hueco en la nieve para dormir; detalles de cómo son calzados los perros de pezuñas delicadas o sobre la costumbre de aullar a diferentes horas de la noche, London los tomaría de aquí para complementar sus limitados conocimientos acerca de los perros del Norte. En este sentido, más interesante todavía es el dato de que algunos personajes caninos de *La llamada de lo salvaje* presenten ciertas analogías con los perros de Young. Así, un San Bernardo llamado Jack comparte con Buck su sentido de la responsabilidad como líder del trineo; Voyageur, un perro esquimal tuerto, se parece al misantrópico e irascible Sol-lecks; un Terranova de nombre Cuffy se asemeja a la afectuosa Curly de trágico final. Toda esta información —que en absoluto menoscaba la imaginativa originalidad de la narración— constituiría un valioso apoyo documental para London.

Un relato que se convirtió en novela

La llamada de lo salvaje, que se inició como relato breve, terminó siendo una auténtica novela corta. El 13 de marzo de 1903, concluida la obra, London escribió a su amiga Anna Strunsky:

> «La comencé con la idea de que sirviese de compañera a mi otra narración de perros, *Bâtard*[4], que quizá recuerdes; pero se me escapó, y en vez de 4000 palabras escribí 32 000 antes de poder ponerle fin»[5].

Sin duda, el autor pretendía ofrecer con la historia de Buck una contrapartida al amargo sabor dejado por la relación de odio entre perro y amo que había presentado en el cuento anterior. Pero, sea como sea, de esta

manera imprevista, conseguía London la que ha sido considerada por muchos su obra maestra y, sin duda, su libro más conocido.

Un clásico de aventuras

Como las auténticas novelas juveniles, *La llamada de lo salvaje* es a la vez una narración para adolescentes y para adultos. Entra en ese estante relativamente reducido, reservado a los clásicos de aventuras, que acoge desde *Robinson Crusoe* hasta *El viejo y el mar*, pasando por *El último mohicano, Huckleberry Finn* o *La isla del tesoro*. Se trata de libros que, desde su aparición, han gozado de las preferencias universales de pequeños y mayores, porque constituyen legados únicos de la imaginación humana y porque reflejan tal vez, de una manera sumamente imaginativa, el sueño aventurero, irrealizado e irrealizable, que el niño —ese «padre del hombre» que le llamó Wordsworth— siempre acarició, en todos los climas y en todos los tiempos.

La llamada de lo salvaje es un libro violento, sentimental y cruel. Si de «clásico americano» lo calificó un crítico en el momento de su aparición, D. H. Lawrence, años más tarde, señalaría la equivocada obstinación europea de considerar a estos «clásicos americanos» como libros infantiles[6]. Pero he aquí que, más recientemente, Leslie A. Fiedler ha insistido en la misma vieja idea europea, añadiendo un nuevo elemento, al afirmar que «nuestra literatura clásica es una *literatura de horror* para adolescentes[7]»; una literatura donde la violencia viene a llenar el vacío dejado por la ausencia del amor. Fiedler, al contrastar la literatura norteamericana con la europea, ha observado cómo por la misma época en que Flaubert soñaba con *Madame Bovary*, Melville descubría *Moby Dick*, dos obras claves de la narrativa universal. La primera, una novela evidentemente para adultos; la segunda, una extraña ficción de aventuras dirigida a un público ambiguo. Un asunto central que trata de los amores adúlteros de una mujer en contraste con otro centrado alrededor de un capitán de barco con la obsesión de buscar y dar muerte a una ballena blanca. Por un lado, una novela de relaciones personales mujer-hombre en un entorno reducido; por otro, una ficción en la que, como en la búsqueda de un nuevo Santo Grial,

Clásicos americanos

nos encontramos ante una empresa para hombres solos fuera de la civilización.

Fiedler señala que

> «… el típico protagonista masculino de nuestra novelística [desde el Rip Van Winkle de Washington Irving] ha sido el hombre forzado a escapar hacia el bosque o hacia el mar, sea río abajo, sea hacia la lucha; a cualquier sitio, con tal de escapar de "la civilización", una civilización que implica la confrontación hombre-mujer, que conduce a la tentación de la carne, al matrimonio y a la responsabilidad».

Hombres sin mujeres

Esta escapada se realiza hacia un mundo hostil, solo apto para hombres, donde el protagonista descubre su identidad en medio de la violencia, al enfrentarse a la muerte. El capitán Ahab o Arthur Gordon Pym, Huck Finn o Henry Fleming encuentran la aventura peligrosa en su constante viaje de huida y, al final, si llegan a él con vida, como el convidado a la boda de *El viejo marinero*, se despertarán al día siguiente más sabios y, tal vez, más tristes.

Su universo es un mundo de «hombres sin mujeres». Su aventura, como los juegos de chicos preadolescentes, no admite al sexo contrario, que es cuidadosamente excluido o ignorado. Lejos de buscar la compañera amorosa que acompañe al final el reposo del guerrero, el protagonista norteamericano rehúye el goce erótico y la responsabilidad familiar. Su fuerte —y dudosa— virilidad prefiere, en cambio, el enfrentamiento con la naturaleza hostil y la violencia, donde la vida se convierte en algo con lo que se apuesta constantemente en el juego de azar de la aventura.

La reversión atávica y la lucha por la vida

El tema central de *La llamada de lo salvaje* es el proceso de reversión atávica de Buck por medio de su adaptación a la violencia. Apartado del rancho californiano, esa arcadia soleada y feliz, comienza para el héroe la lucha por la vida. En contraste con la existencia ociosa y los mimos del amo rico, tendrá que enfrentarse ahora con el durísimo trabajo, la comida escasa y los palos de sus nuevos dueños. El nuevo entorno es frío, hostil y cruel. La cuestión es adaptarse o perecer.

La ley del garrote y el colmillo

Tras la villanía de Manuel, la soga que le estrangula y los días de hambre y sed en la jaula, un par de incidentes decisivos vendrán a despertar en Buck la conciencia de una realidad radicalmente distinta a la que él conocía: la doma por parte del hombre del jersey rojo y la muerte de la perra Curly. Son dos lecciones inolvidables de violencia en el aprendizaje de las leyes de supervivencia en un medio adverso. Es «la ley del garrote y el colmillo», es decir, los hombres implacables que golpean sin piedad para hacerse obedecer y los perros salvajes del Norte dispuestos a devorar al caído a la menor oportunidad. Lejos de la blanda civilización, en un mundo donde el afán de lucro ha lanzado a los hombres tras la quimera del oro enterrado bajo los hielos del Klondike, Buck descubre asombrado una crueldad sin precedentes. Si en la violencia de la doma presenció una vez la muerte de un perro a manos del hombre del jersey rojo, la horrible y absurda muerte de Curly, destrozada por los hambrientos *huskies*[8], marcará definitivamente al perro californiano. «Así que estas eran las costumbres. No se jugaba limpio. Si caías estabas perdido» (pág. 28).

Código salvaje

Aquí comienza la desintegración moral de Buck. La ética anterior se convierte en «un obstáculo en la despiadada lucha por la existencia». La vida es una confrontación salvaje en la que las reglas de juego del soleado Sur han quedado invalidadas. El Norte tiene su propio código, que hay que aprender para sobrevivir. En estas condiciones, la naturaleza primitiva del animal va emergiendo progresivamente como mecanismo de adaptación primero y como instrumento del triunfo y la supremacía final. El robo del pedazo de tocino y la lucha a muerte con Spitz serán los hitos que van marcando la evolución —o regresión— de Buck. Entretanto, aprenderá a tirar del trineo, a dormir sepultado en la nieve y a comer apresuradamente para evitar que le roben la comida.

El retorno de la bestia primitiva

La violencia y la lucha por la vida determinan la llamada de la naturaleza ancestral salvaje o regresión atávica. Los instintos de lobo, subyugados en tiempos lejanos por el hombre prehistórico —un hombre todavía cercano al mono —, afloran de nuevo. Desde sus primeros días en el helado

Norte en que Buck empieza a oír las voces interiores de sus antepasados salvajes o esa canción de los perros en la noche estrellada y ante la aurora boreal, hasta los extraños y maravillosos ensueños sobre el primate ancestral del hombre junto al fuego, hay un *crescendo*, una progresión —con vacilaciones y olvidos, es verdad, tan arraigados han quedado los siglos de servidumbre impuesta por el hombre— en el retorno del perro civilizado hacia «la dominante bestia primitiva». Pero este regreso significa algo más: la bestia primitiva viene a confirmar y a magnificar si cabe, la supremacía de Buck, a convertirlo en un «*superdog*»: el más fuerte, el más salvaje, el más inteligente. La lucha contra el oso ciego, el cruel acoso y sacrificio del alce herido y, por fin, la sangrienta venganza tomada contra los autores de la muerte de Thornton constituyeron los últimos pasos en el camino de regreso hacia la primitiva violencia ancestral. Cuando Buck lanza su aullido en la noche en respuesta a la manada del bosque, su regresión se ha realizado completamente: el perro amigo del hombre ha vuelto al lobo original, obedeciendo así la ancestral llamada de su naturaleza salvaje.

Las dos llamadas

El regreso al remoto pasado —ese retorno a «la matriz del Tiempo»— se realiza mediante un doble mecanismo: interno, a través de la naturaleza primitiva del protagonista, que aflora en contacto con la violencia alaskeña; y externo, por medio del entorno salvaje, cuyo símbolo es ese bosque nórdico que atrae irresistiblemente a Buck. Ambas llamadas, la externa del bosque (aullidos lobunos principalmente) y la interna de los instintos ancestrales, se volverán indistinguibles, aunque las dos terminarán guiando al perro al bosque primordial para convertirle en el nuevo y auténtico jefe de la manada[9].

Lucha por la vida y bestia humana

A lo largo del libro hay un progreso casi simultáneo entre dos motivos: la lucha por la supervivencia y la regresión atávica, de los cuales, como ya se ha dicho, el primero determina el segundo. Pero lucha por la vida y fiereza animal no solo constituyen aspectos cruciales en la narrativa londoniana sino que son también temas favoritos de la novela naturalista norteamericana de su tiempo. Algunos personajes humanos de Stephen Crane o de Frank Norris gruñen amenazadoramente y adoptan posturas animales de hostilidad ante situaciones peligrosas[10]. En cuanto a London

en particular, recordemos únicamente que el viajero de *Amor a la vida*[11] llega a convertirse en un animal salvaje en su desesperado intento de sobrevivir.

No obstante, como observa Geismar[12], la regresión hacia la fiera primitiva se presenta en *La llamada de lo salvaje* en su versión más perfecta y convincente al darse en un animal propiamente.

El hombre mono

De cualquier modo, también encontramos en esta novela la involución biológica en el plano humano. Pero este motivo típico del naturalismo literario, la bestia atávica («la bestia humana» zolesca), reviste aquí caracteres misteriosos y oníricos de una gran efectividad estética: son esas visiones que encuentra Buck en su regresión.

En una imaginativa y fantástica interpretación de las teorías darwinistas sobre el origen del hombre[13], London pone en la mente de Buck recuerdos o ensueños ancestrales sobre un ser antropomorfo de tiempos remotos. Así, en dos pasajes de extraña y singular belleza, el perro evoca a un antropoide peludo, de piernas cortas y largos brazos, el cual, provisto de una maza de piedra, camina inseguro por el bosque hostil o por la solitaria playa, siempre inquieto y alerta. Al ser el miedo y el instinto de supervivencia los rasgos sobresalientes de la naturaleza primordial que le rodea, está constantemente dispuesto a confiar su salvación a la huida, a la menor señal de peligro. Por las noches, el semihombre se acurruca junto al fuego, entre el sueño y la vigilia, temeroso de la oscuridad amenazante, y acompañado de su fiel bestia domesticada: el perro lobo. Esa extraña criatura es, en definitiva, el amo remoto, el lejanísimo antepasado del cocinero mestizo o de John Thornton, perdido en la noche de un pasado olvidado, a medio camino en su evolución.

La estructura

Desde el punto de vista estructural, el motivo de la llamada ancestral presta unidad y cohesión al evidente episodismo de la novela.

Episodismo

Porque la trama de *La llamada de lo salvaje* es claramente la de una novela de aventuras en la que el protagonista va pasando a través de distintas experiencias en compañía de los diferentes personajes que

desfilan por su vida. Está claro, como confesaba London, que se trata de un cuento que se ha desarrollado hasta convertirse en una novela corta. Sabemos, por otro lado, que su autor no se planteaba demasiados problemas con la estructuración de sus obras. «Estoy dispuesto a sacrificar la forma en favor del contenido»[14], declararía en una ocasión. Esta falta de planificación, aplicada a *La llamada de lo salvaje*, da como resultado una novela en cierta medida improvisada —¡una brillante improvisación, sin duda!—, en la que se agrupan cuatro —o cinco, si consideramos la peripecia con John Thornton dividida en dos— episodios, unidos por una línea recurrente o *leitmotiv*: el proceso de educación-regresión de Buck.

Una primera parte en la que, tras su rapto y antes de la compra por parte de Perrault, tiene lugar la doma de Buck por parte del hombre del jersey rojo[15]. La segunda parte, que abarca los capítulos 2, 3 y 4, nos presenta al protagonista convertido en perro de trineo, trabajando para los correos canadienses. En este episodio se completa su adaptación al entorno violento, para acabar convertido en líder de la reata tras la mortal pelea con Spitz. Aquí empiezan a producirse las primeras llamadas de la naturaleza ancestral salvaje y aparece la primera mención del lejano antepasado del hombre. La tercera parte cuenta la experiencia de Buck y de sus compañeros de tiro al servicio de los tres ineficientes buscadores de fortuna y concluye con el catastrófico desprendimiento del hielo del río. La cuarta parte, que incluye los dos últimos capítulos, se desarrolla junto a Thornton. Dentro de esta, una primera sección trata de una serie de incidentes que ilustran la fidelidad y devoción del animal al amo amado, y una segunda en la que tiene lugar la expedición en busca de la mina perdida. Nuevas visiones del hombre mono y las insistentes voces internas y externas determinarán, a la muerte de Thornton, último lazo con el mundo de los hombres, la respuesta positiva a la llamada de lo salvaje.

Un lazarillo canino

Así pues, por medio de una peripecia de tipo picaresco, con una pequeña galería de personajes animales y humanos, London nos presenta una acción centrada en Buck, especie de Lazarillo de Tormes que aprende a palos, dentelladas y hambre. Es verdad que, mientras el picaro saca de sus experiencias una lección de cínico acomodo y de pesimismo social, el héroe londoniano descubre algo

totalmente distinto: la ley darwinista de la supervivencia del más fuerte y mejor adaptado a nivel canino. Ambos, perro y picaro, se adaptan a las condiciones variables y sobreviven; pero la filosofía de London es más ingenua que la del creador del Lazarillo. Al final Buck es un «*superman*» perro *(superdog)*, mientras que Lázaro es el prototipo de un desengañado y un escéptico.

Los personajes en las historias de animales

Aunque la de London sea la más famosa de todas, habría que precisar que las historias de animales gozaban ya de una cierta popularidad en la época en que aparece *La llamada de lo salvaje*[16]. No obstante, a diferencia de aquellas, dominadas por el sentimentalismo y la mediocridad, esta ofrecía unas características estéticas y realistas nuevas. Ahí estaban, por otro lado, las dos partes de *El libro de la selva* de Rudyard Kipling, aparecidas en 1894 y 1895, donde la fantasía y lo maravilloso excluían deliberadamente cualquier realismo.

Personajes caninos

Así pues, distintos de las simpáticas bestias humanizadas de Kipling y absolutamente dispares de los animales sentimentalizados de su tiempo, los personajes caninos de *La llamada de lo salvaje* siguen siendo animales completamente convincentes. London se atiene a un plano muy cercano a la realidad. A diferencia del oso Balú o de la pantera Bagheera, sus perros no hablan como personas humanas. Su inteligente caracterización nos presenta —a pesar de ciertas licencias poéticas— una psicología animal, de manera que el lector no ve nunca forzada su credulidad por una prosopopeya exagerada.

Rasgos antropológicos

Es verdad que en el retrato de los perros intervienen rasgos antropológicos, necesarios sin duda en aras de la individualización de personajes y del interés dramático del relato. Por ejemplo, Spitz sonríe sardónicamente, mientras que Nig, uno de los perros de Thornton, tiene unos ojos que ríen; si Curly es afectuosa y Billee es «en exceso amable», Joe tiene un carácter «hosco e introvertido, siempre gruñendo y de mirada torva»; Pike es «un haragán astuto y ladrón» en tanto que Dub es «un patoso incorregible».

La caracterización animal es a veces suficientemente compleja como para convertir a algunos personajes —además del protagonista— en retratos casi tridimensionales. Tal es el caso de Dave, el áspero y calmoso perro de varas, quien, si por un lado afirma su imperturbabilidad superior sobre los fácilmente excitables Buck y Curly a bordo del Narwhal, es por otro lado «honrado y muy prudente», además de un trabajador infatigable. Spitz, en cambio, está algo más estereotipado: enemigo irreconciliable de Buck, es el arrogante valentón que necesita someter a los que le rodean; pero es también el jefe de trineo eficaz y duro.

En cuanto a Buck, este ríe, piensa, recuerda, se siente desgraciado, tiene pesadillas, toma decisiones, es capaz de enjuiciar a sus amos inteligentemente y de filosofar sobre la vida. Posee una mente rápida e incluso, se nos dice, ¡tiene imaginación!

Sería difícil precisar hasta qué punto toda esta vida interior se sale del ámbito de la psicología animal para entrar en la humana. El grado hasta el cual se puede aceptar la inteligencia canina tal como aparece en esta novela es algo sobre lo que vemos al propio London dudando cuando, tras la reflexión que hace Buck sobre la diferencia de moralidad en el Norte y en el Sur, el narrador advierte que «no es que Buck razonase así».

¿Dónde están los límites de la inteligencia de ese viejo compañero del hombre? Quizá se pueda alguna vez poner en tela de juicio la plausibilidad de cierto rasgo moral o psicológico atribuido a un perro; pero hay también momentos en los que uno no puede menos de admirar algún incidente que ilustra e individualiza a un personaje animal. Como cuando Dave se obstina en continuar en su puesto del arnés a pesar del mal interno que lo está matando; o como cuando Buck, tumbado a los pies de Thornton, contempla a su amo, comulgando con su imagen en adoración.

El lenguaje utilizado

Tal vez sea el lenguaje utilizado en la caracterización de los animales lo que pueda en algún momento interponerse en el camino de nuestra credulidad. Es decir, nuestro hábito de atribuir ciertos rasgos y reacciones exclusivamente al hombre, sería lo que nos hiciera dudar, quizás injustamente, respecto a una excesiva humanización de los perros. Injustamente, porque nada hay esencialmente en su comportamiento que suene falso o improbable.

A otros lugares, en cambio —puntos débiles de la narración, en definitiva—, habría que señalar, donde lo poco plausible o lo exagerado rozan lo increíble. Son, por ejemplo, esos pasajes en los que el narrador se intoxica apilando perfecciones sobre el protagonista; son, asimismo, esas proezas de Buck despegando el trineo del hielo y arrastrándolo cargado con una tonelada, o el salvamento de Thornton de entre los tumultuosos rápidos del río. Es, en conclusión, en las acciones externas o en comentarios expletivos donde se ve el gusto hiperbólico de London, sus exageraciones; y donde puede aflorar la incredulidad del lector o, al menos, cierta duda acerca de su verosimilitud.

Con todo, los animales en sí están caracterizados con gran acierto. Buck, Dave, Sol-leks, Spitz, sin salir de su animalidad, poseen rasgos individuales propios. Dos o tres rasgos sirven para presentarlos en el momento de su aparición; luego, algún incidente posterior vendrá a ilustrar y rematar estos primeros trazos. Los rasgos pueden ser de tipo físico e idiosincrásico. Así, Sol-leks, el viejo *husky* tuerto y lleno de cicatrices, «ni pedía nada, ni daba nada, ni esperaba nada». La mordedura infligida a Buck por abordarle por el lado ciego certificará su carácter irascible. Spitz es el perro fuerte, cruel y duro. Su sonrisa sardónica ante la muerte de Curly así como los diversos enfrentamientos con el protagonista ejemplifican perfectamente su manera de ser. Cierto que, con la excepción de Buck, estos personajes no evolucionan; pero, a cambio, las primeras facetas no solo son ilustradas sino complementadas con alguna otra más. Sol-leks, además de su temperamento colérico, es un experimentado perro de trineo y un bravo luchador; Spitz, al lado de sus defectos morales, es el eficiente líder de la reata; Dave, aparte de su imperturbabilidad y desabrimiento, nos prueba en el episodio que precede a su muerte su obstinación en el trabajo.

Además de individualizar a sus personajes, London establece un tejido de relaciones y contrastes entre ellos que viene a acentuar la caracterización. No solo tenemos la rivalidad entre Buck y Spitz, sino también la afición a gandulear de Pike y el sentido del deber de Dub, o los caracteres contrapuestos de Billie y Joe, amable uno y hosco el otro.

Todas estas facetas, si no llegan a convertirlos en figuras tridimensionales —empresa ardua al tratarse de animales y no ser caracteres

centrales—, les proporcionan un relieve suficiente para hacerlos perfectamente identificables. Unicamente Buck se acerca a la tridimensionalidad gracias al proceso evolutivo que sufre a lo largo del relato.

Los personajes humanos

Los personajes humanos están más simplificados. Sus retratos no alcanzan el mismo grado de complejidad que el de los animales. Desde el hombre del jersey rojo hasta Thornton, las figuras humanas están deliberadamente limitadas en su psicología. La razón de ello estriba en que las vemos en gran medida desde la perspectiva canina o en su relación con los perros únicamente. Tanto a los dos correos, Perrault y François, como al trío compuesto por Hal, Mercedes y Charles, los vemos principalmente desde la inteligencia de Buck. Son retratos planos correctos, aunque borrosos e imprecisos en sus facciones, como figuras de fondo de un cuadro impresionista. Lo que conocemos de ellos es escaso, pero suficiente para el buen desarrollo de la historia. Sabemos de la eficacia y ecuanimidad de los correos canadienses; de la imprudencia e inmadurez de Hal, de la estúpida y caprichosa Mercedes, y del inútil Charles; del carácter franco, justo y noble de Thornton. Pero este esquematismo, esta representación sobria, cumple perfectamente su cometido en la ágil y escueta narrativa.

Narración, descripción, diálogo y comentario

Si los perros son retratados con realismo y, por consiguiente, carentes de lenguaje humano, los hombres por su parte hablan poco. De ahí la escasa presencia del diálogo en el libro. Predomina la narración, con la descripción a menudo entretejida en aquella. Y aunque se da de vez en cuando algún comentario intercalado del autor, se puede decir que estamos, en definitiva, ante el estilo propio de los relatos breves londonianos. Es decir, una acción abundante, enérgica, violenta y rápida.

No obstante, en los capítulos finales —y particularmente en el último— menudean las descripciones del entorno nórdico, como la de la llegada de la primavera y el progresivo deshielo del Yukón o las de los bellos y misteriosos paisajes descubiertos en la búsqueda de la fabulosa mina perdida.

El punto de vista

La llamada de lo salvaje ofrece seguramente el mejor y más logrado tratamiento del punto, de vista narrativo en London. London, por supuesto, se halla muy lejos del artista literario preocupado por la exploración de nuevas posibilidades narrativas. Sin embargo, en este libro nos encontramos a menudo con una técnica hábil que, sin llegar al monólogo interior[17], neutraliza la omnisciencia del narrador, limitando su perspectiva a la del personaje central. Así, incidencias y personajes son presentados frecuentemente desde un punto de vista cercano al de Buck y, a veces incluso, coincidente con este, consiguiendo de este modo una inmediatez respecto a los acontecimientos y una mayor viveza narrativa:

> «Buck los oyó regatear, vio el dinero pasar de las manos del hombre a las del agente del Gobierno y se percató de que el mestizo escocés y los conductores del convoy del correo salían de su vida…
> Buck los observó con recelo mientras acababan de desmontar la tienda y cargaban el trineo».

London combina la narración y el comentario externos con la perspectiva subjetiva de Buck, complementándose entre sí. El recuerdo de la civilización o los sueños del remoto pasado ancestral son, en buena medida, descritos a partir del análisis psicológico del protagonista.

Penetración psicológica

Uno de los aspectos más brillantes de la penetración psicológica de London es esa capacidad que tiene para intuir y registrar las recónditas sensaciones o procesos psíquicos que preceden al momento de la muerte[18]. Un buen ejemplo es este pasaje, hacia el final del capítulo quinto, cuando Buck está a punto de perecer apaleado por Hal. La progresiva pérdida de conciencia es observada principalmente desde el interior del personaje:

> «Tenía la vaga *sensación* de un peligro inminente. Lo había *sentido* con fuerza cuando llegaron a la orilla del río y todavía lo *sentía*. A causa del hielo tan fino y quebradizo que había notado todo el día bajo sus patas, *le parecía* que el desastre sería inevitable… Se negó a moverse. Había sufrido tanto y estaba tan agotado que los golpes apenas le dolían. Y mientras seguían cayéndole encima, la chispa de

> vida que había dentro de él oscilaba y disminuía. Casi se apagó. Buck *sentía* un extraño sopor. Como desde muy lejos, *le llegaba la sensación de que le estaban pegando*. Acabó por dejar de *sentir* dolor. *Ya no notaba nada aunque oía muy vagamente el golpe del garrote sobre su cuerpo. Pero lo sentía tan lejano que ya no le parecía su cuerpo*».

Autobiografía alegórica

El autobiografismo o tendencia a autorretratarse en el papel de protagonista, uno de los rasgos propios del novelista principiante, fue utilizado por London de manera insistente a lo largo de su carrera literaria. Una y otra vez el escritor pintó retratos idealizados de sí mismo para encarnar a los personajes centrales de sus narraciones, ya fuera bajo la capa de revolucionario, novelista, proletario, buscador de oro o ranchero californiano. Este egotismo o histrionismo proteiforme se manifiesta asimismo, aunque de manera seguramente inconsciente, en *La llamada de lo salvaje*.

> «Aún sin darse cuenta, la historia del triunfo de Buck era la historia de su propia lucha implacable para elevarse desde la pobreza y la miseria a una posición de creciente seguridad y distinción, la historia de los hombres fuertes que utilizan los recursos de su inteligencia y de su fuerza física para adaptarse a un entorno difícil y triunfar por fin en la vida, mientras los débiles se rinden y perecen»[19].

Estas palabras de la hija del novelista, ratificadas por muchos críticos, son de una evidencia irrefutable. Remedando a Flaubert, London hubiera podido afirmar: «*Buck, c'est moi*».

Pero hay algo más que una lucha por la vida —lectura socio-darwinista que, sin duda, admite la novela—. Es una lucha por el triunfo y la supremacía en la áspera sociedad norteamericana que a London le tocó vivir. Como en el caso de su posterior *Martin Eden*, también aquí, aunque a nivel alegórico, hubiera podido establecer la ecuación entre creador y personaje. («Sin embargo yo era Martin Eden»). Porque hay un paralelismo entre Buck y Martin Eden, si bien, en el caso del último, su triunfo se

convertirá en cenizas, abrasado por el fuego destructor de las ilusiones perdidas. Buck, en cambio, convertido en *superdog*, desemboca en una apoteosis o triunfo mítico. Incluso, a nivel simbólico, la evolución de Buck es la evolución de London hacia la moral del superhombre nietzscheano.

FRANCISCO CABEZAS COCA

Bibliografía

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
1900	*The son of the Wolf*. —Contiene: *The White Silence; The Son of the Wolf; The Meno f Forty Mile; In a Far Country; The Priestly Prerogative; The Wisdom of the Trail; The Wife of a King; An Odyssey of the North*	El hijo del lobo. —Contiene: *El silencio blanco* (1974)[1]; El hijo del lobo; Los hombres de Cuarenta Millas; En un país lejano; *Por el hombre que está en la pista* (1967)[2]; *La prerrogativa sacerdotal* (1974)[3]; La sabiduría del camino; La esposa del rey; *Odisea en el Norte* (1967)[4]
1901	*The God of his Fathers*. —Contiene: *The God of his Fathers; The Great Interrogation; Which Makes Men Remember; Siwash; The Man with the Cash; Jan the Unrepentant; Grint of Women; Where the Trail Forks; A Daughter of the Aurora; At the Rainbow's End; The Scorn of Women*	El Dios de sus padres. —Contiene: El Dios de sus padres; La gran interrogación; Lo que hace recordar a los hombres; Siwash; El hombre de la cicatriz; Jan el impenitente; Coraje de muejres; Donde la huella se bifurca; Una hija de la Aurora; Al final del Arco Iris; Desprecio de mujeres
1902	*A Daughter of the Snows*	*Una hija de las nieves* (1948)
1902	*Children of the Frost*. —Contiene: *In the Forests of the North; The Law of Life; Nam-Bok the Unveracious; The Master of Mystery; The Sunlanders; The Sickness of Lone Chief; Keesh the Son of Keesh; The Death of Logoun; Li-Wan the Fair; The League of Old Men*	Hijos del hielo. —Contiene: En los bosque del Norte; *La ley de la vida* (1967)[5]; Nam-Bok el falso; El maestro del misterio; La tierra del sol; *La enfermedad del jefe Lone* (1924); Keesh, el hijo del Keesh; La muerte de Ligoun; Li-Wan el honrado
1902	*The Cruise of the Dazzler*	El crucero de Dazzler
1903	*The Call of the Wild*	*La llamada de la selva* (1939)
1904	*The Faith of Men*. —Contiene: *A relic of the Pleistocene; The Hyperborean Brew; The Faith of*	La fe de los hombres. —Contiene: Una reliquia del Pleistoceno; *Una*

	Men; Too Much Gold; The One Thousand Dozen; The marriage of Lit-Lit; Batard (Diable, the dog); The Story of Jees-Uck	*destilería hiperbórea* (s.a.)[6]; *La fe de los hombres* (s.a.); *Demasiado oro* (s.a.); *Las mil docenas* (1974)[7]; *El matrimonio de Lit-Lit* (s.a.); Diablo; *La historia de Jess-Uck* (s.a.)
1904	*The Sea World*	*El lobo de mar* (s.a.)
1905	*The Game*	El boxeador
1905	*Tales of the Fish Patrol*. —Contiene: *White and Yellow; The King of Crooks; A Raid on Ouster Pirates; The Siege of the «Lancashire Queen»; Charley's Coup; Demetrios Contos; Yellow Handkerchief*	Relatos de la patrulla pesquera. —Contiene: Blanco y amarillo; El rey de los ladrones; *Una redada entre los pescadores furtivos* (1975)[8]; El asedio del «Lancashire Queen»; El golpe de Charley; Demetrios Contos; El pañuelo amarillo
1906	*Moon-Face and Other Stories*. —Contiene: *Moon-Face; A Story of Mortal Antipathy; The Leopard Man's Story; Local Color; Amateur Night; The Minions of Midas; The Shadow and the Flash; All Gold Canyon; Planchette*	Cara de luna y otros relatos. —Contiene: *Cara de luna* (1974)[9]; *La historia del hombre de los leopardos* (1974)[10]; *Ambiente local* (1934)[11]; *Noche de aficionados* (1934)[12]; *Los hijos de Midas* (1934)[13]; *Luz y sombra* (1934)[14]; El filón de oro; *La plancha* (1974)[15]
1906	*White Fang*	*Colmillo blanco* (s.a.)
1907	*Love and Life and Other Stories*. —Contiene: *Love and Live; A Day's Lodging; The White Man's Day; The Story of Keesh; The Unexpected; Brown Wolf; The Sun Dog Trail; Negore; The Coward*	Amor a la vida y otros relatos. —Contiene: *Amor a la vida* (1967)[16]; Cobijo por un día; El día del hombre blanco; La historia de Keesh; Lo inesperado; Lobo Pardo; El camino del perro del sol; Negore; El cobarde
1907	*Before Adam*	*Antes de Adán* (s.a.)
1908	*The Iron Wheel*	*El talón de hierro* (1944)
1908	*Martin Eden*	*Martin Eden* (1949)
1910	*Lost Face*. —Contiene: *Lost Face; Trust; To Build a Fire; That Spot; Flush of Gold; The Passing of Marcus O'Brien; The Wit of Porpertuk*	El burlado. —Contiene: El burlado; *Descrédito* (1967)[17]; *La hoguera* (1967)[18]; Ese lugar; La fiebre del oro; El paso de Marcus O'Brien; El talento de Porpertuk
1910	*Burning Daylight*	*Aurora espléndida* (s.a.)
1911	*When God Laughs*. —Contiene: *When God Leughs; The Created Apostate; A Wicked Woman; just Meat; Created He Them; The Chinago; Make Wresting; Semper*	Cuando los dioses se ríen. —Contiene: *Cuando los dioses se ríen* (1974)[19]; *El apóstata* (1974)[20]; Una mujer arisca; *Simplemente carne* (1967)[21]; *Así los crearon* (1974)[22];

	idem; A Nose for the King; The Francis Spaight; A Curious Fragment; A Piece of Steak	*El Chinago* (1974)[23]; *Rumbo oeste* (1975)[24]; *Semper idem* (1974)[25]; Una nariz para el rey; *A bordo del Francis Spaight* (1975)[26]; Un fragmento curioso; Por un bistec
1911	*Adventure*	*Aventura* (s.a.)
1911	*South Sea Tales*. —Contiene: *The House of Mapuhi; The Whale Tooth; Mauki; «Yah! Yah! Yah!»; The Heathers; The Terrible Solomons; The Inevitable White Man; The Seed of MacCoy*	*Cuentos de los mares del Sur* (s.a.). —Contiene: *La casa de Mapuhi; El diente de Cachalote; Mauki; «¡Yah! ¡Yah! ¡Yah!»; El pagano; Las Salomón, islas del terror; El inevitable blanco; La estirpe de MacCoy*
1912	*The son of the Sun*. —Contiene: *The Son of the Sun; The Proud Goat of Aloysius Pankburn; The Devils of Fuatino; The Jokers of New Gibbon; A Little Account of Swithin Hall; A Gobotu Night; The Feathers of the Sun; The Pearls of Parlay*	El hijo del sol. —Contiene: *El hijo del sol* (1975)[27]; La orgullosa cabra de Aloysius Pankburn; Los diablos de Fuatino; Los bromistas de New Gibbon; Un pequeño informe de Swithin Hall; Una noche de Gobotu; Las plumas del sol; *Las perlas de Parlay* (1967)[28]
1912	*The House of Pride*. —Contiene; *The House of Pride; Koolau the Leper; Goodgy Jack; Aloha Oe; Chun Ah chun; The Sheriff of Kona*	La casa del orgullo. —Contiene: La casa del orgullo; *Koolau el leproso* (1979)[29]; *Adiós, Juan* (1972)[30]; Aloha Oe; *El chinito de Honolulú* (1971)[31]; El *sheriff* de Kona
1912	*Smoke Bellew Tales*. —Contiene: *The Taste of Meat; The Shorty Dreams; The Man o the Other Bank; The Race for Number Three; The Little Man; The Hanging of Cultus George; The Mistake of Creation; A Flutter in eggs; The Town-Site of Tra-Lee; Wonder of Women*	Los relatos de Smoke Bellew. —Contiene: El sabor de la carne; La carne; La estampida de Squaw Creek; Los sueños de Shorty; El hombre de la otra orilla; Carrera para el número tres; Hombrecito; La horca de Cultus George; El error de la creación; Revuelo por unos huevos; La ciudad de Tra-Lee; Maravilla de mujer
1913	*The Night Born*. —Contiene: *The Night Born; The Madness of John Harned; When the World was Young; The Benefit of Doubt; Winged Blackmail; Bunches of Knuckles; Was; Under Deck Awnings; To Kill a Man; The Mexican*	El nacimiento de la noche. —Contiene: El nacimiento de la noche; La locura de John Harned; Cuando el mundo era joven; El beneficio de la duda; Chantaje alado; Racimos de nudillos; Guerra; Bajo las cubiertas de lona; Matar a un hombre; *El mejicano* (1946)
1913	*The Abysmal Brute*	La bestia

1913	*John Barleycorn*	John Barleycorn (Memorias de un bebedor)
1913	*The Valley of the Moon*	El valle de la luna
1914	*The Strength of the Strong*. — Contiene: *The Strength of the Strong; South of the Slot; The Unparalleled Invasion; The Enemy of all the World; The Dream of Debs; The Sea Farmer; Samuel*	*La fuerza de los fuertes* (s.a.). — Contiene: *La fuerza de los fuertes; Al sur del rastro; La incomparable invasión; El enemigo de todo el mundo; El sueño de los debutantes; El labrador del mar; Samuel* (1975) **[32]**
1914	*The Mutiny of the Elsinore*	*El motín del «Elsinore»* (1948)
1915	*The Scarlet Plague*	*La peste escarlata* (s.a.)
1915	*The Star Rover*	*El peregrino de la estrella* (s.a.)
1916	*The Little Lady of the Big House*	*La muchacha de la casa grande* (s.a.)
1916	*Turtles of Tasman*. —Contiene: *By the Turtles of Tasman; The Eternity of Forms; Told in the Drooling Ward; The Hobo and the Fairy; The First Poet (play); Finis; The End of the Story*	Tortugas de Tasman. —Contiene: Por las tortugas de Tasman; La eternidad de las formas; El cuento de un idiota; El vagabundo y el hada; El primer poeta (teatro); Finis; El final de la historia
1917	*Jerry of the Islands*	*Jerry, el de las islas* (s.a.)
1917	*Michael Brother of Jerry*	*Miguel, hermano de Jerry* (s.a.)
1918	*The Red One*. —Contiene: *The Red One; The Hussey; Like Argus of the Ancient Times; The Princess*	El ídolo rojo. —Contiene: *El ídolo* (s.a.); *La picarona; Como Argos, el de los tiempos heroicos* (1971)**[33]**; *La princesa* (1975)**[34]**
1919	*On the Makaloa Mat*. —Contiene: *On the Makaloa Mat; The bones of Kahekili; When Alice Told her Soul; Shin-Bones; The Water Baby; The Tears of Ah Kim; The Kanaka Surf*	En la estera de Makaloa. —Contiene: *En la estera de Makaloa* (1979); Los huesos de Kahekili; Cuando Alicia desveló su corazón; Las tibias; El niño del agua; Las lágrimas de Ah Kim; Las olas de Kanaka
1920	*Hearts of Three*	*Tres corazones* (s.a.)
1920	*Dutch Courage and Other Stories*. — Contiene: *Dutch Courago; Typhon off the Coast of Japon; The Lost Proacher; The Banks of the Sacramento; Chris Farrington, Able Seaman; To Repel Boarders; Bold Face; In Yeddo Bay; Whose Business is to leave*	Valor holandés y otras historias. — Contiene: *Coraje holandés* (s.a.); Tifón junto a la costa del Japón; Pescadores furtivos; Las orillas del Sacramento; Chris Farrington, marinero de primera; Cómo repeler los abordajes; Cara dura; En la bahía de Yeddo; La responsabilidad de vivir

Notas

[1] Puntos extremos de la costa oriental de los Estados Unidos, en la frontera con Canadá y México respectivamente. <<

[2] Región de California al sur de San Francisco, en la costa oriental de los Estados Unidos. <<

[3] El doguito japonés, también conocido como Tehin o spaniel japonés, es un perro enano, de unos cuatro kilogramos de peso, nariz achatada, semejante al pequinés. La mejicana pelona es una raza canina originaria de México, de ejemplares muy pequeños y sin pelo, parecidos al chihuahua. <<

[4] Raza de origen inglés; sus ejemplares miden de 30 a 40 centímetros de alto y pesan alrededor de los 8 kilogramos; de cráneo ancho, cara pequeña, orejas semicaídas y cola afilada. Hay dos variedades, la de pelo duro y la de pelo liso; su color es generalmente blanco y negro. Perro esencialmente cazador, nervioso y activo, es un excelente destructor de ratas. <<

[5] Perro de gran tamaño que utilizaron en su origen los frailes del convento agustino del paso del San Bernardo (en los Alpes) como guía de viajeros y caminantes. De unos 70 centímetros de alto y peso medio de 90 kilogramos, pelaje rojizo manchado de blanco en el hocico, pecho y patas fuertes y pies grandes y compactos. <<

[6] Unidad inglesa de peso equivalente a 453 gramos. 140 libras son aproximadamente 63,5 kilogramos, es decir, un peso bastante considerable para un perro. <<

[7] En su origen el *collie* fue un perro dedicado en Escocia a guardar ovejas, pero desde 1860 comenzó a criarse popularmente como perro doméstico. Hay tres variedades: de pelo rizado, de pelo liso, y de pelo crespo y barbado. Su color varía desde el negro hasta el castaño rojizo o castaño claro y blanco, y también los hay a manchas blancas y negras. Tiene la cabeza alargada, con el hocico puntiagudo, las orejas pequeñas y los ojos vivos y rasgados. Su altura oscila entre los 50 y 60 centímetros y su peso es de 20 a 30 kilogramos, siendo las hembras algo más pequeñas que los machos. <<

[8] Río de Canadá, afluente del Yukón, donde el 17 de agosto de 1896 se descubrió oro, lo que dio lugar a una de las más célebres «fiebres del oro». <<

[9] La lotería china se juega apostando a un cartón sobre el que hay dibujados varios caracteres (animales, flores, etc.) debajo de los cuales figura un número. El jugador elige su dibujo y, si este sale, consigue el premio.

Este, y cualquier otro tipo de lotería, estuvo prohibido en todo el territorio de los Estados Unidos desde 1892 hasta 1963. <<

[10] Abreviación popular de San Francisco. <<

[11] Ciudad de Estados Unidos situada en la costa oriental del estrecho de Puget. Su puerto alcanzó gran auge a finales del siglo pasado, coincidiendo precisamente con la fiebre del oro. Hoy es el principal punto de abastecimiento de Alaska. <<

[12] Los cayuses eran una tribu india asentada entre Oregón y Washington, famosa por sus caballos y su carácter belicoso. <<

[13] Blasfemia en francés, equivalente a «recristo» o «rediós». Este hombre, Perrault, y su compañero, François, proceden de la parte del Canadá donde se habla francés. Hemos intentado reproducir la impresión que da un francés chapurreando inglés, según el texto original. Igualmente en los capítulos 6 y 7 aparece Hans, que se expresa incorrectamente en inglés, y con un acento alemán. <<

[14] Los *Newfoundland* o Terranova son unos perros originarios de esta provincia del este del Canadá, de gran tamaño (unos 70 centímetros) y peso medio alrededor de los 60 kilogramos. De pelo negro, liso y brillante, como si estuviera aceitado, cabeza grande, hocico cuadrado y orejas y ojos pequeños, tienen las patas fuertes y la cola gruesa y larga. Son excelentes nadadores y se lanzan al agua para efectuar salvamentos, por lo que suelen ser fieles compañeros de los pescadores de bacalao. <<

[15] Archipiélago noruego en el Artico, cuyo principal recurso es la hulla; desde el siglo XVII había allí una importante estación ballenera. <<

[16] Los *Barren Lands*, o Territorios del Noroeste, es la región subártica que se encuentra al norte de Canadá, entre la bahía de Hudson y los grandes lagos (el Gran Lago del Esclavo y el Gran Lago del Oso). Queda al norte de la línea forestal, aunque no es totalmente yerma (*barren* significa árido o yermo en inglés); hay algunos abetos, sauces y alisos y en las partes más húmedas musgos y liqúenes. Es el hábitat natural del caribú; se encuentra además el zorro polar, el zorro almizclero, el lobo del bosque, el carcayú y el oso pardo. En los lagos y ríos abunda la trucha, el salmón, etc.

Samuel Hearne exploró por vez primera esta región entre 1769 y 1772, pero su exploración sistemática y la cartografía de la zona no se llevó a cabo hasta 1893, por iniciativa del Gobierno canadiense y de las compañías de minas. <<

[17] Entrada septentrional del brazo de mar del océano Pacífico (Canadá) que separa la costa de la Columbia británica de la isla Vancouver. <<

[1] *Ir en varas*, se dice de la caballería (u otro animal de tiro) que va entre las varas o barras que arrancan de la parte delantera del carro o coche. <<

[2] Medida inglesa de longitud equivalente a 2,54 centímetros. <<

[3] *Gañir*, aullar el perro quejumbrosamente, sobre todo cuando se le maltrata. <<

[4] Medida de longitud. La milla terrestre inglesa equivale a 1609 metros. <<

[1] Ciudad del Yukón en Canadá, centro de los yacimientos de oro del Klondike, fundada en 1896. <<

[2] *Thirty Mile* en inglés quiere decir «treinta millas». <<

[3] Se trata del *Lepus americanus*, o conejo norteamericano, de pelaje marrón en verano y blanco, generalmente, en invierno, que tiene unas patas traseras muy peludas. (En inglés, *Snow-shoe rabbit*). <<

[4] La *North West Mounted Police* (Policía Montada del Canadá) es un cuerpo de Policía creado originariamente en 1873 para mantener el orden entre la región que se extiende entre Manitoba y las Montañas Rocosas; luego penetraron por el Yukón, anticipando los problemas que surgirían con la fiebre del oro. <<

[1] Ciudad situada en el sureste de Alaska, en el canal de Lynn, centro comercial de la zona minera del interior y punto de arranque del ferrocarril del White Pass («desfiladero blanco») y del Yukón. <<

[1] Modelo de vagón de ferrocarril de lujo con literas y asientos extensibles inventado por George Mortimer Pullman, industrial norteamericano (1831-1897), que fundó una fábrica para su construcción y, posteriormente, una ciudad cerca de Chicago (Pullman City). <<

[2] Raza de perros de cuerpo bien proporcionado y elegante de unos 60 cm de alto y alrededor de 27 kg de peso. Es un perro de caza de primera categoría por su olfato, velocidad y estilo. <<

[3] Una libra, como ya hemos dicho, equivale a 454 gr; la mujer pesaba, pues, casi 55 kg <<

[1] Raza de perros de muestra inglesa, de origen español (el spaniel). Tienen entre 60 y 70 cm de alto y alrededor de 30 kg de peso; hay tres variedades, el setter inglés, de color blanco con manchas, el escocés, negro y marrón, y el irlandés, de color rojizo. <<

[2] Un pie equivale a 30,4 cm; es decir, la caída es de casi cien metros. <<

[3] El poste del Totem es un palo o columna tallada y pintada con una serie de símbolos que representan el linaje de una tribu y además hacen referencia a acontecimientos históricos o míticos; se levanta delante de las chozas de las tribus indias y constituye un símbolo del honor familiar. <<

[4] Medida inglesa de longitud equivalente a 91 cm <<

[5] Tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos existe una gran afición a las apuestas sobre cualquier cuestión, por trivial que pueda parecer. Véase, como divertida descripción de un personaje loco por las apuestas, el cuento de Mark Twain, *La rana saltarina*. <<

[1] Creada por real orden en 1670, la Compañía de la Bahía de Hudson se dedicó al comercio de pieles en esta región occidental del Canadá. Los primeros tratantes tuvieron que enfrentarse a los franceses que pugnaban por establecerse allí, aunque los británicos lograron imponerse a partir de 1713. Hoy la Compañía es propiedad del Gobierno canadiense. <<

[2] Obsérvese la maestría del escritor al comparar no solo el aspecto físico de los árboles del bosque con el bosque de columnas de las naves de una catedral, sino al insinuar además con ello un sentido religioso, sobrenatural, a la llamada que el destino hace a Buck. <<

[3] Mamífero carnívoro de la familia de la comadreja, de gran voracidad, que vive en los bosques de Norteamérica. Es muy parecido al glotón. <<

[4] El *hundredweight* (que equivale aproximadamente al quintal) es una medida de peso que tiene en Estados Unidos 100 libras y en Gran Bretaña 112. La tonelada (*ton*) tiene en Estados Unidos 2000 libras y en Gran Bretaña 2240. Podemos decir que este alce macho pesaba aproximadamente unos 650 kg, es decir, que tenía un tamaño muy respetable. Téngase en cuenta que el alce es el mayor de los cérvidos; los machos pueden alcanzar una talla superior a los 2 m, una longitud de 3 m y pesar hasta 1000 kg; sus cuernos presentan una parte superior dilatada con 15 o 20 dentículos. <<

[1] «Final» o «se acabó». (En latín en el original). <<

[2] «Abies excelsa» o «Picea excelsa», árbol semejante al abeto, de hojas puntiagudas y piñas delgadas que cuelgan de las ramas superiores. Se da en altitudes superiores a los 1000 metros en Centroeuropa, y otra variedad, la picea de Sitka, es originaria de la región costera del Pacífico en América del Norte. <<

[3] Chaquetón de piel con capucha que se usa en el noroeste de Asia y Alaska. <<

[1] En 1953, Macmillan había vendido dos millones de ejemplares de la novela. En 1976, Barltrop, uno de los últimos biógrafos de Jack London, menciona seis millones, cifra imprecisa que aparentemente se refiere solo al mercado de lengua inglesa. Hoy por hoy, el número de ejemplares ventidos de esta novela, traducida a todas las lenguas cultas del mundo y repetida en innumerables versiones y ediciones —legales y piratas—, es seguramente incalculable. <<

[2] Recordemos que en *Martin Eden*, su novela semiautobiográfica publicada cinco años después, omitió este episodio de su vida. <<

[3] Una ilustración impresionante de esta dura experiencia podemos encontrarla ficcionalizada en la trama de «En un país lejano», narración que, por otro lado, presenta claras influencias del cuento de Joseph Conrad titulado *Una avanzadilla del progreso*. **<<**

[4] Este cuento fue publicado originalmente por la revista *Cosmopolitan* en junio de 1902 bajo el título de *Diable, a Dog*, cuya traducción, *Diablo*, puede leerse en la antología *La quimera del oro*, en esta misma Colección. <<

[5] Charmian London, *The Book of Jack London* (1921). <<

[6] Studies in Classic American Literature (1924). <<

[7] Love and Death in American Literature (1960). <<

[8] Perros esquimales utilizados para el tiro de trincos. <<

[9] En este punto, en algunos momentos, London parece dudar entre hacer de su héroe un temible lobo solitario o un líder de lobos. <<

[10] En *Vandover and the Brute*, Norris nos presenta una variedad extrema de la regresión biológica cuando el protagonista, a causa de su corrupción moral, termina andando a cuatro patas y gruñendo como un animal. <<

[11] Ver La quimera del oro. <<

[12] *Jack London: The Short Cut, Rebels and Ancestors* (1953). <<

[13] A estas teorías sobre el hombre mono y el hombre prehistórico volvería de nuevo London, cuatro años más tarde, esta vez con toda una novela, en *Antes de Adán*. <<

[14] Earle Labor, *Jack London* (1974). <<

[15] El simbolismo de esta ceremonia de iniciación a la violencia se hace patente mediante la insistencia en el color rojo del jersey y en la carencia de un nombre propio para este personaje. <<

[16] Libros como *Beautiful Joe* de Margaret M. Saunders, *Biography of Grizzly* de Ernest Seton y *Black Beauty* de Anna Sewell, pueden encontrarse aún en la sección infantil de las bibliotecas anglosajonas. <<

[17] El descubrimiento del monólogo interior en la novela, propiamente hablando —aunque hay, no obstante, vislumbres de él ya en el siglo XVIII —, es casi veinte años posterior a la aparición de esta novela. <<

[18] El pasaje más impresionante se halla sin duda al final de *Martin Eden*, aunque no es el único. Véase si no la muerte de Morganson en *Finis;* o la de Cuthfert en *En un país lejano* o la del ladrón en *El filón de oro* (estos dos últimos incluidos en *La quimera del oro)*. <<

[19] Joan London, Jack London and His Times, 1939. <<

[1] Incluidos en *Cuentos de aventuras*. <<

[2] Incluidos en *Las mejores narraciones de Jack London*. <<

[3] Incluidos en *Cuentos de aventuras*. <<

[4] Incluidos en *Las mejores narraciones de Jack London*. <<

[5] Incluidos en *Las mejores narraciones de Jack London*. <<

[6] Con «s.a.» indicamos «sin año», aunque la publicación castellana es próxima a la edición original. <<

[7] Incluidos en *Cuentos de aventuras*. <<

[8] Incluidos en *Cuentos del mar*… <<

[9] Incluidos en *Cuentos de aventuras*. <<

[10] Incluidos en *Cuentos de aventuras*. <<

[11] Incluidos en *Los Vagabundos*. <<

[12] Incluidos en *Los Vagabundos*. <<

[13] Incluidos en *Los Vagabundos*. <<

[14] Incluidos en *Los Vagabundos*. <<

[15] Incluidos en *Cuentos de aventuras*. <<

[16] Incluidos en *Las mejores narraciones de Jack London*. <<

[17] Incluidos en *Las mejores narraciones de Jack London*. <<

[18] Incluidos en *Las mejores narraciones de Jack London*. <<

[19] Incluidos en *Cuentos de aventuras*. <<

[20] Incluidos en *Cuentos de aventuras*. <<

[21] Incluidos en *Las mejores narraciones de Jack London*. <<

[22] Incluidos en *Cuentos de aventuras*. <<

[23] Incluidos en *Cuentos de aventuras*. <<

[24] Incluidos en *Cuentos del mar*… <<

[25] Incluidos en *Cuentos de aventuras*. <<

[26] Incluidos en *Cuentos del mar*… <<

[27] Incluidos en *Cuentos del mar*… <<

[28] Incluidos en *Las mejores narraciones de Jack London*. <<

[29] Incluidos en *Cuentos del mar y otras historias*. <<

[30] Incluidos en *Los hijos de Midas*. <<

[31] Incluidos en *Cuentos de los mares del Sur*. <<

[32] Incluidos en *Cuentos del mar*… <<

[33] Incluidos en *Cuentos de los mares del Sur*. <<

[34] Incluidos en *Cuentos del mar*… <<

Índice

La llamada de lo salvaje 2
La llamada de lo salvaje 6
Capítulo 1 Hacia lo primitivo 7
Capítulo 2 La ley del garrote y el colmillo 20
Capítulo 3 La dominante bestia primitiva 30
Capítulo 4 El que se ganó la supremacía 47
Capítulo 5 El arduo trabajo del tiro y de la pista 58
Capítulo 6 Por el amor de un hombre 75
Capítulo 7 El clamor de la llamada 90
Finis 110
Finis 111
Apéndice 129
Bibliografía 159
Notas 163